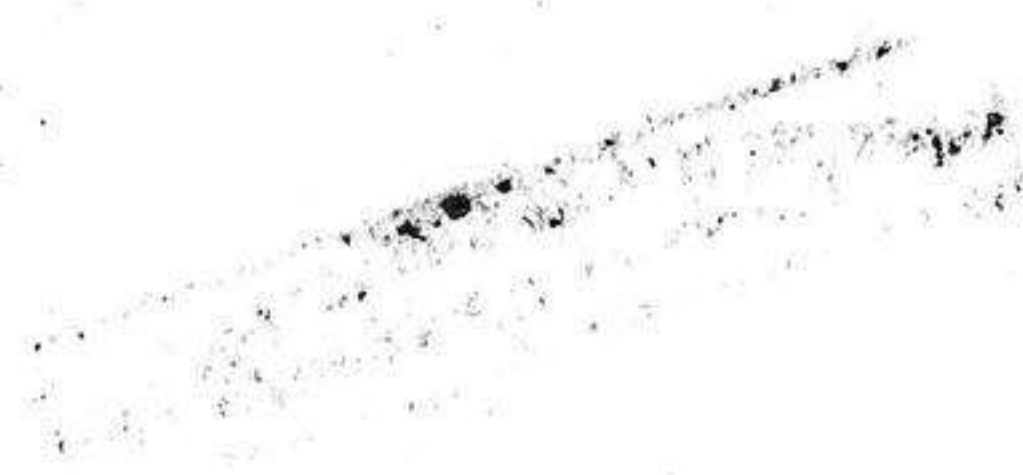


LA ESPAÑA MODERNA



AÑO 19.

NUM. 226.

LA

ESPaña MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

OCTUBRE 1907

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

ESTUDIOS ARTÍSTICOS



LA IRONÍA DE "FÍGARO,,

En torno al nombre de este gran escritor se ha venido haciendo, con notoria injusticia, un silencio que implica reprochables olvidos. Apenas si algunas plumas hidalgas han intentado reivindicar la gloria literaria del sin par satírico español, el primero sin duda en las letras castellanas del último siglo.

Personalidad tan sobresaliente como la de *Fígaro* no ha alcanzado la merecida consagración. Ciertamente que sus obras se han editado repetidamente, pero no ha encontrado en el público la estima obligada á sus grandes méritos. No se ha estudiado la índole de su arte literario con psicologismo artístico; no se ha determinado aún la filiación que le corresponde dentro del abolengo artístico español, que tantos satíricos de raza ostenta, humoristas singulares, solariegos, chapados netamente á la española, ni se le ha señalado puesto en la producción, copiosa y compleja, de los poetas y prosistas castellanos en la centuria anterior.

La trágica muerte de *Fígaro* sigue dando á su nombre resonancia en las generaciones nuevas. Más que los golpes acerados de su pluma demoledora, que atacó con despiadada acritud la miseria moral de la sociedad de su tiempo, ha hecho recordar, antaño como ahora, la memoria del gran satírico, el

ruido seco del pistoletazo con que puso término á su vida. Animo sereno, espíritu de temple, el arrebató de la pasión le arrasó á la locura del suicida. Quien supo desdeñar, burlándolo sin piedad, el mísero vivir de los demás, supo también sentirse grande, despreciando gallardamente la propia vida, cargada de penas, entristecida por un asco moral invencible, falto de fe, motivo de burla á la vez, de las mismas miserias que burló. Su muerte trágica es una ironía viva, quizás la más amarga, por doliente y cruel. Con el rastro de sangre, deja hondo surco en los espíritus desencantados, que exprimen del corazón las últimas risas mezcladas con las últimas lágrimas.

El alma irónica de *Figaro*, á través de su vida camino de una muerte próxima y á lo largo de sus obras, deja tras sí un sabor agridulce, de jovialidad triste, de penoso regocijo. Su risa es forzada, máscara de dolor; la comicidad de su ingenio fértil, agudo, burlesco, traduce, con disimulo violentado, tristeza intelectual, un filosofismo cruel.

¿Qué llevó á los artículos que no fuera una proyección de su espíritu? ¿Qué es su ironía más que traducción de una experiencia dolorosa, reflejo de la propia vida? Fué *Figaro* un alma profundamente triste, y por ende gallardamente irónica. Era un sepulcro blanqueado. Antes que la muerte llegara, era un muerto en pie. En su interior, ¡cuánta soledad! ¡qué vacío! Sin el calor de los sentimientos, el corazón, desencantado, dejábase ir, como un cadáver río abajo, á la deriva por la vida. Para mayor tormento, silencioso, reflexivo, mentalidad alta, acosábanle las ideas negras, enseñándole la vanidad de todas las cosas y lo irreparable de las humanas miserias.

Fué un triste. Pruébanlo su vida y sus artículos. Rebosan misantropía extrema. Engañan las apariencias de sus galantes aventuras como mienten un buen humor regocijado, que es insincero, que es cerebral, mera modalidad artística, sus prosas que hacen reír á fuerza de donaires y de sentido cómico. Pero escarbando en la costra de esas apariencias, en el fondo de su vida y de sus obras se advierte un alma llena de fastidio,

sin creencias, sin afectos, solitaria y atormentada, que oculta su secreto, viviendo entre gentes que desprecia, aceptando costumbres que burla y resignado á compartir los convencionalismos de una sociedad que repugna y que, por añadidura, odia en lo más íntimo.

Con ese lastre espiritual, el cerebro germinando ideas disolventes, el corazón cansado y muerto, ¿cómo no empapar toda su labor literaria de una muy cruel ironía? El llanto que no sale á los ojos deja su misterioso temblor de lágrimas en el fondo de los artículos; la hiel que rebosa dentro deja esa acidez que empapa las frases; la tristeza intelectual que trabaja continuamente el cerebro, amarga hasta en las dichas que parecían ciertas, comunica á las prosas un carácter deprimente, un sentido de forzada y dolorosa desesperanza.

En el arte de *Figaro*, detrás del escritor se ve siempre al hombre. Su vida se prolonga, viviendo, en su obra; su espíritu se proyecta intensamente en cuanto produce su pluma.

Como piensa y siente, escribe. La ironía de su alma corresponde á la comicidad triste de su arte literario.

Para estimar la agudeza de ingenio en *Figaro* sería necesario un estudio del ambiente moral y político de la época en que escribió. La libertad de imprenta por entonces era nada más que una palabra sin eficacia.

Sujeto á una disciplina legal el pensamiento, para escapar éste á la presión de la censura le era preciso sutilizarse, disfrazando con formas inofensivas la intencionalidad y el espíritu agresivo que entrañara.

Para reñir batalla contra las costumbres públicas con el sentido demoledor que lo hizo *Figaro*, burlando responsabilidades, engañando la poca penetración mental de los censores, necesitó un talento dúctil, asaz flexible, que, trabajando la forma hasta dominarla á su antojo, para que las frases regocijadas, las expresiones cómicas, el tono general humorístico no denunciaran el sentido corrosivo que llevaban dentro.

Su sátira es atrevida. Hace sangre con cruel ensañamiento.

Mas no ofende por grosera. Ingenio aristocrático, es duro en la intención, correctísimo en las expresiones. Busca, para hacer resaltar su espíritu satírico, la contradicción entre las ideas y los hechos, poniéndolos en irreductible pugna; da como una falsa impresión de las cosas, si bien se advierte al punto que hay un gran fondo de verdad con penetración intelectual observada y con habilísima desfiguración de las apariencias traducida. Sin embargo, no echa mano á los recursos de la caricatura. Ni exagera los rasgos, conservando siempre un aire de realidad, ni desvirtúa los caracteres.

Espíritu curvilíneo, desorienta con agudeza de ingenio la atención de lectores poco curiosos que no saben ahondar, que no aciertan á leer más que á flor de línea.

Disciplinó el talento de *Figaro*, ejercitándolo en la sutileza é intensificando, respecto á penetración intelectual, la presión del medio ambiente, exaltadamente rigorista. Quizás en tiempos más libres *Figaro* no hubiese reconcentrado hasta extremo tan admirable su pensamiento, exteriorizándolo también de ese modo maravilloso que enmascara sabiamente, prudentemente, entre donaires y picardías, una intencionalidad extrema.

Dos son los caracteres sobresalientes en el arte de *Figaro*, modalidades que encarnan su ironía. Uno es la sagacidad y sutileza del pensamiento, que se hace agudo, intenso, flexible, á fin de exteriorizarse. Otro es el dominio de la forma, la habilidosa técnica literaria con que sabe decirlo todo sin comprometer nada.

Sin duda por esta unanimidad, por la compenetración del pensador y del artista que hallan unas fórmulas armónicas de expresión, es *Figaro* uno de los satíricos más originales que hubo en las letras españolas. Nuestros escritores satíricos de antaño, en letrillas y epístolas, producíanse con mayor desenfado. Fueron más explícitos en la intención y más claros y libres en la forma. *Figaro* les lleva la ventaja de una mayor profundidad mental; su alto sentido de filósofo que en las co-

sas pequeñas halla la revelación de las más grandes verdades, y les gana en recato, en el arte de los disimulos, en la habilidad con que desconcierta los ánimos mejor prevenidos.

La burla en nuestros satíricos de abolengo clásico es franca y el propósito ofensivo está en ellos claramente manifiesto. Dañan á flor de epidermis, combaten leves defectos sociales y personales. No ahondan. *Fígaro*, por el contrario, es un demolidor tremendo que bajo la máscara de su gracejo ataca los principios fundamentales, daña deliberadamente, merced á su espíritu anárquico, los convencionalismos y los artificios en que descansa el orden social. Generaliza; de las particularidades, de los pequeños hechos, deduce enseñanzas generales con una lógica inflexible, tremendamente demoledora, bajo sus apariencias fútiles é inofensivas. Más es lo que sugiere que lo que dice. Condensa tan admirablemente, en síntesis breves, que cada artículo, para desentrañar su hondo sentido, requiere un largo estudio analítico. Una sola frase entraña todo un sistema de doctrina; una idea tímidamente deslizada sugiere todo un mundo de ideas similares y de principios metafísicos correlativos.

¿De qué medios expresivos se vale? Para dar escape á sus pensamientos, á fin de que éstos hagan hondo surco en la inteligencia del lector, recurre á las formas comprensivas y á los recursos literarios que mayor sugestión ejercen.

Ya busca la alegoría, ya la parábola. A esta índole responden esos cuentos breves que *Fígaro* coloca tan oportunamente en sus artículos. Ayudan á la comprensión; son los andadores al servicio de la mentalidad ajena.

Otras veces acude á la perífrasis para disimular una intención atrevida, transparentándola, sin grave riesgo de caer en la crudeza de expresión, y en ocasiones en el retruécano, en la combinación de las mismas palabras, invertidas, traspuestas, que cambian radicalmente su sentido ideológico, halla, forzando con agilidad de ingenio el léxico, el medio de exteriorizar las más osadas intenciones.

No es *Figaro*, como Amiel, un escritor introspectivo; pero sí es también un solitario.

Filósofo, cavila á solas, ajeno por completo á la sociedad en que vive, de la cual se considera espiritualmente divorciado. No se pára á disecar su alma, observando su vida interior. Pero son sus impresiones personales, su manera de pensar y de sentir frente á la vida, las que lleva á sus artículos. En ellos vuelca por completo su espíritu.

Es contradictorio. ¿Cómo un alma triste al escribir resulta regocijada?

Claramente lo declara:

«Me he sorprendido varias veces como un pobre hombre, riendo de mis propias ideas.»

En ese contraste singular estriba precisamente la ironía. Las inteligencias que pueden remontarse á lo alto ven abajo las cosas muy pequeñas. Por miedo á la soledad y al vacío descenden y se amoldan con burlesca sonrisa, con seguro conocimiento de la inferioridad en que caen, á la vacuidad de los seres y á la inestabilidad mísera de las cosas, compadeciendo los errores y burlando las ridiculeces.

Estos temperamentos ironistas se adaptan, pero no se asimilan la vulgaridad corriente. La conocen, la aceptan, pero la desdeñan. Comprenden la desproporción irreductible que hay entre las ideas y los hechos y el contraste eterno entre los idealismos y las realidades. Así se convierten en solitarios por aislamiento intelectual al rehusar la convivencia con espíritus groseros y al no compartir hábitos, usos, convencionalismos sociales que reputan inaceptables y dignos de menosprecio, pero á los cuales es necesario resignarse acatándolos por tiránicamente impuestos, ya que llevan la consagración histórica y el beneplácito de las sanciones colectivas, derecho de la fuerza y fuerza del derecho.

La ironía en *Figaro* es singular, característica, personalísima. No tiene parentesco con el humorismo de Sterne ni con la ironía de Ritchen.

El amargo desencanto que reflejan los artículos de *Fígaro*, disimulado por un gracejo que no es francamente alegre, no es corriente en los humoristas extranjeros.

Comienza filosofando en serio, y acaba riéndose despiadadamente de la propia cómica gravedad. Y ese contraste es de lo más amargo. Da una sensación de esos movimientos espirituales, cambios, saltos que sorprenden, desconciertan y aun asustan, del alma romántica de Espronceda en el *Canto á Teresa*, que comienza con un llanto vivo, dolor hondamente sentido, y acaba con un desplante de crueldad irónica.

La ironía de *Fígaro*; esa facilidad con que entremezcla los más opuestos sentimientos y las ideas contradictorias; esa brusca decisión con que rompe el surco de una mental cavilación, para, apuntando cualquier observación á la ligera, alusión política, alfilerazo literario, echar por tierra la gravedad y trascendentalismo de lo discurrecido, como si todo fuera vanidad, engaño, futesas sin importancia; todo ese amasijo de contradicciones, de aspectos paradójicos, nacen de la índole de su carácter y de una irreductible predisposición del ánimo que, por orgullo ó desconfianza, llega á burlarse de todo. Pensamiento tocado de una movilidad y de una inconstancia extremas; corazón vacío de afectos, y por ende voluble, asaz tornadizo, cambia de ideas fácilmente. Ni tiene ideal fijo ni una sentimentalidad persistente. Le placen los saltos en las ideas, cambiarlas, como si lo mismo valieran variado el sentido. Igual hace con las frases en las trasposiciones y retruécanos.

La versatilidad de que alardea su ironía es reflexiva, producto de su modo de pensar, y es asimismo espontánea, arrancando de la idiosincrasia de su carácter. Un detalle entre muchos nos pone en autos de la versatilidad que hemos señalado. Cambia Larra de pseudónimo continuamente. No veo en esta rara inclinación el empeño de despistar la odiosidad de los políticos que combate ó cálculo para huir cualquier acción persecutoria, el rigorismo de una época en que la pluma no gozaba la libertad de escribir. No reconozco la necesidad de esos cam-

bios de nombre, llamándose una vez el *Duende satírico*, en otra ocasión *El pobrecito hablador*, y así continuando con *El Bachiller Munguía*, *Andrés Niporesas*, y por último *Figaro*, fundamentándolos en las exigencias de cada artículo, que por la índole diversa, en razón de los asuntos ó del modo de estar tratados, imponían la sustitución de los pseudónimos. No me parecen exactas esas explicaciones críticas. Creo, por el contrario, que esos cambios obedecen á la especialidad del carácter de *Figaro*, al recio desdén con que despreciaba, aun con todo el orgullo de su talento, la vacuidad de la gloria literaria, espíritu el suyo inconstante y tornadizo en todo.

Así se expresa, y en estas palabras está la clave de ello. «La necesidad de viajar y variar de objetos llegaron á hacer de mí el sér más veleidoso que ha nacido.» Luego añade: «Pesándome de ver á las mismas gentes todos los días, no hay amigo que me dure una semana; no hay tertulia adonde pueda concurrir un mes entero; no hay hermosa que me lo parezca todos los días y fea que no me encante una vez siquiera al mes; esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque sólo se puede soportar á las gentes los quince primeros días que se las conoce.»

Basta lo transcrito para dar cuenta de la índole que revisite la ironía en toda la obra de *Figaro*. La misantropía y altivez desdeñosa de su carácter determinan el sentido amargo de sus artículos. Vacía en ellos por completo su espíritu.

Figaro es un tremendo escéptico. En nada cree, y es irreductible su esperanza. Ya he dicho que era un muerto en pie.

A través de lo que confiesa en sus artículos, espanta asomarse al alma de este escritor. Dentro se ha consumido el corazón, *pavesas hecho*. Sólo el largo y doloroso cavilar del pensamiento á solas intranquiliza, como esos ruidos en las casas desiertas que ponen miedo en el ánimo.

Ha perdido la fe en los afectos personales. Todo es mentira, engaño, tartufismo de la vida, que solamente á los crédulos y poco avisados consuela. Ni en cariños familiares, ni en

amores de mujer, ni en afectos de amigos conviene creer. Todo es falso, y á la postre funesto desengaño que nos trae dolorosos advertimientos y trágicas soledades del alma.

«En punto á amores—escribe—tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere... Si no la cree, es un tormento; y si la cree... ¡Bienaventurado aquel á quien la mujer dice *no quiero*, porque ése, á lo menos, ha oído la verdad!...»

Nada escapa al desdén de este espíritu profundamente escéptico. Toda la esfera de los sentimientos humanos la abarca su musa burlona. No hay un afecto permanente; nada, ni el amor, es eterno. De todo desconfía, cierto de que siempre se ha de hallar «detrás de cada acción generosa el móvil mezquino que la produce».

Sentenciosamente escribe, como advirtiéndolo á las gentes que huyan todo engaño que se presenta con apariencias de certidumbre. «En todas partes hay máscaras todo el año: aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando toda la vida?»

Es cruel, desesperante, el escepticismo de *Fígaro*. Trata sin piedad á los amigos, á quienes hace motivo de sus biliosos enconos. A cada ocasión que encuentra, como si en él fuese, á más de un convencimiento, una preocupación, zahiere crudamente á los amigos. Siempre se tuvo á la amistad por un sentimiento de alta nobleza. Se loó su desinterés y hubo alabanzas para sus abnegaciones. *Fígaro* no halla en la amistad más que una perversidad de espíritu, cuando no niega rotundamente su existencia.

Una vez escribe: «quien fuese tan amigo mío para tratarme tan mal». Así juzga á los amigos. Luego, en otra ocasión, hablando de sí mismo, consigna: «preciado de gracioso, harías reír á costa de un amigo, *si amigos hubiera*».

Todo es mentira. Este concepto lo generaliza *Fígaro*. Des-

de el individuo lo extiende hasta los pueblos. Claramente se advierte en este punto el amargo sentido filosófico con que juzga los actos humanos, así particulares como colectivos, el talento demoledor de este implacable ironista.

«El hombre—discurre—necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esta razón creen los amantes, los casados y los pueblos á sus ídolos, á sus consortes y á sus gobiernos...»

¿En qué cree *Figaro*? En nada. De esta ruina de la fe y de esta irreductible desconfianza arranca su escepticismo, que hasta le priva de energías en la lucha por la vida. Sabe que tiene talento, y ¿de qué le vale? Es un lastre inútil para un triunfo definitivo. La superioridad intelectual sirve para un mayor aislamiento. Los propios méritos no son armas eficaces en el combate social. Con talento, ni aun siquiera un mísero destino se alcanza. En el reparto de prebendas andan en juego la injusticia, el soborno, el favor, las malas artes.

Cruel es la frase con que *Figaro* expresa este juicio: «Ya no tengo madre, ya no tengo mujer, ya no tengo dinero, ya no tengo amigos».

¿Y qué es lo que pudiera alcanzarse?

Precisamente todo aquello que el hombre ambiciona, por lo que tanto se afana, es nada. Palabras, nada más que palabras, como dijo *Hamlet*, repite también nuestro ironista. Todo el egoísmo, toda la pasión, toda la cantidad de espíritu que el hombre pone en la conquista de grandezas, los ha puesto nada más que al servicio de vanas palabras. «¿Política, gloria, saber, poder, riquezas, amistad, amor? Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices.»

De un amargo sentido, entrañando una desolación infinita, son los advertimientos que pone en boca del criado borracho. Son las verdades únicas, el infalible desencanto de las mejores ilusiones humanas.

Una vez dice: «Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros, hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escri-

ta». Con esto indica la inutilidad hasta de la esperanza. Nada es cierto, nada estable. Ni siquiera vanidad de vanidades.

El pesimismo de *Figaro* es corrosivo, extraordinariamente desconsolado. La tristeza desencantada de Kempis, que nos habla de la fragilidad de todos los sueños humanos, es más piadosa, porque fía á un remozamiento del espíritu religioso todo consuelo y esperanza en una vida superior y ultraterrenal, la certeza de venturas más allá de la muerte, en el tránsito de esta vida de penas y desengaños á una vida en que los dolores de la carne no existen y el alma inmortal vive plenamente libre y bienaventurada.

¿Felicidad en la tierra? No la concibe *Figaro*. Más allá tampoco.

Con cruda brevedad lo expresa el astur borracho: «Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozas hozando en él como quien remueve la tierra en busca de un tesoro».

Todo este pesimismo ideológico, esta tristeza intelectual, los vive el escritor. Son como su característica. En nada halla contento, ni fuera ni dentro de sí mismo. En los hombres mira la máscara con que engañan; en su propio interior no halla ningún estímulo vital de energía para la lucha, de sosiego para á lo menos gozar una paz íntima, no contaminada de las miserias de los hombres siempre en guerra.

Escribe dejando pedazos del alma, desgarrada á violencia en cada trazo de la pluma, como si ésta fuera un arma de suicidio. Espantosa labor, el más cruel de los suplicios. «En cada artículo entierro una esperanza ó una ilusión.»

Como si este tormentoso vivir interno, que nos cuenta con grave acento dictado por un ánimo sereno que afronta impasible las más trágicas situaciones, no nos diera la visión de un espíritu enlutado por dentro, con cierto regocijo al exterior, *Figaro* lo revela de un modo que escalofría, poniendo en des-pavorido desconcierto los sueños más optimistas.

«Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no ha mu-

cho de vida, de ilusiones, de deseos. ¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro.»

Confesión que deja un sedimento de amargas verdades, un hondo surco de dolor...

De este pesimismo desolado que arraiga profundamente en *Fígaro*, arranca una especie de sentido anárquico, de espíritu subversivo á todo evento. Claro es que, con el concepto que le merece el hombre, la sociedad resulta aún peor conceptuada, y contra las ideas primordiales arrecia en sus diatribas embozadas y en sus francos odios.

Sabe poner en contradicción los principios morales que se estiman como fundamento del orden social reinante, con los instintos en el hombre y con las nociones más elementales de derecho natural. Este procedimiento humorístico lo cultiva en la actualidad con gallardo éxito Mark Twain.

No hay más que leer el artículo *Las circunstancias*, para percatarnos al instante del sentido anárquico que predomina en *Fígaro*. Se ha venido considerando como bases del orden social estos conceptos: patria, religión, familia. Donosamente, con malévolos regocijos los burla nuestro ironista. Como los presenta, queda su eficacia completamente desvirtuada.

Nos presenta á Priestley. Debió nacer inglés, protestante y rico. Las circunstancias determinan su suerte en otro sentido. Lo hacen español, católico y pobre. ¿Qué son entonces las ideas madres más que el juguete del destino de los hombres? Ellas en sí no tienen virtud alguna; dependen de una serie de contingencias imprevistas. La patria la concede el azar, como la religión nos la impone el medio ambiente; y la fortuna es cosa inestable, ajena á nuestro dominio; antes por el contrario, tirana de nuestros destinos entregados á sus veleidades tornadizas.

Pasa luego á combatir la organización social, esta serie de convenciones á que se sujetan, merced á las leyes que regulan nuestras responsabilidades y á la ética que disciplina nuestra conducta, las más libres espontaneidades del hombre.

Ante todo se declara enemigo de la fuerza, garantía del orden y de la paz pública en todas las sociedades modernas. Así exclama: «¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas? ¡No se puede vivir sin instrumentos de muerte!»

Rebélase también, con hostilidad anárquica, contra el derecho que se abroga la sociedad, de matar, de realizar la justicia, llevando á ejecución la pena de muerte. Razona brevemente sobre este extremo, respecto al cual han disertado criminalistas y sociólogos. No importa la brevedad con que se expresa. Pero conviene recoger su argumentación, en la que parece esforzarse en no poner más que unos adarmes de sentido común. Habla de un reo que muere infamado en la horca. «Si había hecho mal—dice—matando á otro, la sociedad iba á hacer bien matándole á él. Un mal se iba á remediar con dos.»

Giran sus ideas en torno á esta honda rebeldía que le acusa. Contra todo acto de fuerza que imponen los prejuicios sociales; contra todo lo que signifique represión, vindicta, castigo, el espíritu de *Fígaro* se subleva indignado. En boca del baratero que riñe con un compañero de prisión pone esta imprecación amenazadora: «Mi día llegará, ¡oh falsa sociedad! ¡oh sociedad incompleta y usurpadora!, y llegará más pronto por tu culpa; porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los míos, que ahora le miran estúpidamente, sin comprenderle, aprenderán á leer».

¿Qué escritor llegó en España á manifestar con tanta valentía ideas de esa fuerza demoledora? Sobre todo, asombra que en una época de cobardes pusilanimidades, en que ni aun las tímidas ideas liberales era posible expresarlas ni siquiera con respetuosa sinceridad, *Fígaro* se atreviese á producirse con tan ruda franqueza y tan osada rebeldía. Hoy mismo, que de una más amplia libertad disfrutamos, habría que poner tiento en la pluma para dar salida á esos ímpetus revolucionarios, condenadores de la violencia, instigadores de un anarquismo en acción.

E. M.—Octubre 1907.

Como si lo anteriormente transcrito no fuese bastante á darnos la clave de su modo de pensar, en otro artículo busca coyuntura para dar escape á sus ideas subversivas. Se encara con los que el día de Difuntos visitan los cementerios. «¿Vais á ver á vuestros padres y á vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos? Ellos viven, porque ellos tienen paz; ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra: la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdicción del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo. Hablan en voz bien alta y que ningún jurado se atrevería á encausar ni á condenar. Ellos, en fin, no reconocen más que una ley, la imperiosa ley de la naturaleza que allí los puso, y ésa la obedecen.»

¿Qué más podía escribir cualquiera de los escritores ácratas contemporáneos? ¿Quién, en un período gubernamental de opresión y terrorismo, puso más ácido corrosivo en los puntos de la pluma?

Contra la mansedumbre de las gentes, precisamente, que acataban sin un intento de rebeldía la manumisión política, el servilismo moral, la esclavitud blanca, *Figaro* dejó deslizar en una frase su más sangrienta ironía. Busca un pretexto para decir una gran verdad. Habla de una representación en que los hombres son mujeres, y las mujeres son hombres, para añadir á renglón seguido, con sarcástica intención, como escupiéndole una ofensa á la sociedad en que estaba forzado á vivir: «He aquí nuestra época y nuestras costumbres».

* * *

La depresión intelectual le lleva al pesimismo que vierte, con corrosiva ironía, en ideas disolventes. Pero siéntese acometedor también, movido de una agresividad sanguínea contra el medio ambiente social, y esgrime entonces la sátira con crueldad implacable. «Nunca está el hombre más filósofo que

en sus malos ratos.» Así germina en *Figaro* la ironía. Mira las ideas, los hombres y las cosas á través de su espíritu misantrópico, y en los instantes de mal humor desahoga las hieles en artículos serios ó en sátiras despellejantes.

Hasta en los artículos de costumbres, en que acierta á dar la nota pintoresca de admirable modo, con gracejo insuperable, con visualidad justa y colorido magnífico, derrama su acidez, su punzante causticidad, llevado de un espíritu maleante que el asco moral lo traduce en donaires y en diálogos de acentuada burla y gorja.

¿Qué mejor medio para satirizar la grosería de las costumbres españolas que pintarlas gráficamente, desentrañando el carácter de ellas, reproduciéndolas en el arte literario con fina observación, movidas, vívidas?

En *El castellano viejo* encanta el irónico gracejo y el sentido epigramático que rebosa. Maleante, festivo, el satírico traza el tipo con relieve sorprendente y esa obsequiosidad insistente con que gentes de hábitos groseros por tradición y de usos domésticos poco agradables para personas de gustos educados se empeñan en agasajar, sin fijarse en las molestias que ocasionan á quienes rehuyen estas fiestas familiares, en que toda incomodidad y toda impertinencia tienen obligado ejercicio.

Y es donosa también la sátira con que pone en ridículo ciertos resabios mortificantes de las costumbres españolas á la clásica usanza. *¿Entre qué gentes estamos?* rotula uno de sus más donosos artículos. En él pone de manifiesto la insolencia plebeya del calesero, el ridículo orgullo del escribiente, la franqueza irrespetuosa del sastre, que, en razón de la ineducación y de la altanería propia de la raza, á todos mide por el rasero de la propia grosería vidriosa y pendenciera.

Tal vez donde más agria y, sobre todo, más agresiva, hasta hacer sangre cruelmente, se muestra la sátira en *Figaro*, es cuando aborda las alusiones políticas.

Vela la intención, pero así escondida es más aguda, mu-

cho más incisiva. Desuella la piel con leve rasguño, pero deja que el veneno llegue á la sangre y traiga la descomposición y la muerte.

Precisamente en la sátira política es donde más penetrante y hábil se revela el ingenio de *Fígaro*. Sabe decir las más ofensivas crudezas sin que las frases hieran con destempladas acritudes. Hay que ver en ellas el sentido, el espíritu demoledor que entrañan. Son ligeras, son cómicas, al parecer, superficialmente inocentes. Mas bajo la festiva forma, detrás de los retruécanos hábiles, ahóndese un poco, y se comprenderá una intencionalidad, una dureza de concepto verdaderamente agresivos é implacables.

Su sátira extiende la esfera de acción. No sólo ataca las ideas, sino que censura las corrupciones de los partidos y va más allá de los ataques satíricos. Búrlase también de los cómicos, de los literatos, de los empleados, nada más que destacando la insignificancia, la ridiculez, el engreimiento que hinchan sus espíritus vulgarísimos, y la ineducación de que alardean.

Como crítico literario *Fígaro* no raya á la misma altura. Cierto que se advierte en sus artículos juzgando la producción literaria de sus contemporáneos un gusto depurado, cierta independencia de criterio; pero no ahonda mucho en filosofía del arte. Gallarda mentalidad la suya, en la crítica parece no poner todo su vigor intelectual y todo su emotivismo artístico. No obstante, doy en pensar que eran su cultura y su penetración crítica superiores á las obras que juzgaba, por lo general traducciones de comedias francesas, hoy desdeñadas.

*
* *
*

Sin duda, la muerte trágica de *Fígaro* fué su última y más despiadada ironía. Por despecho amoroso, loco de orgullo y de pasión, se mata por una mujer. ¡Él, que nunca creyó en fe de hembra alguna, y declaró siempre desoladamente que no amó jamás!

Tal vez le movió al desesperado acto con que puso término á una vida de pesadumbres el desencanto supremo, el desplome de la última ilusión. Tal vez sintió el horror al vacío de la vida, á la infinita soledad entre los hombres, no contando ya con la piedad de que le contentaran con un misericordioso engaño, ni se consolara su alma con cualquier mentira de estas que á los demás nos arraigan á la tierra, y prefirió, con heroica grandeza, en un momento de soberana ironía, despedirse de la existencia con su gesto más burlesco y con una mueca de desdén agresiva.

ANGEL GUERRA

SUBSISTENCIAS



INTERMEDIARIOS

Con ser tan importante la deficiencia y la carestía de nuestra producción agraria, no constituye, sin embargo, la única causa del constante y progresivo aumento de precio de los artículos alimenticios; contribuye á él, y no en pequeña parte, la existencia de gran número de intermediarios que, eslabonándose entre el productor y el consumidor, forman la cadena que por igual aprisiona á uno y á otro.

Antigua y potente fué sin duda esta plaga en España, donde se dedicaba al acaparamiento y reventa de toda clase de artículos, y grandes debieron ser sus abusos, cuando, con sólo hojear la Novísima Recopilación, encontramos, entre otras, las siguientes disposiciones, encaminadas á poner coto á sus demasías:

Don Carlos I, en Bruselas, por pragmática de 26 de Febrero de 1549, prohíbe la compra de paños para revender en ferias, «porque somos informados (dice) que los mercaderes hacedores de paños caudalosos, y sus factores y criados, para se hacer del todo señores del precio de los paños, y los subir en el que ellos quisieren, han tomado y tienen por trato y granjería comprar muchos paños de los otros mercaderes hacedores de ellos, y los recoger en sí por esta vía para dicho efecto, de que se ha seguido y sigue mucho perjuicio á la república, y que lo mismo hacen y acostumbran á hacer otras

personas para revender los tales paños; y por lo evitar, vedamos y defendemos, que agora ni de aquí adelante ningún mercader hacedor de paños, ni factor ni criado suyo, ni otra persona alguna, pueda comprar paños algunos en las ferias para los revender en ellas directe ni indirecte; so pena que por la primera vez pierdan los paños que compraren, y más paguen de pena 50.000 maravedís, la mitad de todo ello para la nuestra Cámara y Fisco, y la otra mitad para el denunciador y Juez que lo sentenciare, repartido entre ellos por iguales partes; y por la segunda vez se le doble la pena; y por la tercera pierda la mitad de todos sus bienes, y sea desterrado destos nuestros reinos».

Don Carlos y Don Felipe, en Madrid, por pragmática de 25 de Marzo de 1552, prohibieron la reventa de paños, excepto en las tiendas públicas; Don Felipe II, en las Cortes de Madrid de 1558, petición 6.^a, mandó que no se pudieran comprar garrobas ni yeros, ni en poca ni mucha cantidad, para lo tornar á revender; el mismo, en las Cortes de Madrid de 1586, petición 28, dispuso que no se revendiera la sal.

Don Felipe IV, por pragmática de 13 de Septiembre de 1627, habiendo en cuenta que «una de las causas principales de la carestía general ha sido el número grande de regatones, que se han introducido en todas las especies de comercio, y que éstos acaparaban toda clase de géneros para poner el precio á su beneplácito interponiéndose entre el productor y el consumidor, prohibió, bajo severas penas, que la venta se hiciera en otras partes que en las tiendas destinadas á este fin».

Don Felipe II, en Toledo, por pragmática de 26 de Abril de 1561, prohibió comprar carnes vivas para tornarlas á revender; y por otra de 20 de Junio de 1565, que los corredores salieran á comprar á los caminos los ganados que vinieren á venderse en los mercados.

Estas prohibiciones, y las severísimas penas que se aplicaban á los contraventores en época en que el principal objetivo de las leyes era el de atender al bien general antes que á los

intereses privados de un determinado número de particulares, no fueron bastantes á extinguir el intermediario, para quien la idea del lucro personal fué siempre el único fin de sus aspiraciones; y en estos tiempos en que la definición de la libertad ha degenerado, desde el principio de hacer cada uno lo que le plazca sin perjuicio de los demás á la de realizar cuanto se le antoje, aun cuando perjudique á la generalidad, la plaga social de los acaparadores, revendedores, corredores y otros intermediarios de menor cuantía ha tomado tal desarrollo desde la confabulación de gremios enteros para alterar á su capricho el precio de los artículos, hasta el modestísimo industrial que en la vía pública se dedica á la reventa de algunos de ellos, que todo lo invade, todo lo explota; y si, prescindiendo de la tan mal entendida libertad de comercio, no acabamos pronto con ellos, no tardarán ellos en acabar con nosotros.

Funcionan estos organismos enemigos del productor y del consumidor, ya víctimas de la usura desde el mismo momento de la siembra, por los anticipos que los pequeños labradores se ven obligados á solicitar para las operaciones de ella, con una organización perfecta, á la que ha contribuído, más que ninguna otra causa, la agremiación forzosa establecida por nuestras leyes fiscales. Esta agremiación, que sólo favorece el fácil cobro de los tributos por parte de la Hacienda, ha venido á establecer una solidaridad de intereses entre las clases industriales y mercantiles, que cierra el paso á toda noble competencia; los síndicos y clasificadores de cada gremio conocen al detalle el estado más ó menos floreciente del tráfico á que se dedica cada uno de los agremiados, y los precios á que adquieren y venden los géneros; y este conocimiento, que, en reglas de estricta justicia, habría de servir tan sólo para la equitativa distribución de las cuotas, ha llegado á convertirse en arma de coacción contra aquellos que intentan expender sus mercancías en distintas condiciones que los demás. Casos conocemos en esta propia Corte, en que la rebaja de precio en un artículo determinado para aumentar la exigua clientela del

comerciante, en vez de producir, como era lógico, en su estado de penuria, una disminución de cuota, ocasionó el aumento de ella, como penalidad establecida por el gremio á los infractores de la regla general; y ninguna demostración más palpable de que esa sagrada libertad de comercio que nuestras leyes establecen y la opinión preconiza es ilusoria, desde el momento en que prácticamente no puede ejercerse sin el grave peligro de los intereses de aquellos que á ejercerla se aventuran.

Consecuencias de esa misma agremiación son los sindicatos de fabricantes de harinas y pan, que, después de hacer el cálculo del cereal que cada uno necesita durante el año, se confabulan para lanzar á las comarcas productoras sus comisionistas, con orden de acaparar á precio único, concertado de antemano y siempre muy bajo, las existencias necesarias para la fabricación y reventa; y después de hecho el acopio, envían nuevos emisarios para adquirir exiguas cantidades á precios mucho más elevados, con lo cual consiguen, mediante la desaparición de la competencia, el doble objetivo de comprar barato y vender caro.

Iguales procedimientos se emplean seguramente en los demás artículos de consumo, y así se explica que esta confabulación inicial, unida á la red de intermediarios establecida entre el acaparador al por mayor y el que vende al público, produzcan en los grandes centros consumidores, por ejemplo, Madrid, que es de donde tenemos datos más completos, un aumento en la unidad alimenticia, comparando precios con los corrientes en los 218 mercados principales de España, de 41 por 100 en 1891, 48 en 1892, 35 en 1893, 36 en 1894, 25 en 1895, 33 en 1897, 31 en 1898, 35 en 1899, 28 en 1900, 23 en 1901, 24 en 1902, 37 en 1903, 36 en 1904, no fijando los de 1905 y 1906 por carecer de datos.

Establecidos estos datos generales, y ante la imposibilidad de adquirirlos auténticos de cada localidad, veamos lo que ocurre en Madrid respecto á las carnes, el pan y algún otro importante artículo de primera necesidad, para formar una idea

aproximada de lo que en las demás importantes poblaciones sucede. En el mes de Diciembre de 1903 vendiéronse por los ganaderos en el matadero de esta Corte los bueyes cebados á una peseta el kilogramo, á 1,54 las vacas gordas y á 1,47 el ganado de León, en canal, ó sea quedando á beneficio de la Compañía de abastecedores (el *trust* de la carne) las pieles, los intestinos, los hígados y todo lo demás del interior de la res, que representa un valor de 21 pesetas por res, siendo también de cuenta del ganadero el pago de los derechos de consumos; además de esto, si las reses están muy gordas se descuenta un tanto por ciento por sebo, y si no lo están por huesos; de modo que los abastecedores pagan los precios indicados nada más que por la carne que puede ponerse á la venta pública: el precio á que ellos la dan á los carniceros y tablajeros es un misterio indescifrable; pero no lo es que cuando llega á la venta pública se ha dividido en cinco clases, las cuales se expenden, con inclusión del sebo y del hueso, por lo menos en dos de ellas, á 2,80, 2,40, 2,00 y 1,80 el kilogramo, y á 1,40 el de falda, que es la ínfima calidad y la que menos influye en el peso de las reses. Es decir, que aparte de las mermas, fatalmente inevitables en el peso al por menor, además del sebo y del hueso, que no pagan los abastecedores y que representan un no despreciable sobrepeso, del matadero al consumidor el kilo de carne encarece de 0,50 á 1 peseta, advirtiéndose que prescindimos de la carne de ternera, cuyo precio al por menor en nuestro mercado oscila entre 3 y 4,50 pesetas kilo.

En París el precio del kilo neto de carne de buey, que en los mataderos de la villa vale 1,80, 1,45 y 1,30, según calidad, se expende en los mercados de 1,20 á 2,50 la de primera, de 1 á 2,30 la de segunda, de 0,90 á 1,50 la de tercera, y de 0,70 á 1 franco la de cuarta clase; la vaca cuesta en el matadero 1,56, 1,40 y 1,25, y en los mercados al mismo precio que el buey, y la ternera á 2,30, 2,10 y 1,80 en el matadero, y en los mercados de 2,10 á 2,50 la de primera, de 1,20 á 1,60 la de segunda, de 1 á 1,70 la de tercera, y de 0,90 á 1,30 la de cuar-

ta; en los mercados de Bruselas el kilo de carne de buey oscila entre 1,50 y 2,10 francos; en la capital de Italia el precio del kilo es de 1,50 para las clases obreras, y el máximo de la carne selecta que consumen las clases acomodadas llega á 2,55 liras el kilo.

Respecto al pan, empezaremos por consignar que el precio medio más elevado á que se cotizó el trigo en los principales mercados de Europa durante el año de 1906 fué de 23,84 francos el quintal métrico en París, de 22,99 en Berlín, de 16,94 en Budapest, de 15,04 en Odessa, de 26,52 en Italia y de 25 pesetas en España; que el precio del pan en Francia del 10 al 25 de Febrero del corriente año oscilaba desde 0,28 en los departamentos hasta 0,36 y 0,40 en París; de 0,33 á 0,39 en Roma; en los Países Bajos á 18 céntimos, y en Bruselas á 0,24 y en Madrid á 0,40 lo que aquí llamamos kilogramo, aunque nunca llegue á mil gramos.

También esta demostración es clara: en la capital de nuestra nación el precio del artículo de primerísima necesidad para el sustento de la masa general de la población es más elevado que en todas las demás capitales de los Estados europeos, y en ellos influye, además del acaparamiento á que ya nos hemos referido y de los innumerables y no menos codiciosos intermediarios, el insaciable deseo de lucro de fabricantes y vendedores. Para demostrar este aserto, que naturalmente no podemos asentar sobre datos oficiales, que ni existen ni pueden existir, habremos de reproducir lo que sobre el particular consignábamos en nuestra ponencia de 1905, adicionado con otros antecedentes que la prensa diaria dió á luz á principios del año actual, pues tanto unas como otras cifras, aunque desmentidas, como era lógico, por los fabricantes y expendedores, nos parecen, como á la opinión pública, las más apropiadas á la verdad.

Decíamos en 1905: Dado el precio de los trigos y de las harinas, el precio de coste y de elaboración de pan serán los siguientes:

**Coste de 125 kilos de pan en una tahona corriente
que elabore 1.250 kilos.**

	Pesetas.
100 kilos de trigo en Valladolid, sobre vagón, á 52 reales la fanega de 94 libras, ó sean los 43 kilos.....	30
Transporte por ferrocarril de Valladolid á Madrid.....	2,40
Arrastre, de la estación á la fábrica de harinas.....	0,20
Derechos de la fábrica de harinas, á 1 peseta los 43 kilos.....	2,32
Arrastre, de la fábrica á la tahona.....	0,20
<hr/>	
<i>Total</i> coste de los 75 kilos de harina, resultante de 100 kilos de trigo.....	35,12
Venta de los 25 kilos de residuos, á 0,21 pesetas kilo.....	5,25
<hr/>	
Coste líquido de 75 kilos de harina.....	29,87
Coste de 25 kilos más de harina para completar los 100.....	9,95
<hr/>	
<i>Total</i> coste de los 100 kilos de harina.....	39,82
<hr/>	
Primera materia.....	39,82
Personal de elaboración.....	4
Alquiler del local.....	0,50
Contribución.....	0,10
Gastos de motor.....	0,20
Mecánico, engrases, correas y desgaste del motor.....	0,30
Luz.....	0,15
Sal.....	0,25
Utensilios de maseras, palas, horquillas, selos, mantas y sacas para los obreros.....	0,15
Leñas y lumbreras.....	1
Embaldosado del horno.....	0,04
Personal del acarreo y venta del pan.....	2,25
Quebranto de moneda.....	0,35
Imprevistos y gastos menudos de bombillas de luz, cristales, etc.	0,10
<hr/>	
<i>Total</i> coste de 125 kilos de pan que produce 100 kilogramos de harina.....	49,21
<hr/>	

Determinado el precio de coste de la primera materia y de elaboración del pan, vamos á indicar los precios de venta para determinar el encarecimiento de la mercancía, por las ganancias de la industria y los servicios de los intermediarios.

Suponiendo que una tahona elabore y venda 1.250 kilogramos de pan de diferentes clases, resultará:

VENTA	Pesetas.
312 piezas de un kilogramo, á 0,45 una.....	140,40
938 kilogramos de pan en panecillos de medio y de un cuarto de kilogramo, á 0,25 cada uno de los primeros y á 0,25 cada dos de los segundos.....	469
TOTAL VENTA.....	<u>609,40</u>
A deducir:	
Coste de 1.250 kilogramos de pan á 49,21 pesetas los 125 kilogramos.....	492,10
<i>Ganancia diaria</i>	<u>117,30</u>

Demuestran estos números que el encarecimiento por ganancias de intermediarios representaba en 1905, vendiendo el kilo de pan á 0,45, más del 23 por 100, y que la elaboración y venta diaria de 1.250 kilogramos producía una utilidad de 40.000 pesetas al año.

Los datos de época reciente son aún más curiosos, y parecen más completos.

Existen en Madrid 180 tahonas, cuya producción parcial no puede precisarse; pero como para los efectos no es necesario en absoluto, ascendiendo el consumo total á 110.000 kilogramos por día, asignamos á cada una, por igual, 600 de fabricación diaria. En la primera semana del mes de Enero del año actual costaba el quintal métrico de harina sobre vagón en Valladolid 33 pesetas, que sumadas á 2,40 de portes por ferrocarril hasta Madrid, y 20 céntimos de arrastre, de la estación á la fábrica, hacen ascender el precio de los 100 kilos de harina, puesta en fábrica, á 35,60 pesetas.

Como el pan debe tener un 25 por 100 de agua, y tiene aquí hasta el 30 y el 35, no necesita el fabricante igual peso de harina que el del pan que ha de fabricar; y así, prescin-

diendo del exceso de agua que aquí toleramos, y tomando sólo la que específicamente corresponde, tendremos que para fabricar 600 kilos de pan sólo hacen falta 450 de harina, cuya transformación representa los siguientes gastos:

	Pesetas.
450 kilos de harina, á razón de 35,60 pesetas los 100 kilos, puestos en fábrica.....	160,20
Mano de obra.....	18
Local.....	2,25
Contribución.....	0,45
Motor y su entretenimiento, su conducción y reparación.....	2,25
Luz.....	0,70
Sal.....	1,20
Entretenimiento de utensilios y de horno.....	0,70
Leñas y lumbreras.....	4,40
Personal para venta de pan y acarreo de leñas y harinas.....	9
Quebranto de moneda.....	1
Gastos menudos.....	1,50
TOTAL.....	201,65

Intereses al capital empleado y remuneración del trabajo personal del dueño, gastos de escritorio, etc.....	13,01
Total gastos de coste y elaboración de 600 kilos de pan.....	214,66
Producto de la venta del pan, á 0,40 el kilo, admitiendo el convencionalismo de los 1.000 gramos por kilogramo.....	240

Sobre-utilidad del tahonero..... 25,34

diarias; 12,50 al día de interés sobre el capital invertido, 150 por 100 anual del mismo dinero.

De otros artículos de consumo que con la carne y el pan forman el sistema completo de alimentación de la enorme masa constituida por las clases media y obrera de nuestro país, no hay verdaderas estadísticas ni base de comparación con lo que en el extranjero sucede. Sólo sabemos que sus precios, como era natural, han seguido automáticamente la elevación de las demás subsistencias, y que hasta llegar al consumidor pasan por las manos de los intermediarios monopolizadores de esta clase de negocios.

De lo que sucede en los mercados en general no tenemos datos auténticos que permitan hacer afirmaciones concretas é irrefutables, aunque puede suponerse con gran fundamento que estos géneros, lo mismo que los demás, no habrán podido sustraerse á la codicia del acaparador. Nos limitaremos, pues, á señalar como muestra lo que se realiza en el de Madrid.

Existe en esta Corte para el mercado de frutas, hortalizas y legumbres una antigua institución denominada de asentadores, que ejercen en la plaza de la Cebada, único punto destinado á la venta al por mayor de estos géneros, las mismas perniciosas funciones que los acaparadores de trigos y harinas y los abastecedores en el Matadero. Ellos fijan el precio de adquisición de los productores y el de venta al por mayor y menor, imponiendo una verdadera tiranía mediante los pequeños créditos abiertos á los revendedores que se someten á sus condiciones, y la negativa de facilitar géneros, ni al contado ni al crédito, á los que pretenden recabar alguna independencia, y de aquí la uniformidad constante del precio de los artículos similares en todos los sitios destinados á la venta, uniformidad que no podría existir sin la presión de aquellos elementos, porque cada vendedor sería dueño de establecer, con arreglo á las condiciones de su establecimiento, la cantidad de ganancia que estimara más conveniente para la mayor venta.

Sin la intervención de estos asentadores ningún productor podrá colocar su mercancía en el mercado madrileño, porque ni almacenistas ni vendedores al por menor la aceptarán, temiendo las represalias de aquéllos; y como tampoco pueden expenderlo al público por falta de locales, que no existen en el mercado á disposición de ellos, y que, aunque existieran, tomados por una sola vez, recargarían enormemente los gastos, ni tienen sitios donde almacenar, en espera de mejores circunstancias, forzosamente han de someterse á las exigencias de estos intermediarios confabulados, que, como ya hemos dicho, libres del temor de toda competencia, compran al precio que quieren fijar y venden al que les viene en gana.

En el otro mercado, el de los Mostenses, que recibe toda la pesca necesaria para el abastecimiento de la Corte, puede exigirse la venta al por menor; pero los abastecedores y detallistas, que no podían faltar, la imposibilitan, teniendo que resignarse el público á adquirirla de los revendedores al por menor, que también, con rara unanimidad, venden todos al mismo precio y se conforman con la modesta ganancia del 25 al 50 por 100, según la clase de la mercancía; y como con los huevos, la leche y todos los demás artículos de alimentación ocurre una cosa análoga, ahorramos comentarios respecto á esta segunda causa esencial de la carestía que lamentamos.

Aun queda una tercera que está en la conciencia de todos, pero que, por tratarse de actos realizados en la esfera del orden privado, no tiene comprobación; nosotros, sin embargo, no hemos de callarla, aunque de antemano prevemos las airadas protestas que ha de ocasionar; y en esta parte nos vemos obligados á rectificar algo de lo que dijimos en nuestra ponencia de 1906. Es cierto, según la estadística oficial, que el número de establecimientos dedicados á la venta de artículos de consumo disminuyó, por lo menos para los efectos de la tributación, en 5.748 desde 1893-94 hasta 1904; lo es que no todos los que al comercio se dedican no sólo no se hacen ricos, sino que muchos se ven obligados á cerrar sus establecimientos; pero de propia experiencia conocemos diversos casos en que el comerciante, con el sobreprecio de venta al por menor en relación con el de compra al por mayor, ayudado por las deficiencias del peso, de todos conocidas y por todos toleradas, obtiene un beneficio anual superior al importe del capital en circulación, y no se enriquece porque en la mayoría de los casos el capital es tan exiguo que, con ser tan enormes las ganancias proporcionales, no pueden exceder de los gastos; y cuando quiebra ó se retira, no es por insuficiencia de la utilidad relativa, sino por falta de compradores.

Nos parecen bastante averiguadas las causas raíces del continuo encarecimiento del precio de las subsistencias. Nues-

tra producción agrícola no aumenta proporcionalmente al número de consumidores, cada vez mayor según acusan los sucesivos censos, circunstancia ésta del aumento de la población nacional, que no estimamos una calamidad, como alguien ha querido suponer, sino que señalábamos en nuestra ponencia y volvemos á señalar ahora, que á mayor demanda es necesaria más suma de productos, y que cuando simultáneamente á aquélla no aumentan éstos, es lógico y fatalmente necesario que el producto deficiente se encarezca; que nuestra producción, además de ser escasa, resulta cara para el agricultor, porque con los mismos ó mayores gastos que los demás de Europa, recoge un producto muy inferior en cantidad á ellos, sin que le sea dable elevar á proporción los precios, porque la competencia extranjera invadiría nuestro mercado con productos más baratos, imposibilitando la venta de los nacionales.

Que las confabulaciones gremiales, sindicaturas, acaparadores, abastecedores, asentadores, corredores y demás intermediarios, contratando é interviniendo libremente, sin trabas ni cortapisas de ningún género, entre el productor y el consumidor, explotan á uno y á otro, y con los defectos de producción son causa esencialísima de la carestía de los abastecimientos; y

Que la agremiación exigida por la Hacienda para facilitar el cobro de los tributos á los comerciantes, y que ha venido á establecer entre ellos una comunidad de intereses que pugna con la noble y libre competencia, unida al inmoderado afán de lucro en relación al capital empleado en el negocio, completan la obra de aniquilar por hambre á nuestros nacionales.

¿Remedios? Claro que los tenemos ó creemos tenerlos, lo mismo que los tiene ó piensa que los posee todo español, aun el más inculto. Lo que no tenemos es fe en que, aunque por casualidad acertáramos, nada de lo que hayamos de proponer llegue en breve plazo al terreno de la práctica; porque aunque se tradujeran en disposiciones de carácter oficial, y ya se-

ría mucho conseguir, hemos visto cómo los dos Reales decretos que á raíz de la ponencia de 1905 dictó nuestro ilustre amigo Sr. González Besada, entonces ministro de la Gobernación, respecto al pan y la carne, medidas tan demandadas por la opinión pública y de un positivo resultado beneficioso, quedaron en la *Gaceta*, como una muestra más del apoyo que en la parte que les corresponde prestan al Poder ejecutivo las corporaciones y el pueblo, que luego le atribuyen todas las desdichas, remediabiles sólo con el apoyo nacional.

Esta triste impresión de ánimo, este profundo convencimiento de la esterilidad de cuantos remedios se propongan con un pueblo que grita y no ayuda, no ha de ser parte para que desistamos de nuestro propósito de señalar aquellos procedimientos que á nuestro juicio podrían iniciar una era menos angustiosa para todas las clases de la nación. Cumplimos con un deber de conciencia tratando de divulgar el modesto fruto de nuestros estudios y observaciones, y con la satisfacción del deber cumplido nos consideramos suficientemente pagados. Aporte cada uno el caudal de conocimientos, seguramente más caudaloso que el nuestro, á la obra común, y no dudamos que más ó menos tarde España dejará de ser un país que degenera por el hambre; porque aunque la empresa es ardua, muchas de mayor importancia se realizaron cuando los pueblos con un solo impulso se lo propusieron.

Y hechas estas salvedades, propongamos los medios.

AGRICULTURA

Desgraciadamente, porque en esta ocasión quisiéramos dominar la materia para divulgar nuestros conocimientos, éstos sólo llegan á señalar el mal y sus causas, pero no á detallar los remedios, para lo cual sería necesaria una preparación técnica, teórica y práctica, de que en absoluto carecemos. Pero el sentido común y la lógica, que no están sujetos á especialidades, nos dicen que cuando España produzca en totalidad y

parcialmente por hectárea la suma de quintales métricos de cereales que producen las demás naciones de Europa que tienen igual organización social á la nuestra, únicas con que hemos establecido la comparación, los gastos de cultivo serán mucho menores por el aumento de producción en la misma superficie; el propietario, vendiendo más barato el producto, obtendrá más utilidades; el crecimiento de las cosechas permitirá dar jornal durante mayor número de días al obrero; y como, naturalmente, produciendo más barato, el producto lo será también, el trabajador encontrará dos beneficios simultáneos: aumento de días de trabajo y economía en las subsistencias, ventaja esta última que alcanzará por igual á todas las clases sociales.

¿Cómo se llega á esto? También el sentido común lo dicta: haciendo lo que se hace en Francia, Alemania, Italia, Bélgica, Holanda, y aun en nuestras regiones levantina y catalana, y abandonando el sistema rutinario que se sigue en Castilla, la Mancha, Extremadura y Andalucía, que es donde más se cultivan los cereales. ¿Cultivo intensivo ó extensivo? ¿Labores profundas para buscar la humedad que nuestro clima nos niega generalmente en la superficie? ¿Abonos químicos? ¿Reposición del arbolado destruido por el vandalismo que ampararon nuestros caciques y autoridades? ¿Reconstrucción de los pósitos? ¿Sociedades cooperativas agrícolas? Nuestros técnicos son los que habrán de decidir, y para ello no necesitarán grandes esfuerzos: teorías hanse impreso y circulan á millares, y algunas podríamos desarrollar por cuenta ajena si sintiéramos la tentación de sentar plaza de peritos en estas materias; prácticas en todas partes podrán hallarlas menos en nuestros campos de experimentación, donde las teorías lo absorben todo; y creemos que seguramente las encontrarán en cualquiera de las naciones europeas que hemos citado, aun en igualdad de condiciones climatológicas.

En esta cuestión de la agricultura envolvemos, como la lógica lo pide, la ganadería; porque cuando sepamos cultivar,

tendremos pastos; y cuando los haya, las labores resultarán más baratas y dejaremos de ser tributarios en cuanto á carnes al extranjero. No pretendemos haber descubierto ningún nuevo continente, pues otros muchos y con mayor autoridad nos precedieron en este camino, aunque sus esfuerzos resultaron estériles; aportamos una voz más en favor de los intereses de la agricultura, que son los de toda la nación, por si en este período en que por virtud de diversas y valiosas iniciativas parecen surgir aires de renacimiento para el agro español, ayuda, aunque sea en parte infinitesimal, á la obra de redención.

TRANSPORTES

Creemos haber demostrado que, sin que las empresas de ferrocarriles variaran el precio de los transportes, el de la unidad alimenticia ha ido elevándose; hecho que prueba la independencia con que giran ambos factores. No quiere esto decir que nosotros elevemos á la categoría de dogma la perpetuidad del actual estado de cosas.

Las empresas de ferrocarriles, como todos los organismos oficiales y particulares que en nuestro país y de nuestro país viven, deben extremar las concesiones, y, si es preciso, llegar al sacrificio, para acabar con el hambre, la más terrible de todas las plagas. Pública y notoria es la escasa prosperidad financiera de las empresas, ocasionada principalmente, aparte del quebranto de pagar en francos los intereses, por hallarse casi todos sus valores en el extranjero, y por las deficiencias de producción, que hacen insignificante el tráfico é insuficientes las ganancias para cubrir los gastos.

El aumento de producción agrícola, con el de los medios de comunicación, vendría á solucionar el conflicto para las Compañías, el productor y el consumidor, porque olvidamos que, por la dificultad de comunicarse entre sí los centros productores y las estaciones, cuando la mercancía llega á ellas ya tiene un gasto inicial de 1,25 pesetas por tonelada y kilómetro,

si el arrastre se hace á lomo, que es como, por desgracia, se realiza en gran parte del país, y de 0,52 por carretera, cuando por ferrocarriles secundarios sólo cuesta ocho céntimos, y mucho menos en las líneas generales.

Una estadística hecha el año 1889 por la Dirección general de Obras públicas respecto al movimiento de nuestra producción, demuestra que con sólo transportar por ferrocarril lo que se llevaba por carretera, sin contar lo de á lomo, se economizarían 60 millones de pesetas anuales, beneficio de que participarían por igual el productor y el consumidor.

Claro que la ejecución de las obras necesarias para estos nuevos medios de transporte requiere considerables sumas; y aunque la importancia de la economía nos sugiere la idea de que parte de ella podría aplicarse á suplir el mayor gasto, seguramente con el beneplácito de aquéllos, que encontrarían un doble beneficio por los menores gastos y las mayores facilidades, nos abstenemos de detallar planes que no caben dentro de la tendencia de esta obra.

Que todo llegará, aunque tarde, es para nosotros incuestionable; pero como, mientras llega, hay precisión de aplicar siquiera algún paliativo á problema tan pavoroso y de tan pocas esperas, creemos que las empresas de ferrocarriles podrían contribuir de momento en la siguiente forma:

Unificando las tarifas de modo que los productores, más próximos ó más lejanos, puedan enviar las mercaderías á todos los mercados de España en condiciones de competencia.

Rebajando las tarifas para los artículos de consumo hasta el punto que sea compatible con sus intereses; porque por pequeña que sea la ventaja, unida á otra de distintas procedencias, podría llegar hasta el consumidor.

Admitir en todas las estaciones los artículos de consumo poco fáciles de descomposición, en cualquiera cantidad que se facturen, encaminándolos al mercado ó almacén que el expedidor desee, y encargándose por medio de sus agentes comerciales, que por ello podrían recibir una módica retribución, de

liquidar y hacer llegar el producto de la venta á los cosecheros, con lo cual se ahorrarían considerables gastos, sobre todo á los pequeños propietarios, que son los más numerosos y los más necesitados de economías, y quedaría suprimida en gran parte la intervención del acaparador, que tanto influye en la carestía.

Transportar, como ya lo hacen con los pescados, con tarifas reducidas en trenes mixtos ó especiales, las carnes vivas y muertas, huevos y otros artículos susceptibles de pérdidas ó averías durante el transcurso de un tiempo largo; porque empleando como hoy emplean los trenes de mercancías en recorridos de 700 kilómetros de ocho á quince días, el ganado disminuye de peso y se descompone una parte considerable de las demás substancias, y ha de gravarse el precio de lo que queda para que la utilidad del vendedor no desaparezca.

CONSUMOS

No estamos enamorados de este impuesto, el que más molestias y vejaciones origina, como más atrás decimos: sostenemos su permanencia en tanto no se encuentren medios lógicos y prácticos para la sustitución, porque sus rendimientos constituyen un ingreso de que no pueden prescindir ni el Estado ni los Municipios; y estimamos empíricos los procedimientos aconsejados hasta ahora por las Comisiones parlamentarias y extraparlamentarias, cuya enorme labor, aunque totalmente estéril, no podemos menos de admirar.

Vemos aún muy lejano el día de la transformación total del impuesto, si las bases que nos conduzcan á ella han de ser prácticas y duraderas. Tenemos poca fe en las desgravaciones parciales si no se toman las medidas necesarias para evitar que éstas sólo beneficien á los intermediarios, como ha sucedido con los trigos y harinas; pero como mientras llega el momento de la redención general que los Mesías nos anuncian, es preciso hacer algo, nosotros, aun á trueque de que se nos tache de demasiado socialistas, empezariamos por suprimir, ó por lo me-

nos disminuir considerablemente, los derechos que pesan sobre la carne, leche, féculas, legumbres y verduras, que constituyen la base de la alimentación de las clases obrera y media, cuatro quintas partes por lo menos del total de los habitantes de España, gravando en la cantidad necesaria para cubrir el déficit los artículos de consumo que notoriamente no pueden adquirir más que las clases acomodadas, y llegando si necesario fuera, aun dentro de la carne, féculas, etc., á establecer una clasificación entre lo que con arreglo al precio de venta pueden consumir las clases acomodadas y las clases media y obrera para regular distintos tipos del impuesto.

IMPORTACIÓN Y EXPORTACIÓN

En lo que se refiere á trigos y harinas nada especialmente hemos de señalar, porque el Gobierno, según las mayores ó menores necesidades del mercado y de los productores y consumidores, viene adoptando periódicamente medidas que facilitan ó dificultan la entrada de aquellos artículos.

Pero respecto á la carne, en la que no concurren las mismas circunstancias, estimamos necesario que los derechos de arancel de importación se rebajen á 20 y 10 pesetas, respectivamente, para los bueyes, vacas y terneras; á 25 los 100 kilogramos de tocino y 10 los de carnes frescas de vaca y carnero, adoptando, como es natural, las disposiciones convenientes para garantizar la salud pública.

Respecto á exportación, como toda medida que se adoptara vendría á coartar la libertad de comercio, entendemos que debe prescindirse de ellas, á menos que un caso extremo no las aconsejara.

CONTRIBUCIONES

En otro lugar de este trabajo las tratamos bajo el punto de vista meramente financiero, y aquí sólo nos ocuparemos de ellas en cuanto se relacionan con el alivio de las cargas del

productor. Podría conseguirse este fin, como decíamos en nuestra ponencia de 1905, modificando las disposiciones vigentes para buscar en la contribución territorial, urbana, rústica y pecuaria un tipo fijo que disminuyera el de tributación, dando plazo á las declaraciones por parte de los contribuyentes, que quedarían exentos de responsabilidad por anteriores fraudes; perfeccionando y llevando á término los registros fiscales, á fin de que se tribute por cuota y no por cupo, é imponiendo el tipo, luego que dichos registros estén terminados, del 18 por 100 á la riqueza urbana y el 14,50 á la rústica y pecuaria.

Respecto á la contribución industrial, es preciso estudiar el medio de que la actual agremiación deje de constituir una confabulación contra los intereses del productor y del consumidor, llegando hasta transformar completamente el régimen tributario si fuera preciso para conseguir aquel resultado, que vendría á devolver á la industria y al comercio la libertad y la autonomía individual, hoy secuestradas y tiranizadas por la omnipotencia de los gremios y sindicatos.

Con esto, y mediante un régimen de inspección bien retribuída para que sea honrada, dando á los contribuyentes intervención con voz y voto en los juicios administrativos para mayor garantía de acierto y justicia, las enormes ocultaciones que en este tributo existen llegarían á desaparecer, permitiendo la rebaja de cuota, que, como menor gasto, se reflejaría en la baratura de los artículos.

INTERMEDIARIOS

Ya hemos referido su antigüedad, sus diferentes clases y sus modos de funcionar en Madrid, seguramente análogos á los que emplean en los demás centros consumidores; pero ¿pueden desaparecer? En Génova, según informa el cónsul general de España, no existen para la carne y la leche, que se venden directamente por los productores; y el revendedor del pan per-

cibe cinco céntimos por kilo en las clases primera y segunda, tres en la tercera y dos en la cuarta. En Turín generalmente se manifiesta la obra del intermediario solamente en el comercio de los animales, pero también en éste va desapareciendo; cuanto á los cereales, los productores venden directamente á los grandes molinos, que á su vez abastecen á los panaderos; en el Milanésado, para partidas importantes hay intermediarios, pero con tipo fijo de retribución de 1,20 liras cada quintal; de Bélgica sólo sabemos que la Administración, preocupada por los perjuicios que ocasionan los intermediarios entre el productor y el consumidor, practica en la actualidad una información encaminada á reglamentarlos, regulando su participación, ó á suprimirlos; y de las demás naciones europeas de que nos ocupamos no hemos podido adquirir antecedentes; pero de lo expuesto se deduce claramente que el intermediario no es preciso, ni aun bajo el aspecto de facilitar las transacciones, cuando hay países donde se prescindir de él, y en otros se halla sujeto á una módica tasa como precio á sus servicios de intervención.

Mas aquí, en España, donde las autoridades gubernativas llevan su celo en favor de los intereses privados hasta el extremo de regular la utilidad que pueden percibir los revendedores para espectáculos públicos, castigando con multas y arrestos á los que infringen los mandatos, no ha sido posible conseguir que se dedique por nadie igual ni análogo cuidado que al esparcimiento del espíritu, á la alimentación del individuo.

O la libertad de comercio, sea cualquiera la extensión que se la dé, es un acto lícito, garantizado por las leyes, en cuyo caso no pueden ponerse cortapisas á los revendedores de billetes de toros y teatros, que desde el momento de adquirir las localidades tienen una propiedad á la que pueden poner el precio que mejor les plazca, ó esa libertad, como nosotros entendemos, debe ser contenida y regulada cuando redunde en perjuicio de la masa general; y no hay motivo ni razón de lógica que expli-

que cómo, siendo más generales y constantes las quejas contra el intermediario revendedor de los elementos de vida, ha podido éste sustraerse á las medidas gubernativas del revendedor de distracciones.

El Gobierno puede hacer mucho, estudiando de qué manera han podido prescindir en otras naciones del intermediario y adaptando con las oportunas disposiciones el procedimiento á la nuestra; las autoridades de todos órdenes, cuidando de que los mandatos que se dicten no sean de los muchos que se hicieron para quedar incumplidos desde el primer momento; pero al resto de la nación, á productores, comerciantes y consumidores, corresponde la principal acción para conseguir el fin propuesto, rechazando toda intervención extraña entre unos y otros, que si bien ahorra algunas molestias, disminuye las utilidades de los que trabajan y el peculio de los que consumen en desproporción considerable con aquéllas; bien entendido que sin esta unidad de miras y aspiraciones nada habrá de adelantarse.

Cuanto al Gobierno, mientras estudia la manera de suprimir al intermediario ó reglamentarlo con una módica retribución, podría anticipar algún elemento para ello, por lo menos en las grandes poblaciones, también grandes centros consumidores, obligando á los Municipios, dentro de plazos perentorios, para evitar la repetición de lo sucedido con los decretos del Sr. González Besada, á que realicen, y nada más natural ahora que está de moda la municipalización de servicios, los siguientes, ya contenidos en nuestra ponencia de 1905:

Establecer en las grandes poblaciones almacenes generales de todas clases de artículos de consumo donde el productor pueda enviarlos ó llevarlos y conservarlos, mediante el abono de un módico derecho, hasta su venta á los consumidores ó á los establecimientos donde generalmente se expenden, cuidando especialmente de que el alquiler de cada una de las partes de estos almacenes no se haga más que á los que acrediten su condición de productores y por el plazo de venta de cada una

de las remesas, para evitar el acaparamiento del local, que surgiría inmediatamente, siendo explotados á título de subarriendos.

Adquirir dehesas donde el ganado que se destina al consumo pueda también, mediante precio módico, reponer las pérdidas de peso sufridas durante el viaje, y esperar ocasión favorable para la venta, á fin de que los ganaderos, por apremios de tiempo y por la necesidad de vender en el acto, so pena de tener que mantener el ganado á pienso, se vean obligados á sucumbir á las exigencias de los abastecedores. Medida esta de las dehesas que vendría á ser el complemento de la explotación de los mataderos que hoy ejercen los Municipios.

Declarar en los mataderos municipales libre la matanza de reses y ganado de todas clases, sea quien fuere el que lo presente, con sólo el abono de los derechos que en la actualidad pagan los abastecedores.

Establecer por cuenta de los Ayuntamientos tablajerías y carnicerías donde puedan expendirse las carnes sacrificadas por los dueños del ganado, si así lo desearan, lo mismo que las demás; establecimientos que en caso necesario podrían funcionar como reguladores del mercado, siempre que contaran con personal idóneo é interesado directamente en el negocio en la forma y cuantía que se determinara.

Montar por cuenta de los Municipios un servicio de transportes desde los mataderos á los puntos de expendición para los que quieran utilizar este servicio municipal, toda vez que el de los abastecedores habría de serles negado.

Instalar, también por cuenta de los Municipios, por lo menos en las grandes capitales, una ó más tahonas reguladoras, donde, adquiriendo el trigo directamente de los productores, se fabriquen clases de pan idénticas á las que se elaboran en las particulares; medida que, aunque no proporcionara otros beneficios, nos facilitaría el de dar á conocer al público el sobreprecio que la intervención de unos y otros ocasionaba en la venta del pan particular.

Como el lector habrá tenido ocasión de observar, si su paciencia alcanzó á leer este modesto trabajo, los medios que proponemos para atenuar de momento las crisis del hambre ni son muy luminosos, ni siquiera nuevos.

No hemos alcanzado más, y el plan de la obra tampoco nos permite llegar á mayores profundidades; pero, con ser tan poco, abrigamos la esperanza, casi la seguridad, de que puesto en práctica; cuidando de la nivelación de nuestra moneda, para que el cambio no sirva de pretexto de sobreprecio en los artículos importados; promoviendo y fomentando las Sociedades cooperativas de consumo, que desde el primer momento alejan toda intervención extraña entre el productor y el consumidor, Sociedades que tan grandes resultados arrojan en el extranjero y ensayadas en nuestro país, aunque rudimentariamente, con un beneficio del 5 al 10 por 100, y resucitando la antigua y paternal institución de los Pósitos, base del crédito agrícola, que ha de arrancar á nuestros pequeños propietarios de las garras de la usura, mientras llegan los adelantos agrícolas que han de multiplicar los productos, y los medios de transportes rápidos y baratos, habríamos dado un gran paso en el problema de las subsistencias.

*
* *

Hemos dado término al trabajo que, maduramente pensado, consideramos como asunto de verdadera actualidad.

Entendemos que, sobre todos los problemas planteados, el que afecta á la reconstrucción económica del país no sólo es el más importante en estos momentos, sino el más necesario y conveniente.

La política conservadora tiene como su timbre más glorioso en los últimos tiempos la obra de liquidación del presupuesto de 1899-900. Desgraciadamente, en vez de seguir aquella iniciación provechosa y completar el plan económico, hemos abandonado el camino, en daño evidente del interés público.

El desconcierto asoma de nuevo en la gestión de la Hacien-

da. La obra reconstructora ha dejado de emprenderse, en perjuicio manifiesto del progreso del país. Las desgravaciones parciales disminuyen, en momentos en que la recaudación es difícil, los recursos del Tesoro, y desnivelan y comprometen la Hacienda de los Municipios.

Cada día es mayor nuestro convencimiento de que sin Hacienda asegurada, sin Tesoro solvente, no es posible en ningún orden político realizar obras de efectivo beneficio. Cuando nadie lo esperaba, el partido conservador en 1899 salvó á España. El Sr. Fernández Villaverde, resistiendo con enérgica voluntad á una oposición formidable, demostró que la Hacienda podía rehacerse si inspiraba á propios y á extraños confianza en su solvencia, y el Sr. Villaverde venció; mejor dicho, el vencedor fué el país.

Sin darnos cuenta, por falta de preparación en los gestores ó por apasionamientos totalmente inconcebibles, estamos variando de rumbo, peligroso camino que ha de ocasionar daños irremediabiles. La obra del partido conservador, en la parte esencial, en la económica, ha sufrido lamentable variación; en ella existía la fundada esperanza de reorganizaciones fecundas; pero hubiera sido necesario antes de acometer desgravaciones, por lo prematuras, dañosas, abordar resueltamente la reconstrucción, sin la cual el alivio del contribuyente será efímero y pondrá en peligro de nuevo el crédito de la Hacienda y el bienestar del país.

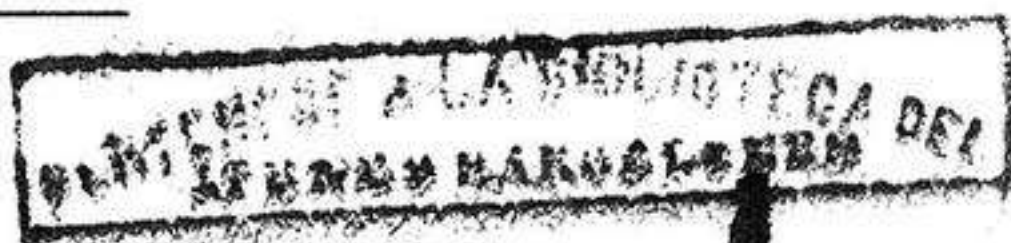
Al consignar las bases del presupuesto de reconstrucción; al fijar la política comercial que, en nuestro sentir, nos es conveniente; al estudiar las relaciones entre el Banco de España, el Tesoro y el país; y, por último, al ocuparnos del grave y trascendental problema de las subsistencias, hemos puesto toda nuestra atención y, sobre todo, nuestra voluntad, expresando opiniones y conceptos que responden honradamente á nuestro sentir y á nuestro pensar.

Ni por un solo momento hubiéramos dudado del porvenir de la nación si se hubiera persistido en la obra económica ini-

ciada en 1899; si, desgraciadamente, aquélla se abandona y no se completa el plan trazado de liquidación, ya hecha, y de reconstrucción, por hacer, antes de entrar en desgravaciones y alivios, lo conseguido se esterilizará, y continuaremos el triste calvario á que está condenada, por lo visto, la Hacienda pública en España.

ANTONIO GARCÍA ALIX

RECUERDOS



Entre artículo y artículo, de estos que voy dictando, pasan días y días, y las ideas se borran y los recuerdos se confunden; y cuando voy á dictar un nuevo artículo no sé en verdad en qué punto quedó el anterior.

Podría salir de la duda consultando lo ya escrito ó lo ya publicado; pero esto sería tener pretensiones de orden y método en mi desordenada relación de sucesos.

Procuraré recordar por dónde iban los recuerdos, y si recuerdo, bien, y si no recuerdo, aún mejor: que en trabajos de esta clase el espontáneo desorden es lo único que puede prestarles algún atractivo.

*
* *
*

Recuerdo que estaba en la Dirección de Obras públicas; esto en cuanto al lugar de la escena.

En cuanto á la época, debían de ser los días ó los meses que precedieron á la reunión de las Cortes Constituyentes.

Y en cuanto á los personajes, el principal era yo; como que soy el protagonista de estos recuerdos, y los demás, los hombres políticos de aquellos tiempos, los que acudían al despacho de D. Manuel Ruiz Zorrilla, los que andaban en asuntos electorales, los que venían á recomendarme expedientes y los que por amor al arte y querencia á los Ministerios, á diario nos visitaban y de noche también: que las reuniones más animadas,

sobre todo desde las once hasta las dos ó las tres, y á veces hasta la madrugada, eran precisamente en estas altas horas, cuando las oficinas no funcionaban, la mayor parte de los empleados, exceptuando los que quedaban de guardia, se habían retirado, y únicamente quedábamos en vela los directores y el ministro presidiendo las conferencias nocturnas.

En ellas sólo se hablaba de política, del carácter que presentarían las Constituyentes, de los que tendrían probabilidades de venir diputados, de lo que duraría la unión de progresistas, demócratas y unionistas, del incremento que en todas partes tomaba el partido federal, de las sangrientas luchas de Valencia, de los trabajos de Montpensier para ocupar el trono vacante, de la candidatura de D. Fernando de Portugal; y, como remate, desfilaban; como si ya hubiera existido el cinematógrafo, una serie de personajes políticos con su historia, su carácter, sus hazañas y sus propósitos futuros, haciendo estallar cada figura en aquel animado concurso una explosión de odios ó de simpatías, de críticas crueles ó de defensas apasionadas.

D. Manuel, que llevaba ya muchos años en la política y años de vida activa y de vida íntima con todos los prohombres, cuando aparecía en aquella procesión fantástica la imagen de algún personaje de pro, hacía la historia y la crítica y la semblanza del prohombre.

Su memoria era admirable, su erudición riquísima, su palabra fácil y ardiente, y la pintura no pocas veces implacable y despiadada.

Reconociendo todos los que en aquellos años juzgaron á D. Manuel Ruiz Zorrilla las verdaderas condiciones de aquel noble personaje, le maltrataron con frecuencia negándole cualidades que poseía en alto grado: que sin altas cualidades no se llega á la posición á que llegó, ni se alcanza la influencia que llegó á tener en España, ni se adquiere la fuerza política y el prestigio en las masas que llegó á adquirir.

Todos le reconocieron honradez inmaculada, amor sin lí-

mites á la libertad, pasión política, acertada unas veces y otras no, pero nunca inspirada en mezquinos móviles personales; pero juzgaron con injusticia notoria sus cualidades intelectuales, poniéndole en ridículo ó pretendiendo ponerle en ridículo con ese ensañamiento que sólo en el campo envenenado de la política encuentra jugos y alimentos propios para extraer ponzoña, aguzar ironías ó arrojar insultos.

D. Manuel Ruiz Zorrilla tenía una inteligencia clara, rápida y práctica para los asuntos técnicos de la administración. Era hombre de cultura muy general, y ninguna idea, por nueva que fuese, le cogía de sorpresa.

Sin ser orador grandilocuente, su palabra era fácil, enérgica, y en cuestiones políticas más hábil y más certera que la de la mayor parte de los políticos de aquella época.

Era un hombre político sobre todo, y á la política consagró su existencia; y agrego más: no á una política bastarda, sino á una política noble, acertada ó no, no me toca juzgarla, pero no indigna; era un político que se había forjado, por decirlo de este modo, en las ardientes luchas del partido progresista, entre peligros, conspiraciones, pronunciamientos, sentencias de muerte, y muchas veces entre charcos de sangre.

Yo pensaba entonces, y sigo pensando, que Zorrilla fué el último progresista, con todos los defectos, con todas las virtudes de aquel gran partido histórico, que dió la libertad á España entre sacrificios y persecuciones.

D. Manuel Ruiz Zorrilla era á mis ojos la encarnación en hombre de aquel gran partido.

Recordando yo una novela que había leído en mi juventud, novela que entonces estaba muy en boga y que se titulaba *El último abencerraje*, decía yo muchas veces, y al mismo Zorrilla se lo dije escudado en la buena amistad que á él me unía, lo que antes he dicho: que en mi concepto *él era el último progresista*.

Sí, más progresista que todos.

Él tenía en política aquella pasión ardiente, á veces ciega,

E. M.—Octubre 1907.

á veces exagerada, pero que va en línea recta hacia un fin. ¡Viva la libertad y viva la voluntad nacional!

Muchas veces en aquella época, y aun en años posteriores, tuvimos que hablar en público los demócratas y los progresistas, en un mitin, en una reunión del partido, en reuniones de la mayoría, en la Tertulia Progresista con frecuencia, y él era siempre el que interpretaba con más acierto, con más verdad, con más calor, el espíritu del público que nos escuchaba.

Hablaba Rivero, el gran orador, una de las grandes figuras de aquel período, una figura en aquellos momentos de más importancia política que Zorrilla; Rivero filósofo, y médico, y abogado de primer orden, y orador parlamentario admirable, y el público lo aplaudía y le aplaudía con entusiasmo; pero su pensamiento flotaba, por decirlo de este modo, en otra región.

Y hablaba Martos, el orador incomparable, gloria de la tribuna española, talento superior, pensamiento vigoroso y profundo; sí, era un asombro, y á todos asombraba, y le admiraban y le aplaudían estrepitosamente; pero era una grandeza de pensamiento y una pureza artística de palabra que, aun al expresar pasiones ardientes de la política, parecía desprenderse de la multitud y elevarse á regiones más puras de la idea y del arte.

Y hablábamos los jóvenes, y también nos aplaudían mucho: á los jóvenes se les aplaude siempre; son el porvenir y la esperanza, y ¿quién no ama el porvenir, y quién con la esperanza no se encariña?

Pero hablaba Zorrilla, y ya no era entusiasmo, era frenesí: adivinaba lo que la multitud estaba pensando, y eso decía; sorprendía el sentimiento de la masa progresista, y ese sentimiento expresaba con palabra enérgica, ruda á veces, pero sencilla y clara, sin filosofías, ni altos conceptos, ni profundidades á que los oyentes no pudieran asomarse.

He dicho que lo adivinaba, y he dicho mal. Zorrilla era la lealtad misma, era incapaz de artificio. Es que pensaba y sen-

tía como la mayoría de aquellos que le estaban oyendo; es que llevaba en sí, no ya la voluntad nacional, pero sí la voluntad del partido progresista, clara, concreta, sencilla y práctica en cada caso y para cada problema.

A los demócratas no siempre los entendía bien el partido progresista. A Zorrilla, aunque dijera lo mismo que los demócratas habían dicho, la masa progresista le entendía bien y le aclamaba, y entre los aplausos se oían gritos que eran el verdadero aplauso: ¡Eso, eso que está diciendo! Y es que en aquel momento había verdadera compenetración del orador y de sus oyentes.

Pero Zorrilla no sólo era el tribuno de un partido: tenía talento natural, y discurría con gran claridad en multitud de asuntos.

Ha muerto: es un deber hacerle justicia, y yo, que estuve tanto tiempo á su lado y que le debí mis adelantos en la carrera política, tengo el deber en estos recuerdos de respetar y de honrar su memoria.

Sabía tratar las cuestiones técnicas y de administración, y yo recuerdo un discurso que pronunció en el Senado en una reunión de la mayoría, que andaba rehacia para aceptar cierto proyecto; yo recuerdo, repito, un discurso que fué un verdadero modelo de método, claridad de argumentación y de conocimientos sólidos en la materia.

Y muchos que no tenían por él gran simpatía tenían que reconocer que Zorrilla no era sólo un progresista ardiente, un político hábil y astuto, y un tribuno del pueblo: era algo más y valía mucho más de lo que la pasión política enemiga quería suponer.

*
* *

Pero ¿en dónde iba yo de mis recuerdos? Porque me parece que todo esto que digo es un paréntesis ó una digresión.

Ya recojo el hilo, ya encadeno mis pensamientos.

Sí, recordaba aquellas sesiones de los íntimos de Zorrilla

en el Ministerio de Fomento y á las altas horas de la noche.

Y recordaba las pinturas, los retratos, las críticas y las semblanzas que hacía Zorrilla en la intimidad, sin recatar su pensamiento ni dulcificar la frase, sino, al contrario, con toda la espontaneidad de que era capaz, de los hechos y de los hombres políticos de aquella época.

Eran discursos verdaderamente admirables por la forma y por el fondo; eran semblanzas verdaderamente artísticas, en que mezclaba la burla, la ironía, el sarcasmo y cierta gracia castellana salpicada de granos de sal gruesa y morena, pero limpia y sabrosa.

Unas eran caricaturas francas, exageraciones otras, pero trazadas con pincel vigoroso, que algunas veces la violencia convertía en brocha.

A nadie perdonaba, á menos que no fuese patriota acreditado, y para todos tenía una serie de cuentos y chascarrillos que en tantos años como van transcurridos no he podido olvidar; lo malo es que á muchos de ellos, por su viveza ó su colorido, no es posible darles forma de publicidad, ó hay que modificarlos de tal modo, que han de perder todo su mérito artístico.

Hablábase una vez de un político á quien unos atacaban y otros defendían, y á quien condenaba Zorrilla, diciendo que no podía ser hombre público recto, quien en la vida privada seguía caminos tortuosos.

Y le decía uno de los presentes:

—No, D. Manuel; usted exagera: no es tan mala persona como usted supone; lo que hay es que ha sido siempre muy enamorado.

Y D. Manuel replicaba:

—Ya, ya; es como aquel que estaba sentado á una mesa de juego, echando cartas para el monte, con una copa de ron al lado, chupando un puro, y, volviéndose á los que le miraban, decía: A mí no hay más que un vicio que me domine, que es el de las mujeres.

Con lo cual hubo que declarar que el personaje en cuestión era vicioso por todos cuatro costados, y sintiendo que no hubiera un costado más para aprovecharlo también.

*
* *

Otra noche se hablaba de lo que podría suceder en las Cortes futuras, y le decían á Zorrilla:

—Están ustedes perdidos: van ustedes en compañía de los unionistas, y los unionistas harán con ustedes lo que hicieron con ustedes y con Espartero el año 56.

Y D. Manuel se indignaba.

—Ni somos tan inocentes como entonces, ni Prim es como Espartero; y ahora tenemos el Ministerio de la Guerra y el Ministerio de la Gobernación, y el general Serrano es un hombre leal.

Y le replicaban:

—Pero es que ustedes sacrificarán su programa en aras á la concordia, y harán concesiones á sus adversarios de siempre y amigos hoy por necesidad.

—No diga usted desatinos — gritaba furioso D. Manuel:— las Cortes votarán todas las reformas que requieren los tiempos, desde la libertad de cultos hasta el sufragio universal, desde el matrimonio civil hasta el Jurado, y todos los derechos individuales que han proclamado los demócratas, y que hoy proclamamos los progresistas. Somos los amos, los verdaderos amos, y no tenemos para qué hacer concesiones. ¡No faltaba más! Sería el límite de la candidez y el límite de la prostitución política; seríamos de condición más ruin y más viciosa que la de Juana la del canalizo, allá en mi pueblo, que se entregaba á los hombres por uvas y la viña era suya.

Esto, así dicho, tiene poca gracia, pero en él tenía muchísima, y un fondo de energía, y hasta un apetito de *dictadura liberal* que nunca abandonó por completo.

*
* *

Otra vez se hablaba de los obstáculos con que habían de tropezar ciertas reformas y ciertas leyes; y él, reconociendo que los obstáculos eran serios, contra ellos se irritaba, y á este propósito refería el siguiente cuento ó sucedido, que él como hecho histórico nos lo refería:

«Allá en los tiempos de Fernando VII—decía D. Manuel,—había un pobre cesante que, cansado de acudir á todas partes, y encontrar en todas partes desdenes y desengaños, resolvió acudir al rey.

»Y, en efecto, empezó á perseguir al rey sin tregua ni descanso, dispuesto á todo: á ir á la cárcel, á ir al martirio.

»Y esperaba al rey á la salida de palacio, y como podía le entregaba un memorial, acercándose si le permitían acercarse, ó arrojándole el papel desde lejos.

»Y acudía al teatro, y á la salida ó á la entrada le daba su memorial.

»Y le esperaba á las puertas de la iglesia, y repetía la suerte; y así un día y otro día, y un memorial, y otro y otro memorial.

»El rey llegó á conocerle ya personalmente: «el de los memoriales—decía;—ya está ahí el de los memoriales».

»Era una obsesión, era una pesadilla; el rey estaba ya loco.

»¿Qué hacer? No hay remedio: ó hay que matarle, ó hay que darle un destino; conque Fernando VII optó por lo último.

»Y mandó que se le colocase en una buena plaza, y que le entregaran á él el nombramiento.

»Así se hizo.

»Pero, como luego se vió, se cambiaron los memoriales, y hubo una equivocación que resultó lamentable.

»Salía el rey de palacio, vió al del memorial que ya venía blandiendo otro nuevo, y mandó parar el coche, y dispuso que se acercase el cesante.

»—No me des ese memorial—le dijo;—ya tengo bastante con los que me has dado. Hoy me toca á mí: toma.

»Y le entregó el nombramiento.

»—¡Ah, señor! ¡qué bueno es V. M.!

»Y el rey le interrumpió:

»—Has de leerlo delante de mí, á ver si estás contento.

»Caprichos de la naturaleza: el rey quería rematar la suerte y paladear aquel pequeño triunfo.

»Abrió el cesante el pliego, lo leyó con asombro y se quedó confuso, aturdido y triste, sin acertar á pronunciar palabra.

»—Pero ¿qué es eso?—le preguntó el rey. —¿No estás contento todavía? ¿te parece poco? Habla, hombre, habla; que parece que eres de piedra.

»—Señor: V. M. es muy bueno, yo le agradezco en el alma lo que ha hecho por mí, pero...

»—Pero ¿qué?—le interrumpió el rey. —¿No estás satisfecho? ¿Pones mala cara, y te nombro canónigo de la catedral de Murcia?

»—Sí, señor, sí — interrumpió casi llorando el pobre diablo;—ya lo creo, ¡canónigo! ¡Pero es que soy casado y tengo siete hijos!

»Y el rey, con tono de mal humor, y mandando arrear al cochero, le replicó:

»—¡Bah! Si reparas en esas cosas, no te colocarás nunca.»

Y agregaba Zorrilla, por moraleja: «Si los partidos, cuando llegan al poder, reparan en ciertos obstáculos, nunca realizarán lo que deben realizar, ni se colocarán nunca, como no se colocó el cesante del cuento».

* * *

Aquellos meses que precedieron á la apertura de las Cortes Constituyentes y aquella vida activa del Ministerio de Fomento, el breve pero nutrido y fecundo período que precedió á aquel momento solemne de nuestra historia política, no los olvidaré nunca.

Ya creo haber dicho esto mismo en otra ocasión; pero es que mis recuerdos los voy tomando como los encuentro, sin

orden ni plan, obedeciendo tan sólo al impulso del instante en que dicto, y hay recuerdos intensos y enérgicos que se imponen una y dos y tres veces á mi memoria, y que una y dos y tres veces pasan del pensamiento al papel.

Porque mi memoria tiene caracteres singulares, dignos de que los estudiase un fisiólogo ó un profesor moderno de psicofísica.

No precisamente por ser mía la memoria, sino por ser un ejemplar más de cuyo estudio algún resultado práctico pudiera deducirse.

Como ejemplar, pues, y como uno de tantos ejemplares, me someto al estudio de los especialistas y les someto los siguientes datos:

Mi memoria es muy buena y muy mala.

Para ciertas cosas es notable, y perdóneseme que emplee esta palabra; pero si yo reconozco que lo es, ¿por qué he de declarar lo contrario ante los profesores, que tomo por jueces de ciertos hechos psicológicos?

En cambio para otras cosas es muy débil, muy imperfecta, muy deficiente.

Y en algunos conceptos es verdaderamente lastimosa, y hasta pudiera decir que presenta caracteres morbosos.

Apenas daría idea de lo que es esta facultad de mi espíritu afirmando que es grandemente desequilibrada.

Y vamos á puntualizar todo esto.

Para los hechos, para los sucesos, para todo lo que constituye un conjunto ó un organismo grande ó pequeño, mi memoria es excelente.

Yo he leído centenares y centenares, y no exagero diciendo que miles, de novelas españolas, francesas, inglesas, alemanas, italianas, y hasta muchísimas traducciones de novelas rusas.

Pues bien, de los argumentos me acuerdo; de muchos con grandes pormenores, y en casi todos recuerdo la idea fundamental y sus líneas principales.

Cuando por segunda vez cae una novela en mis manos, á la segunda página digo: Yo he leído esto. Y ya pueden haber pasado veinte ó treinta años, ó cuarenta ó cincuenta, ó haberla leído en mi niñez: nunca me equivoco.

En cambio no recuerdo los nombres de los personajes ni el nombre del autor.

¡El nombre de los personajes! Pero si son muy pocos los personajes de mis dramas cuyos nombres recuerdo; si acaso no pasen de media docena.

Para los sucesos, gran memoria; para los nombres, memoria lastimosa.

Yo, que soy individualista por naturaleza y hostil por educación y por instinto para todo socialismo, en cuanto á la memoria invierto los términos, y de lo individual no me acuerdo; y me acuerdo de lo colectivo.

Respecto á nombres, soy una verdadera lástima, y á veces creo que esta deficiencia en los recuerdos individuales procede de algún defecto orgánico.

Me ocurre olvidarme de pronto, porque estas cosas siempre de pronto me suceden, del nombre de un amigo íntimo, de esos que han sido amigos toda la vida y cuyo nombre he repetido millares de veces por costumbre.

Pues bien: de pronto me olvido de cómo se llama.

Y por más que me esfuerce, no hay modo de que el recuerdo acuda á mi llamamiento. Es preciso que deje reposar á mi cerebro, que cese la tensión nerviosa que siempre acompaña en mí á estos ridículos olvidos, para que de pronto, sin esfuerzos, espontáneamente, brote, más que en mi cerebro, en mis labios el nombre que no encontraba al buscarlo, y que al no buscarlo se presenta, como perro que no acude á la voz de mando, y que cuando se le deja en paz viene humilde y cariñoso y de propio impulso; vaya un ejemplo entre muchísimos que pudiera citar:

Estaba yo en una capital de provincia cierta noche, hace algunos años, en el cuarto de una eminente actriz.

Y entró un amigo mío, amigo de la niñez, cuyo nombre me era tan familiar casi como el mío propio, y de repente me dice:
—Haz el favor de presentarme á esta señora, que quiero expresarle mi admiración.

Y al ir yo á presentarle, se me olvida su nombre, y me encuentro en la situación más desagradable, más cómica, mejor dicho, más grotesca, que pudiera imaginarse.

¿Cómo le pregunto yo: —Oye, ¿cómo te llamas?

Esto era imposible; era una verdadera grosería; era decirle á mi buen amigo: tan insignificante eres para mí, que te estoy tratando hace cincuenta años, y todavía no sé cómo te llamas, ni me ha interesado saberlo.

Imposible, de todo punto imposible.

Pero ¿cómo le presento yo sin saber su nombre? También es imposible. Tampoco podía decir: —Aquí le presento á usted á este señor.

Y todas estas ideas se agolparon á mi mente, y me ofuscaron más, y me pusieron en un estado nervioso que la actriz á que me he referido comprendió perfectamente, porque ya me había visto en apuros semejantes muchas veces.

Con lo cual ella se echó á reir á carcajadas, y yo me quedé hecho un poste, y mi amigo se quedó algo cortado, porque la situación se prolongaba más de lo regular; y al fin dijo por segunda vez:

—Conque haz el favor de presentarme.

Y yo, en aquella angustia, tomé una resolución verdaderamente estúpida, que fué echarme á reir y decirle á mi amigo:

—Pero qué, ¿á ti no te han presentado nunca á María?

—No, nunca: por eso quiero que me presentes tú.

—Ca, hombre; no puede ser; es una broma tuya.

—¿Qué broma había de ser?

Y la actriz acentuó sus carcajadas, y yo, hundiéndome cada vez más en la imbecilidad, seguí diciendo:

—Calla, hombre, calla, que no es posible; no soy yo tan inocente que te crea.

Y así seguimos un rato muy breve, mas para mí eterno. La actriz, riéndose cada vez con más ganas. Mi amigo, confundido, abriendo mucho los ojos y jurando por todos los santos que jamás le habían presentado á María; y yo, terco como un idiota y sin salir de mi tema:

—No puede ser y no puede ser; á ti te han presentado ya, y me quieres dar una broma.

Al fin él, como hombre de mundo y de buen talento, dominó la situación diciendo:

—Pues no lo comprendo; pero ya que no quieres presentarme tú, me presentaré yo. Señora, soy Fulano de Tal, uno de sus más entusiastas admiradores.

—Así, así—dije yo, que vi el cielo abierto al aprender su nombre;—y para que veas que no soy terco, ya que resulta que te habían presentado, te presentaré por segunda vez. Fulano de Tal, uno de sus más entusiastas admiradores de usted.

Y como este caso pudiera citar otros muchos. Pero queden para otro artículo.

JOSÉ ECHEGARAY

dividieron en lotes entre doce personas de derecho que los reclamaron con legítimos títulos, y en este reparto y en estos lotes se dividió también la biblioteca legendaria que parecía contener en sí la luz de toda la ciencia y hasta el fuego de todo el genio del estadista insigne.

Era error irreflexivo de muchos, acerca de esta biblioteca, la injustificada creencia de que se había formado con las dádivas de todos los aspirantes á algo, rendidas ante el poder que tenía medios de saciar todas las aspiraciones. Cuando yo conocí á Cánovas, hace más de cuarenta años, todavía no había sido ministro de Doña Isabel II, y ya me recibió en su biblioteca, en una espléndida biblioteca de hombre de estudio, que tenía los libros como instrumentos de su cultura profunda, y no como ornamento de sus estantes para deslumbrar ignorantes é incautos. Vivía en el número 1, principal, de la calle de la Madera Baja, y tenía el tiempo tan ocupado como cuando fué director universal de toda la política española después de la Restauración. Sus ocupaciones preferentes de entonces eran el estudio. Había subido las gradas de la notoriedad sin haber aún llegado á la cumbre; pero la presentía, la veía delante de sus ojos, y con el estudio se preparaba para tomar posesión de ella con títulos justificados. Aun no era rico, como nunca lo fué. Sus mismas producciones literarias de entonces las daba á la imprenta á título de ensayos. Remota la publicación de *La campana de Huesca*, en 1852, olvidada su *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento del rey Felipe III hasta la muerte de Carlos II*, y la *Breve reseña histórica de España bajo la Casa de Borbón*, casi de la misma fecha, para *La América*, la gran revista intercontinental de los Asquerinos, redactaba sus *Apuntes sobre la historia de Marruecos*, y para la *Revista de España*, de Albareda, sus notables artículos sobre la *Batalla de Rocroy* y *Las relaciones de España y Roma en el siglo XVI*; pero todas estas monografías únicamente representaban en su propia intención como la preparación superior á otros estudios, y aún más que para esto, para adquirir la con-

ciencia profunda, que al cabo inundó y esclareció su alma, de la índole y condición de todos los problemas nacionales de la política y la historia, como los había ofrecido hasta entonces, en medio de sus varias vicisitudes, el vasto campo de los hechos, y como guía segura del acierto en los problemas del porvenir que un hombre de Estado siempre debe tener delante de los ojos, ó para la dirección de un pensamiento ó un norte nacional indefectibles, ó para acudir á las contingencias fortuitas del tiempo y de los sucesos.

Aquella biblioteca que se iba formando paralelamente con el desenvolvimiento de la carrera política de su fundador, poseía ya en 1862 elementos propios suficientes para toda la orientación de tan complejos asuntos, y no han tenido un gran grado de intimidad con Cánovas del Castillo los que de sus propios labios no han oído cómo nació y cómo la fué fomentando. Ya de su padre, el director de las escuelas costeadas por el consulado de Málaga, D. Antonio Cánovas y García, había heredado algunos libros, de que nunca se desposeyó, y antes miró siempre con predilección y cariño. Mas desde que vino á Madrid, en la primera flor de su edad, á completar en las aulas de San Isidro los estudios del bachillerato, prefirió con frecuencia la adquisición de un libro en las librerías de lance á alguno de los lícitos deleites de la juventud; estímulo que creció luego con la afición que hacia ellos le despertó el ejemplo de su tío D. Serafín Estévanez Calderón, el cual, con Gallardo, con Luis Usoz, con Gayangos, con Durán, con Pidal y con otros semejantes, sostenía aquella emulación que á todos les duró hasta su muerte, por la adquisición y valoración de los ejemplares preciosos de nuestra opulenta Minerva de los primeros siglos de la Monarquía española después de su unidad y de la invención y propagación de la imprenta, y por los no menos preciosos de nuestro siglo áureo literario durante la Monarquía de los Austrias.

Aunque al mediar el siglo XIX ya el libro, que el bajo comercio acopió casi de balde de las ocultaciones que se hicieron

al practicarse el despojo y exterminio de nuestros antiguos conventos, sufría numerosas exportaciones, principalmente para Londres, donde por aquel tiempo se hallaba constituido el centro del mercado de nuestros monumentos diplomáticos, bibliográficos y artísticos, no sólo para otros países del viejo continente, sino para toda la América, que había sacudido los lazos de la subordinación con España; todavía la posterior desolación no se había verificado enteramente, y á las librerías de lance de Madrid, del mismo modo que á las de otras capitales de España, era frecuente ver llegar carros cargados de mamotretos en pergamino, que se vaciaban en montón en las mismas aceras de las calles donde se hallaban aquellos establecimientos, y que se expendían al tuntún entre los que las solicitaban, no por un valor proporcionado con la antigüedad ó la importancia técnica de cada libro, sino por tamaños ó densidad de volumen, siendo los precios más ordinarios los de una peseta ó menos por los libros en 8.º, cinco ó seis reales por los en 4.º y dos pesetas ó poco más por los en folio. Los folletos, de cualquier tamaño, se adquirirían por dos ó cuatro cuartos, y las hojas sueltas impresas ó los manuscritos no encuadernados, en montón y á precio del papel viejo para tiendas de comestibles ó fábricas de cartón. Aun con esta baratura, los jóvenes estudiosos, en cuyo número se contaba Cánovas, no siempre se hallaban en disposición de practicar grandes adquisiciones, teniendo que sacrificar, en la escasez de sus medios, otros recreos ó comodidades al empleo de objetos que, aun con excitar su codicia, no tenían en la economía de la vida inmediata aplicación. No obstante, de la época de estas adquisiciones estudiantiles data la biblioteca, que acaba de desaparecer, del señor Cánovas del Castillo; habiéndose fomentado siempre á costa de sacrificios en la modestia de una posición que nunca se consagró á negocios de altos lucros, y que, aun hasta en tiempos posteriores, después de desempeñar deslumbrantes cargos políticos y de ocupar posiciones bien retribuidas, todavía se hicieron á veces en lucha con las dificultades de la penuria,

dando lugar á anécdotas que él después refería con su incisivo gracejo, respecto á las personas que inmediatamente le servían, y en quienes él tenía puestas la mayor confianza y la mayor estimación, sabedoras, como estas personas sabían, que el más celoso de los propósitos de su jefe ó amo era el de que su casa y su nombre no cayeran jamás en las incertidumbres del crédito.

Aun iniciada en esta forma la formación de la biblioteca desde los primeros años de su llegada á Madrid, sería también erróneo creer que la fué constituyendo el aluvión del acaso, acogiendo con codicia todo lo que se le presentaba accesible á sus medios, sin plan ni dirección preconcebida. Si de la *Lista alfabética y por materias de las papeletas que para la redacción de un catálogo*, que, encontrada en su biblioteca, sus herederos han publicado, con erratas que no se pueden disculpar enteramente por ningún género de consideraciones, se toman los datos en la confusión que de sí arroja, á pesar de la clasificación un poco burda, y aun así mal observada, que á aquella gran enciclopedia se ha dado en libros de *Derecho, Política y Legislación, de Historia, de Poesía y Literatura, de Guerra y Marina, de Biografía y Bibliografía, de Bellas Artes, de Geografía, de Arqueología y Numismática, de Religión y Moral, de Lingüística, de Agricultura, de Ciencias, de Medicina y Cirugía y de Miscelánea*, entre esta biblioteca y la de cualquier establecimiento público oficial, ó puramente industrial en el comercio de la librería, no resultaría diferencia alguna de ninguna especie. Pero cuando entre el fárrago de nombres de autores y títulos de obras que componen estas gruesas divisiones, el conocedor del hombre, y el conocedor de libros, detiene con serio examen la atención, entonces, al poner de relieve la defectuosa confección de aquella *Lista*, que será lo único que á la memoria de los porvenir quede de la existencia de aquel arsenal de sabiduría y del objeto fundamental que presidió á su formación y á las aplicaciones en que probó su eficacia en el desarrollo de la vida del gran estadista, resalta in-

mediatamente cuál fué el espíritu del hombre, reflejado en aquella inmensa colección de sus 30.000 volúmenes. Ni uno solo de estos libros fué adquirido sin que ocupase un lugar de eficacia en la inmensa variedad de asuntos que fueron objeto preciso de las meditaciones de aquella mente excepcionalmente constituida en la opulencia y universalidad de sus aptitudes. No es menester que estos asuntos se determinen parcialmente y se clasifiquen. Aun revueltos en tumultuosa confusión estos treinta mil cuerpos de libros, su más ligero examen denuncia su respectiva individualidad dentro de una labor intelectual que á la vez comprendía todos los problemas de la nacionalidad española, con los antecedentes de su historia y las previsiones del porvenir, y todos los problemas que la ciencia, la política, el derecho y la evolución continua y acelerada de toda la sociedad humana contemporánea sin cesar pone sobre el tapete y somete á la resolución de los grandes pensadores y de los grandes estadistas.

En el concepto general de las gentes vulgares el mérito de una biblioteca no se gradúa por otra cosa que por el acopio de libros raros, casi únicos, y de mayor perfección que la enriquezcan, por heterogéneos que sean en las materias de que se ocupen. También las avaloran las colecciones de ciertas particularidades de la bibliografía, que por el mero hecho de ser particularidades no son abundantes en su producción literaria en ninguna época. Todo esto es lo que constituye la esencia del bibliófilo, el cual, para ser perfecto, debe protestar á diario, como el Marqués de Benahavis, D. Ricardo Heredia, protestaba con cuantos hablaba, mientras poseyó y fomentó la biblioteca riquísima que adquirió de los herederos de Salvá, de que él no leía, ni tenía afición á ningún libro de aquellos, y que sus vigiliias de la noche las pasaba en la cama leyendo las últimas producciones de las ciencias exactas y de los progresos é invenciones de la mecánica aplicada, que era en lo que se había educado durante su juventud en Londres. Todo el que reúne libros, de cualquier tiempo que sean, y cualquiera que

E. M.—*Octubre 1907.*

sea también el objeto con que los colecciona, tiende naturalmente á poseer el mejor ejemplar y el más originario. No es sólo el bibliófilo el que recoge un libro raro incompleto ó deteriorado, en espera de la llegada de otro mejor de la misma clase para promover un cambio; también el que forma una biblioteca de utilidad práctica para la ilustración de los estudios á que se consagra aspira al mejor tipo de conservación y á la edición más primitiva y acepta el libro incompleto ó maltratado, mientras no puede sustituirle. En este concepto es como en la biblioteca de Cánovas se admitían por el fundador, desde un principio, algunos libros que no desdeñaba porque les faltase ó tuviesen remendada ó contrahecha, aunque fuera á pluma, una portada ó algunas hojas. Para él la importancia del libro estribaba en su contenido y no en su porte exterior, aunque le agradara tener mejor un buen ejemplar que uno malo, y así con frecuencia le ocurría, después de poseer un libro incompleto ó averiado, presentársele otro mejor y adquirirlo también, no cambiarlo, juntándose con los dos y poseyendo por esto muchas obras con ejemplares duplicados. Todo lo cual no obstaba para que á su vez, pero en segundo término de sus aficiones, le agradase pasar por bibliófilo entre los bibliófilos y entender de libros raros y poco vulgares ó enteramente desconocidos, y recrearse en el gran número de ediciones príncipes que llegó á atesorar desde la más antigua producción tipográfica española é inscribirse en las listas de todas las Sociedades patrias de bibliófilos y hasta de contribuir con alguna ilustración suya al fomento de sus publicaciones. Pero este hecho ni á él lo constituía en un bibliófilo esencial en el rigor técnico de la frase, ni mucho menos su biblioteca en una biblioteca de bibliófilo como la de su deudo Estévanez Calderón, como la que perteneció al célebre é ilustre Marqués de la Romana, como la que al final del siglo xvi y principios del xvii formó el famoso diplomático español Conde de Gondomar, ó como las que hasta hace pocos años poseyeron D. Pascual de Gayangos, el Conde de Benahavis y el Marqués de Xerez de los Caballeros. La espléndida bi-

biblioteca que Cánovas formó durante medio siglo fué una biblioteca esencialmente de estudio y de trabajo, dentro del amplio radio de las necesidades intelectuales de un gran estadista, como en su tiempo fueron las bibliotecas del Conde-Duque de Olivares y del Conde de Villaumbrosa, presidente de Castilla; como fueron en el siglo XVIII las del Conde de Campomanes y del Príncipe de la Paz, cuyos despojos todavía constituyen el fondo principal de la de nuestro Ministerio de Estado, y como, en el terreno puramente literario, lo es en la actualidad la fundada en su casa de Santander por nuestro insigne Menéndez y Pelayo.

Por encima de toda otra condición de las que presumía ó que le caracterizaban en la generalidad de sus aptitudes, descuella en la biblioteca de Cánovas la del gran estadista; de tal manera, que en nuestra historia no hay otra con que compararla que con la que en el siglo XVII formó el Conde-Duque de Olivares, con cuya grandeza de concepción y de miras Cánovas del Castillo tuvo muchos puntos de semejanza. La diferencia esencial entre los dos fondos bibliográficos y documentarios de estos dos personajes históricos estribaba en que el Conde-Duque de Olivares para constituir la suya pidió y obtuvo del rey Felipe IV un privilegio inconcebible para poder escoger y tomar del Archivo de Simancas los diplomas, libros y papeles políticos é históricos que quisiera, pudiéndolos vincular perpetuamente en su casa, lo que á la muerte de su sobrino, heredero y sucesor en la privanza, D. Luis de Haro, fué causa de que aquellas inapreciables colecciones se dispersasen y destruyesen, privando al archivo histórico nacional por excelencia de lo más florido de sus fondos, y en la de Cánovas del Castillo, preponderando el libro impreso sobre la documentación diplomática y el manuscrito, todas sus colecciones fueron aportes particulares de su investigación personal y de sus sacrificios pecuniarios, representando en el primer sentido la inmensa capacidad de sus estudios y en el segundo una fortuna que, atesorada poco á poco, no se hace fácil calcular, pues

lo que se atribuye á los regalos de la última época de su vida, cuando su genio le elevó á la suprema cumbre del poder, no es más que una parte mínima, y no siempre en relación con su criterio fundamental, de lo que constituyó aquel copioso arsenal de sus treinta mil volúmenes, casi todos anotados por su propia mano, como señal de que uno por uno los había examinado y para recuerdo de las cosas salientes que cada obra contenía, á fin de facilitar oportunamente su aplicación. Estas notas pocas veces eran críticas: como al sabio D. Aureliano Fernández-Guerra, que tenía la misma costumbre, de ordinario le servía de recordatorio, y pocas veces constituían erudiciones de bibliófilo. Por ejemplo, en el *Doctrinal de caballeros*, del célebre obispo de Burgos, D. Alonso de Cartagena, impreso en Burgos también en 1487, Cánovas puso en las guardas del libro estas anotaciones de derecho: «*Feudo de territorio realengo no se trasmite por herencia*», folio 143; «*ni feudo en general es reservable*», folio 143; «*los hijos no heredan feudo*», folio 144 vuelto. En el libro de la *Invención liberal y arte del juego de axedrez*, por Ruy López de Segovia, clérigo, vecino de la villa de Çafra, impreso en Alcalá de Henares en 1561, anotaba Cánovas: «*Afición al ajedrez del Príncipe D. Carlos*», tercera página sin foliación. Los libros de historia y ciencia militar suelen tener anotaciones muy copiosas: en el titulado *Milicia, discurso y regla militar*, del capitán Martín de Eguiluz, vizcaíno, impreso en Amberes (*Anvers*) en 1595, se escalonan en las guardas las diez y siete siguientes anotaciones de Cánovas: «*El soldado español: su diferencia del extranjero*», folio 1 vuelto; «*Paralelo de mosquetería y arcabuceros*», folio 9 vuelto; «*Armas del sargento*», folio 11 vuelto; «*Armas de los soldados*», folio 26 y 26 vuelto; «*Trajes de los soldados*», folios 34 y 35; «*No han de tener oficios mecánicos*», folio 34; «*Composición del tercio*», folio 46 vuelto; «*Arcabuceros á caballo*», folio 64; «*Caballería y su fuerza*», folio 72; «*pesada y ligera*», folio 73; «*INFANTERÍA: modo de combate contra caballería y emboscada; tiros que pueden tirar de seguida los arcabuceros;*

qué naciones llevaban espada en la infantería; no las llevaban los franceses», folio 69 y siguientes (N. B. El título de este capítulo debe estar equivocado). «*Infantería en las galeras*», folio 80; «*Cualidades de la infantería alemana*», folio 65 vuelto; «*Batalla*», folio 68; «*Diferencias de picas secas y coseletes*», folio 47 vuelto; «*Un tercio de escuadrón*», folio 56 vuelto; «*Conveniencia de que en cada tercio hubiese 180 arcabuceros á caballo*», folio 64. En la *Chronica del Gran Capitán, Gonçalo Hernández de Córdoua y Aguilar*, impreso en Alcalá en 1584, la anotación inicial de Cánovas dice: «*Atribuída con equivocación á Fernando del Pulgar el de los Claros Varones, y con no menos yerro y más generalmente á Hernán Pérez del Pulgar, el de las Hazañas, que escribió en realidad una Breve parte de las hazañas del Gran Capitán, reimpressa por Martínez de la Rosa en su Bosquejo histórico sobre aquel caudillo y escritor*». En los *Diálogos de la vida del soldado*, de Diego Núñez de Alua, impresos en Cuenca en 1589: «*Este libro está escrito por un hombre que sabía griego y latín y era maestro en la lengua castellana. El autor sirvió en el tercio de Nápoles con su coselete y pica, aunque no se sabe por el libro si pasó de ser soldado. Consta, por la dedicatoria final al Duque de Alba, que éste oyó leer con satisfacción parte de la obra. Los tercios de que habla eran tres: el de Lombardía, el de Nápoles y uno organizado en Hungría que mandaba Don Alonso de Sande*». En un precioso manuscrito que se titula *Narración del desdichado suceso sobre el motín de Nápoles, siendo virrey el Excmo. Sr. Duque de Arcos* (cuéntalo D. Pedro Hizco de Quincoces, secretario que era del Excmo. Sr. Marqués de Lombay, primogénito del Excelentísimo Sr. Duque de Gandía, y yerno del Excmo. Sr. Duque de Arcos, que con la Señora Doña María Ponce de León, mujer de dicho Marqués, todos se hallaron en el fracaso, y como á testigo de vista y que tenía clara noticia del suceso, lo escribe por días), la nota de Cánovas dice: «*En el manuscrito de los tumultos de 1647 hay además una relación de la muerte de Carlos I de Inglaterra y un papel político intitulado El com-*

pás, en que se hace relación del estado en que se hallaban todas las monarquías de Europa». Por estas notas, que pudieran dilatarse hasta lo infinito, puede comprenderse la intensidad del examen que Cánovas aplicaba á sus libros, á la vez que con ellas les daba un valor que todavía no es tiempo de graduar.

Como biblioteca de hombre de Estado, y español ante todo, la de Cánovas se individualiza por la atención y el espíritu con que fué agrupando en ella, en primera línea, todo cuanto correspondía á *cuerpos legales*, á *historia patria* y á *economía político-nacional*. Todas sus demás secciones, ó son complementarias, ó adorno de una mente exuberante en facultades, en pensamientos y en acción. Aunque los problemas al día ocupan un lugar de una extensión enorme por las indeclinables relaciones de la vida común internacional, el fundamento de sus estudios, y por lo tanto el de su biblioteca, lo constituyen los orígenes de toda nuestra existencia y desarrollo nacional. Todavía cuando Cánovas comenzó á organizar su biblioteca, eran un caos las colecciones de nuestras antiguas Cortes, que posteriormente se han buscado, se han colegiado y se han dado y dan á la estampa; pero á la mitad del siglo XIX era una verdadera maravilla reunir, como Cánovas reunió, *Cuadernos de Cortes de Castilla*, algunos originales, de las de 1315 á 1345; de las de 1348 á 1379; de las de 1385 á 1422; de las de 1422 á 1447; de las de 1447 á 1455; de las de 1455 á 1469; y de las de 1471 á 1476; y entrando en los dominios del siglo XVI, después de la unión de las coronas peninsulares y del entronizamiento de la dinastía imperial de la Casa de Austria, las ediciones primitivas de los capítulos de las Cortes de Toledo de 1538; de las de Valladolid de 1542 y 1548; de las de Madrid de 1583 á 1585; de 1585 á 1590; de 1592 á 1598; de 1602 á 1604; de 1607 á 1611, con las pragmáticas y cédulas reales emanadas de sus acuerdos, de 1611 á 1615 y de 1615 á 1619. Diversos otros de las Cortes de Aragón, de Valencia y de Navarra; y acerca de Portugal, los originales «do levantamiento é juramento do Rey Philippe II» hecho en las Cortes de Tomar en 1581, y las juras

de los príncipes D. Diego y D. Felipe, de 1581 y 1584 respectivamente. De las *pragmáticas* promulgadas por el poder real, y todas en sus primitivas ediciones, la colección que Cánovas llegó á reunir, independientemente de todos los cuerpos recopilados de nuestra antigua legislación, ascendieron al número de ciento cincuenta y cinco, correspondiendo á los años de su publicación de 1520, 1528, 1534, 1537, 1548, 1549, 1552, 1553, 1582, 1586, 1590, 1593, 1594, 1596, 1598, 1600, 1602, 1603, 1604, 1605, 1606, 1608, 1609, 1611, 1613, 1614, 1615, 1616, 1617, 1618, 1619, 1620, 1625, 1627, 1636, 1637, 1642, 1652, 1659, 1680, 1682, 1684, 1686, 1691, 1705, 1716, 1736, 1737, 1844, 1757, 1766, 1768, 1772, 1774, 1776, 1790, 1792, 1793, 1803, 1830 y 1833. Las ediciones de códigos eran en su biblioteca muy numerosas: del de *Las Siete Partidas de Don Alonso el Sabio* tenía ediciones de 1491, de 1756 (Salamanca), glosadas por el licenciado Gregorio López, del Consejo Real de Indias, y otras más modernas; y en igual copia entraban los cuerpos de derecho de los antiguos reinos unidos ó incorporados y las legislaciones forales de todas las regiones que habían gozado y aun gozan de jurisdicciones privilegiadas. De *Ordenanzas y Cédulas reales*, la colección que reunió era un prodigio; para avalorarlas, basta citar dos solos números de su extenso catálogo: el de las *Ordenanzas Reales, por las quales primeramente se an de librar todos los pleitos civiles y criminales, é los que por ellas no se fallaren determinados se han de librar por las otras leyes y fueros é derechos que mandaron fazer los Reyes Católicos*, compuestas por el Dr. Alfonso Díaz de Montalvo é impresas en Sevilla en 1495, habiendo además otro ejemplar de Salamanca impreso en 1541, y las *Ordenanzas de la ciudad de Granada, pregonadas en la Real Cancillería* de aquella ciudad el 31 de Marzo de 1529, en cuyo año están impresas, ó las de *lo que han de fazer é guardar los alcaldes mayores, jueces de residencia de los tres Adelantamientos de Burgos, Leon y Palencia*, impresas en Medina del Campo en 1555. Las compilaciones y demás cuerpos legales se multiplicaban en

la biblioteca de Cánovas, como si su vida entera hubiera estado consagrada á los asuntos del derecho; pero todavía este fondo se amplificaba más al llegar á los tiempos modernos, en que las nuevas Constituciones han transformado todas las fuentes y todos los procedimientos del derecho. Las colecciones legislativas no contienen más que las leyes promulgadas y los decretos elevados á oficios de leyes. En la biblioteca de Cánovas estaban admirablemente coleccionadas y organizadas todas las leyes originales, hasta las que no han pasado del rango de proyectos, y en las promulgadas, todas las incidencias de su constitución legal, empezando por las mismas *Constituciones políticas* natas y nonnatas.

El palenque de la historia parecía su tribuna principal. Y en efecto, ¿cuál puede tener mayor importancia para un verdadero estadista? El camino que incesantemente trilla la ciencia basta para imponer de las evoluciones y de las reformas del derecho, sobre todo en nuestro tiempo, en que las imposiciones de la vida internacional, en la creciente y estrecha ola de las relaciones de los pueblos entre sí crea las inevitables exigencias de la equiparación legal entre todas las gentes, ejerciendo una influencia también ineludible en las legislaciones locales de todos los estados. Pero en los pueblos de larga existencia histórica, la ciencia principal del hombre de Estado la constituye el más perfecto conocimiento de la historia de la nación que ha de regir, y en la cual la unidad invariable de todas sus condiciones éticas y etnográficas, la perpetua imperturbabilidad de las vecindades con las que ha de convivir, las tendencias no menos invariables á influirse mutuamente, ya en el sentido de la atracción, ya en el de la hostilidad, establecen una multitud de hechos que, aunque en sus caracteres exteriores puedan cambiar, en el fondo responden siempre á la unidad fundamental de estas tendencias. Las inclinaciones algo bibliófilas de Cánovas le llevaban á no satisfacerse con las obras de compilación, y á procurar adquirir ó los documentos originarios de todo asunto histórico, ó cuando me-

nos las primeras ediciones de su publicidad. Así campeaban gallardamente en su biblioteca crónicas incunables ó del siglo xv, como la *Crónica hispánica*, que todavía se disputa si es de 1469 ó de 1480; y la *de Aragón*, del Rev. P. Lamberto, impresa en Barcelona en 1499. Del siglo xvi tenía el *Mar de Historias*, del noble caballero Ferrand Pérez de Guzmán, edición de Valladolid de 1512; la *Chronica de España*, de Mosén Diego de Valera, impresa en Sevilla en 1538; las *Chroniques dels nobles é invectissims Rey dels Goths*, compiladas por Miguel Carbonell y publicadas en Barcelona en 1547; la *Chronica del Rey Don Rodrigo*, de Alcalá de Henares de 1587; la *Chronica de los Reyes de Navarra*, de 1534; la *del Santo Rey Don Fernando*, de Valladolid y de 1555; la de Fernando IV, también de Valladolid y del año 1544; la de los Reyes Don Pedro I de Castilla, D. Enrique II y Don Juan I, de Toledo é impresa en 1526; la del *Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Cordoua*, de Alcalá de Henares y de 1584; la del *famoso cauallero Cid Ruy Diaz Campeador*, de Burgos y de 1591; la *Chronica y descripció dels fets e haçanyas del inclyt Rey Don Jaime I*, de en Ramón Montaner, de Valencia y de 1558; y de Valencia también y de los años 1546 á 1560, la *Chronica general de toda España, y principalmente del reino de Valencia*, del Dr. Pere Antón Beuter; la que Sandoval dió á las prensas de Madrid el año de 1600 del *Inclito Emperador de España Don Alonso VII*; y de los principios del siglo xvii, la *Chronica de España que mandó componer Don Alonso el Sabio* (Valladolid, 1604), y la *Chronica universal del Principado de Cathaluña*, de Pujades, impresa en Barcelona en 1609. De otros libros análogos, como las *Rerum á Ferdinando et Elizabeth Hispaniarum felicissimis Regibus gestarum, decades duas*, de Antonio de Nebrija, impresas en Granada en 1545; *Las cosas memorables de España*, de Lucio Marineo Sículo, de Alcalá de Henares y de 1533, y otras semejantes, así como de los demás *Chonicones* de los archivos monásticos, de las *Historias* de los grandes prelados de la Edad Media y de las otras *Crónicas Reales* que precedieron á las obras de

Jerónimo Zurita y Ambrosio de Morales, Florián de Ocampo y Garibay, Sandoval y Herrera, Diago y Dameto, Blasco de Lanuza y Argensola, Abarca y Uztarroz, y aun á Mariana y Bleda, Covarrubias y Díaz y Escolano, Ferrera y Flórez, Risco y Masdeu, Alcalá Galiano y Lafuente, nada podía faltar como bases generales de estos estudios, aunque lo que en la parte histórica en la biblioteca de Cánovas del Castillo puntualizaba al hombre de Estado sobre el historiador, eran los soberbios acopios que con benemérita constancia había hecho de todos los documentos menudos que forman el arsenal de cada parte y de cada particularidad de la Historia.

Échase de menos en los elementos de autoridad y consulta que la constituyen, conforme al giro de la ciencia moderna, el inventario diplomático y bibliográfico que en Francia, por ejemplo, donde ya existe, la sirve de perfecto indicador. Cuando en 1844 la *Sociedad Literaria y Tipográfica* anunció la publicación de la *Historia de España* que D. Antonio Alcalá Galiano escribió con arreglo á la del doctor inglés Dunham, ofreció que esta edición iría enriquecida con una reseña de los historiadores españoles de más nota, redactada por D. Juan Donoso Cortés y por un discurso crítico y sintético de la historia de nuestra nación por D. Francisco Martínez de la Rosa. Sallieron á luz los siete tomos que forman la obra de Alcalá Galiano, y ni Martínez de la Rosa cumplió su empeño, ni mucho menos el suyo, indudablemente más arduo, Donoso Cortés. Este mismo compromiso contrajo la *España editorial* mucho más adelante, al publicar por monografías de grandes períodos, escritas por académicos de la Real de la Historia, bajo la dirección de D. Antonio Cánovas del Castillo, su *Historia*, que ha quedado sin concluir. Menéndez y Pelayo fué entonces el encargado de formar, como introducción á la otra, el gran inventario de nuestros historiadores y de las obras que tratan de las particularidades de nuestra Historia, á la manera como se formó en la antigua Biblioteca Imperial, hoy Nacional, de Francia, el *Catalogue de l'Histoire de France*, que es como la

introducción ineludible á toda clase de estudios nacionales. Sin dejar de reconocer en Menéndez y Pelayo mayores aptitudes que las de Donoso Cortés para semejante intento, ello es que, como la obra quedó sin acabar, el ofrecimiento tampoco se cumplió. Es indudable que en el concepto técnico de esta parte de la biblioteca de Cánovas ninguna otra particular en España ofrecía elementos como los que la enriquecían para prestar base á esta labor. Nadie como Cánovas llegó á reunir tantas piezas menudas de nuestra bibliografía histórica, de esas que han escapado á nuestras grandes Bibliotecas públicas, unas por ser rarísimas en extremo, otras por no haber llegado jamás á los dinteles de nuestra nación peninsular, por haber sido publicadas ya en lejanos y para siempre perdidos dominios españoles, ya por haber sido fruto de literaturas extranjeras y escritas en impugnación de derechos é intereses de España, y que, en suma, no arribaron á ella jamás. De estos papeles peregrinos, folletos y libros, la biblioteca de Cánovas logró reunir un número extraordinario, cuya importancia se necesita poseer una gran cultura histórica y política para saberla avalorar bien. No era que Cánovas se propusiera en su admirable colección histórica llegar á reunir, por reunir, todo lo que dijera á la historia general de nuestra patria, ni al capricho de atesorar aquella *catalogación*, que sólo á fuerza de constancia puede llegar á perfeccionar un establecimiento perpetuo del Estado, como la Real Academia de la Historia ó la Biblioteca Nacional. En la adquisición de estos verdaderos tesoros de la bibliografía histórica de España predominaba en Cánovas, como en todo, su inclinación á las materias de Estado, porque en aquellos libros, folletos y papeles, publicados en Roma, en París, en Viena, en Amsterdán, en Colonia, en Milán, en Turín, en Nápoles y Voslacia, en Bruselas y en Amberes, estaban representados cuantos hechos formaron el conjunto de nuestra historia en el tiempo en que España, en el último grado de la supremacía política de Europa, fué el árbitro de los destinos del mundo; y aunque él pensaba, como en

varias de sus obras dejó escrito, que nunca más circunstancias semejantes á las que confluyeron en los Estados de nuestra Península al declinar el siglo xvi y en los principios del xvii volverán á reproducirse, reintegrándonos de aquella vena de poder que nos hizo dueños del Mediterráneo, por las conquistas de Italia y Africa; del Atlántico, por el descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo, y del corazón del continente, por nuestras herencias de Holanda y Flandes y nuestras conquistas del Milanesado, y por haber encarnado en nuestra Monarquía la suprema dignidad imperial en Alemania; con todo, los hombres que llegaron á realizar tantas maravillas que parecen fabulosas; los hombres que con sus armas, su gobierno y su política mantuvieron aquel emporio de grandeza por cerca de dos siglos, hasta que la conflagración universal de todos los elementos adversarios lograron conciliarse en coaliciones tenaces para derrumbarnos, esos hombres permanecen siempre vivos en el espíritu de nuestra raza; y aunque en la alternativa acción del tiempo, fatigados por los esfuerzos de tan largos empeños, cayesen en la postración y decadencia que, desgraciadamente, todavía nos debilita, el estadista siempre debe contar con aquellas condiciones, porque el deber de los que gobiernan, aun en períodos del mayor enervamiento, es procurar la recuperación de fuerzas, y es conducir siempre á sus pueblos, como Moisés por el desierto, á las siempre esperadas tierras de promisión.

Regalista por tradición y por temperamento, nadie reunió como Cánovas en su biblioteca el tesoro diplomático y bibliográfico de nuestras cuestiones con Roma desde los Reyes Católicos, D. Fernando y D.^a Isabel; desde Carlos V y Felipe II, hasta Felipe V y Carlos III. Para ello, lo que no encontró en libros impresos mandó copiarlo en Simancas y otros Archivos, aumentando sus libros con un caudal de documentos transcritos de éstos, que por sí solos acusan toda la extensión de aquella espléndida naturaleza política. Después de Roma, era indispensable que se destacaran en sus colecciones bibliográficas

primero todos los libros y documentos tocantes á nuestras más próximas vecindades y sus contingencias casi perpetuas, y después á todo lo concerniente á fronteras naturales y á fronteras de seguridad, porque por las primeras se rigen las relaciones en que se está más en contacto, y por las segundas se establecen las de alianzas de previsión, á fin de estar precavidos siempre contra las presiones, las intrusiones ó las agresiones de las inmediatas. Francia será siempre nuestro vecino inevitable, pero no siempre nuestro aliado, porque para precavernos contra ella de las presiones, de las intrusiones y de las agresiones que de su parte podemos sufrir, nosotros debemos buscar aquellas alianzas que, encerrándola entre dos fuegos en todo caso de agresión, ó le obliguen para defenderse de ellos á dividir sus fuerzas, lo que las debilita, ó le obliguen á permanecer en quietud y razón. Esta fué la política española de Fernando V el Católico, esta la política de Carlos V y de Felipe II y esta la política de Felipe IV, bajo el ministerio de D. Gaspar de Guzmán. Después de éstos, toda la política que ha producido nuestros desmembramientos territoriales, toda la política que nos ha conducido á la funesta decadencia de que no nos podemos emancipar, toda la política que nos ata las manos para todo intento de resurrección, es la política que nos viene de nuestro vecino inmediato, que nos convierte hace tres siglos en una provincia de Francia. Todos estos intereses y todos estos derechos son los que se estudian admirablemente en los preciosos conjuntos de los libros propios y extraños que Cánovas llegó á reunir en su biblioteca; al estudio de todas estas ideas, de todos estos intereses y de los hechos que han contribuido á establecer el estado actual de las cosas, es á lo que se consagraban las preciosidades bibliográficas atesoradas por el gran estadista sobre Francia y nuestra política y nuestras guerras con ella; sobre las Estados de Holanda y Flandes, siempre agitados por ella hasta que de ellos nos despojó; sobre los Estados de Italia, siempre inquietados por ella hasta que nos arrojó de aquella península; sobre las revoluciones interiores

RENTAS DE LA BIBLIOTECA DE
ESTADOS UNIDOS DE AMERICA
1901

de Portugal y de Cataluña, siempre inquietados por ella hasta que á Portugal logró arrancarlo de nuestro dominio, y á Cataluña dejarla encendida en guerras que sólo la produjeron la destrucción de los grandes elementos de prosperidad y riqueza creados por la laboriosa constancia y el esfuerzo de sus hijos; sobre las posiciones militares y el principio de coloniaje que intentamos establecer en toda la costa de Africa, hasta que nos redujo á los míseros presidios que aun nos restan, expulsándonos de toda influencia sobre el Mediterráneo.

Estos grupos bibliográficos de la biblioteca de Cánovas del Castillo, de los cuales se hace imposible citar ejemplares por contenerse en ella por centenares, cuya importancia principal estriba en sus conjuntos, bastan para juzgar por sus libros á nuestro gran hombre de Estado. Estos grupos son los que imponían su verdadero carácter á una biblioteca que, ya deshecha, probablemente ninguno logrará reunir otra vez. La importancia de estos libros es tal, que ningunos otros accidentes de su vida, con ser tan numerosos y culminantes los sucesos en que intervino y á los que imprimió dirección, dan mejor que ellos la graduación de su mérito como hombre de Estado y patriota ante todo. Con sus libros á la vista no sólo se agigantan las líneas del hombre que tuvo una nota para cada uno de los 30.000 volúmenes que reunió, notas que revelan que todos pasaron por su examen y que de todos aprendió algo de lo que profundamente debe saber el que está destinado á dirigir desde el gobierno los destinos del país á que pertenece. Con sus libros en la mano, se echa de ver también qué enormes deficiencias llevan tras sí los que aspirando á ocupar el puesto que Cánovas ocupó, no siempre llenaron el papel que les correspondía, por carecer de aquella preparación sólida y necesaria con que deben conocerse los problemas siempre vivos de la patria, que si bajo el imperio y la acción de los tiempos pueden cambiar y cambian en su aspecto exterior, al cabo se liquidan por unos mismos efectos morales, pues la unidad moral de la raza sobrepuja siempre los accidentes fortuitos de la

Historia, y siempre se impone á todos los efectos de las circunstancias accidentales.

La extensión de su cultura intelectual hacía que Cánovas hacinara en su biblioteca, además de toda la intrincada Minerva que la ciencia produce sin descanso para ilustrar los problemas políticos, económicos, jurídicos y sociales de la edad en que vivimos y del modo de ser de estas nuevas generaciones, los libros de la amena literatura antigua y moderna, los libros de las ciencias que tienen principal relación con la política y la historia, los libros que contribuyen al desarrollo y al fomento y perfección de las artes, y muchos más de los que sólo se gradúan por la curiosidad que despiertan. Sin embargo, nada de esto sobra á un verdadero hombre de Estado, mucho más si este estadista, en la exuberancia de sus facultades, aun tiene ocios que consagrar á escribir libros, pronunciar discursos y tomar parte en las tareas cotidianas de las Academias, donde se elaboran los primores de la lengua, donde se cultivan las ramas de la historia, donde se dan alas á la inspiración de las artes, ó donde se discuten sin tregua las cuestiones del orden moral y jurídico que templan y moderan las evoluciones continuas de la existencia social. Algunos, como ya se ha indicado, le reconocían el título de simple bibliófilo, porque gustaba adornar sus estantes, ya con preciosos códices de la antigüedad, anteriores al descubrimiento y propagación de la imprenta, con preciosos incunables, como la *Coronación de D. Íñigo López de Mendoza y coplas de Juan de Mena*, en su edición de 1489, ó como el *Libro de las justas*, editado en Valencia en 1493, ó como *Los proverbios de Séneca*, del doctor Pero Díaz de Toledo, impresos en Toledo en 1495, ó como *Los libros de los trabajos de Hércules*, de D. Enrique de Villena, dados á luz en Burgos en 1499, ó como los diversos *Tractados de la mesa, del vestir é calçar y de la murmuracion*, del reverendo padre Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada después de su conquista, é impresos en aquel mismo tiempo en la ciudad de los emires alhameritas. Estos mismos se petrificaban admi-

rando en sus estantes, no ya los copiosos y raros libros de caballería, el *Palmerín de la Oliva* (Sevilla, 1536) y el *Palmerín de Inglaterra* (Evora, 1564), los cuatro del *Amadís de Gaula* (Salamanca, 1575) y *Las Sergas de Esplandián* (Alcalá de Henares, 1588), el *Triumpho de los nueve de la Fama* (Barcelona, 1586) y *El Príncipe Don Florisel de Niquea*, de Feliciano de Silva (Zaragoza, 1568), etc., sino toda aquella rica y rara miscelánea y confusión de libros rarísimos de toda literatura, el *El jardín de nobles doncellas* (Valladolid, 1500), el *Comento del Eusebio* (Salamanca, 1507), los *Bocados de oro* (Toledo, 1510) y los *Proverbios de D. Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana* (Sevilla, 1510); la *Caída de Principes*, de Juan Boccaccio de Cercaldo (Toledo, 1511) y el *Cancionero general*, de Hernando del Castillo, de la edición de Sevilla de 1515, y la *Ortographia*, las *Elegancias romanizadas* y otros libros de Antonio de Nebrija (Alcalá de Henares, 1517); el *Tractado de república*, de fray Alonso de Castrillo (1521) y los *Triumphos de Appiano* (Venecia, 1522); la *Visión delectable*, de Alfonso de la Torre (Sevilla, 1526) y el *Valerio Máximo*, traducido por Mosén Hugo de Urríes (Alcalá, 1529); el Pedro Mártir de Anglería sobre el *Orbe novo*, de 1530, y la *Cárcel de amor*, de Diego de San Pedro (Venecia, 1531), y el *Marco Aurelio*, del obispo de Mondoñedo, D. Antonio de Guevara (Sevilla, 1531); la *Compilación de todas las obras de Juan de Mena*, de 1536, y la *Segunda comedia de la Celestina*, del mismo año; las *Vidas de los diez césares romanos*, del citado D. Antonio de Guevara (Valladolid, 1539), y las *Obras del famosísimo filósofo y poeta Mosén Ausias March* (Valencia, 1539); *El vellocino dorado* (Toisón de oro) de Juan Bravo (Toledo, 1540), la *Retórica castellana*, de Juan de Guzmán (Alcalá, 1541) y el *Libro del arte de las comadres*, de Damián Carbón (Mallorca, 1491); el *Carro de las donas*, de fray Francisco Ximenez, obispo de Etna (Valladolid, 1542) y el *Valerio de las historias escolásticas* (Sevilla, 1542); del año 1543, la *Doctrina breue de las cosas que pertenecen á la fhe catholica*, de fray Juan de Zumárraga, primer libro que se

imprimió en México; el *Remedio de jugadores*, de fray Pedro de Covarrubias (Salamanca); el *Aviso de cazadores*, de D. Iñigo López de Mendoza (Alcalá de Henares); *El asno de oro*, de Lucio Appuleyo (Medina del Campo), y las *Coplas*, compuestas por Bernardino de Avellaneda; del año 1544, las *Obras* de Boscán y algunas de Garcilaso (Toledo), de quienes también tenía la edición de León de 1549, y el *Espejo de ilustres personas*, de fray Alonso de Burgos; del año 1545, las *Catorce cuestiones*, del Tostado (Burgos); el *Arte de navegar*, de Pedro de Medina (Valladolid), y la *Armadura espiritual*, del doctor Diego de Cabranes (Mérida); de 1546, el *Centiloquo* (Alcalá) y el *Tratado de los cambios*, de Christoual de Villado (Córdoba); de 1547, el *Repertorio de las leyes de todos los Reynos de Castilla*, de Hugo de Celso (Valladolid); los *Diálogos*, de Pero Mexía (Sevilla); el *Fuero real de España*, glosado por Alonso Díaz de Montalbo (Salamanca); la *Instrucción de mercaderes*, del doctor Saravia (Medina del Campo), y la *Agonía del tránsito de la muerte*, del maestro Alexo de Vanegas (Toledo); de 1548, la *Primera parte de las guerras que el Emperador Carlos V promovió contra los rebeldes de Alemania* (Nápoles), y el libro de *Cosmographia*, de Pedro Appian (Amberes); de 1550, las *Quatrocientas respuestas y otras tantas preguntas que D. Fadrique Enríquez, almirante de Castilla, y otras personas embiaron á fray Luis de Escobar, fraile menor* (Valladolid); de 1551, la *Introducción á la sabiduría*, del doctor Juan Luis Vives, traducida por Diego de Astudillo (Amberes); de 1552, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, de fray Bartolomé de las Casas (Sevilla); de 1553, los *Coloquios satíricos*, de Antonio de Torquemada (Salamanca); las *Sentencias y dichos de diversos sabios*, de Alfonso de Valera (Venecia), y la *Tragedia de Calixto y Melibea* (Venecia); de 1555, el *Cuaderno de Cortes*, de Medina del Campo, con la *Glosa sobre las leyes de Toro*, de Miguel de Cifuentes (Medina del Campo), y el *Libro de las costumbres de todas las gentes*, del licenciado Thámara (Amberes); de 1559, el *Tratado del juego*, de fray Francisco

de Alcocer (Salamanca); de 1563, la *Teoría y práctica de las virtudes*, de D. Francisco de Castilla (Alcalá de Henares), y las *Cosas que han pasado en Italia desde el año 1521 hasta el año 1530*, del maestro Bernardo Pérez (Valencia); de 1565, las *Vidas de los dos emperadores Carlos V y Fernando I*, de Alfonso de Valera (Venecia); de 1569, el Monardes *De las cosas que traen de las Indias que sirven al uso de la medicina* (Sevilla); de 1571, la *Primera y segunda parte de la Historia del Perú*, de Diego Fernández (Sevilla); de 1572, el *Cancionero*, de George de Montemayor (Alcalá); de 1573, la *Primera parte de la descripción del África*, del veedor Luis del Mármol (Granada); de 1574, la *Visita de la cárcel y de los presos*, del doctor Thomas Cerdán de Tallada (Valencia); de 1575, el *Fuero de Vizcaya* (Medina del Campo); de 1576, la *Chronografía*, de Hieronimo de Chaves (Sevilla) y la *Selva de aventuras*, de Hieronimo Contreras (Alcalá); de 1578, el *Tratado de las drogas y medicinas de las Indias orientales*, de Christoual Acosta, africano (Burgos); de 1580, el *Diálogo en loor de las mujeres*, de Juan Spinosa (Milán); de 1582, el *Libro de la montería*, de Gonzalo Argote de Molina (Sevilla); de 1583, la traducción del *Orlando furioso*, de Ludovico Ariosto, por D. Hieronimo de Urrea (Bilbao); de 1585, la *Carolea*; de 1586, la *Primera parte de las lágrimas de Angélica*, de Luis Barahona de Soto (Granada); de 1588, la *Nobleza de Andalucía* (Sevilla); de 1589, la *Suma*, de fray Luis de Granada (Alcalá) y el *Oficio de sastre y su conocimiento de geometría*, de Juan de Alcázar (Madrid); de 1591, la *Chronica del Illustrissimo Senyor En Gaston de Moncada, Capitan General del Reyno de Sardenya* (Caller); de 1594, el *Vergel de plantas divinas*, del P. fray Arcángel Alarcón (Barcelona), y tantos y tantos libros de igual y mayor rareza, de fechas de la imprenta del primer siglo en España, y de los cuales los citados no son más que una ligera muestra.

Los poetas, que engrandecen nuestro Parnaso nacional, principalmente desde los comienzos del siglo xvi; los novelistas, cuya síntesis se personifica en Cervantes, pero así anterio-

res como posteriores á Cervantes; los dramaturgos, que se personifican en Lope de Vega, el fundador del teatro español, pero anteriores y posteriores á Lope de Vega; todos tenían en aquella biblioteca su lugar de predilección en las ediciones más originales de sus obras, que en algunos se repetían una y varias veces con la misma estimación; del *Quijote* Cánovas poseía diez y siete ediciones de las más apreciadas; una la segunda de Juan de la Cuesta, de 1605, y la primera de la segunda parte, de 1615; otra la tercera de Juan de la Cuesta, de 1608, completada con la de 1615, también en su segunda parte. Venían en pos la de Bruselas, de 1616-17; otra de Madrid, de 1674; la de Amberes, de 1697; otra holandesa de 1746; la de Pellicer, de 1797-98; la de la Real Academia Española, de 1819; las de París, de Didot, de 1827 y 1832; la de Argamasilla de Alba, de 1863; la de Cádiz, de León Máinez, de 1877-78; la traducción portuguesa del Vizconde de Benalcanfor, de 1878; una de Palencia, de 1884, y otra de Clemencín, de 1894. De las *Novelas ejemplares* tenía la edición de Pamplona, de 1615; de la *Persiles y Sigismunda*, la primera edición de Juan de la Cuesta, de 1617, y de *La Galatea*, la de Barcelona, de 1618. De Lope de Vega tenía también muchas ediciones primeras: el *Isidro*, de 1599; la *Hermosura de Angélica*, de 1602; de *El peregrino en su patria*, la de Bruselas, de 1618; las *Rimas sacras*, de 1619; las *Rimas y el arte de hacer comedias*, de 1609; la *Jerusalem conquistada*, la primera de Juan de la Cuesta, de 1609 también; los *Pastores de Belén*, la edición de Lérida de 1613; la *Justa poética*, de 1620; la *Corona trágica*, de 1627; el *Laurel de Apolo*, de 1620, y así otras muchas, casi todas: *Filomena* (1621), *La Circe* (1624), *Arcadia* (1599), *Soliloquios* (1627), etcétera, etc.

Puede decirse que en su biblioteca, aun sin ser la biblioteca de un simple literato, ni de un simple bibliófilo, Cánovas había llegado á reunir las joyas más valiosas de nuestras obras de imaginación, principalmente de aquel ciclo de los Asturias que determinó la suprema cúspide de nuestra cultura nacio-

nal. No puede menos de preguntarse el que la examine: ¿por qué y para qué? Pero cuando registrando la parte de la producción intelectual contemporánea, que también acopió codiciosamente, sobre todo en cuanto tenía relación con la inmensa enciclopedia de un hombre cuya posición le llamaba á la suprema dirección de un orden social en medio de una época crítica, ya de empeñadas luchas, ya de empeñada resurrección, al lado de todos los tesoros de nuestra antigua literatura, no sólo se encuentran los clásicos modernos de todos los idiomas de Europa, sino hasta un número extraordinario de producciones de esa literatura frívola y ligera que de la novela se ampara, y allí se hallan á Víctor Hugo y á Lamartine, á Paul de Kock y á Teófilo Gautier, á los hermanos Goncourt y á Enrique Heine, á Arsenio Housaye y á Ernesto Legouvé, á Guy de Maupassant y á Catulo Mendes, á Alfredo Musset y á Jules Landeau, á Walter Scott, á Edgar Poe, á los Dumas padre é hijo y á Balzac, y, últimamente, á Zola, al conde León Tolstoy, al dramaturgo Henrik Ibsen y al revolucionario Kropotkin, entre Gachard y Zeller, Hegel y Kravar, Almeida Garret y Theofilo Braga, y todos los economistas de todas las escuelas y todos los tratadistas de todas las direcciones del derecho y todos los sociólogos que por todas partes llevan ó las teas de la revolución ó las palancas de la evolución, hay que convenirse de que todo este estudio se hace también necesario al hombre de Estado, pues nada como la novela influye tanto en la evolución moral de las ideas en el gran piélago del mundo social. Aunque sólo se considerasen las riquezas de nuestra vieja literatura que se complacía en coleccionar bajo el punto de vista del arte, ¿qué menos puede embellecer un espíritu ó un hogar la exposición de los grandes dioses de nuestro Parnaso que el cuadro debido á un renombrado pincel, la escultura de un cincel acabado y el objeto de cerámica ó de orfebrería adorno de las vitrinas encantadoras? En el *Catálogo* de la biblioteca de Cánovas yo no dejo de pasar y repasar nombres y obras para mí sublimes. Aquí hallo la *Ulísea*, de Homero,

traducida por el secretario de Carlos V, Gonzalo Pérez, y publicada en Amberes en 1556; más allá la *Propaladia*, de Bartolomé Torres Naharro, edición de 1550; en otro lado el *Sarao de amor* (Valencia, 1501) ó el poema de D. Luis de Zapata *Carlo famoso*, también de Valencia y de 1566. Al lado de la edición de Amberes de 1563, del *Cancionero general*, los *Siete libros de la Diana de George de Montemayor*, publicada en Lisboa en 1575; con el poema de Gerónimo de Corte Real, *La felicísima victoria del Sr. D. Juan de Austria en el golfo de Lepanto*, también de Lisboa de 1578. La *Conquista de Africa*, de Diego de Fuentes, de Amberes, de 1570, y la *Dolería del sueño del mundo*, de Hurtado de la Vera, de 1572. De las *Obras* de Garcilaso hay muchas ediciones: la de Salamanca, de 1577, y la de Sevilla, anotada por Hernando de Herrera, de 1580; de Juan de la Cueva el *Corofebeo*, y sus *Obras*, las dos impresas en Sevilla, ésta en 1582 y aquélla en 1588. *La Austriada*, de Juan Rufo Gutiérrez (Alcalá, 1586), juega con el *Cancionero*, de López Maldonado (Madrid, 1586), y con las *Obras* de Gregorio Silvestre (Granada, 1582). De 1591 están allí *Las lusias*, de Camoens, traducidas al castellano (Madrid), con los *Problemas morales*, de D. Juan de Orozco y Covarrubias (Segovia); de 1594, el poema del capitán Cristóbal de Mesa *Las Navas de Tolosa* (Madrid), con la *La enamorada Elisea*, de Jerónimo de Covarrubias (Valladolid), y de 1598, las *Obras* de Cristóbal de Castillejo (Amberes). Todo el siglo xvii es de una enorme y brillantísima producción literaria en castellano. Registremos muy someramente algunos de sus libros que nos salen al paso en la biblioteca de Cánovas, ¡ya deshecha! Gabriel Lasso de la Vega nos presenta, impreso en Zaragoza en 1601, el *Elogio de los tres famosos varones D. Jaime de Aragón, don Fernando Cortés y D. Álvaro de Bazán*. De la imprenta plantiniana, y de 1603, es el *Examen de ingenios*, de Juan Huarte; el poema *El Pelayo*, de Alonso Pérez Pinciano, de 1605 y de Madrid. Del mismo año, mas de las prensas de Valladolid, son las *Flores de poetas ilustres*, del antequerano Pedro de Espi-

nosa, y de 1605, y de Zaragoza, los *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro*, el capitán Micer Andrés Rey de Arteida. Este *Origen de la lengua castellana*, del doctor Bernardo de Alderete, se imprimió en Roma en 1606; en Madrid, en 1608, aquella *Selva de Erasile*, del obispo Bernardo de Balbuena; en 1609, y en Barcelona, los *Diálogos de apacible entretenimiento*, de Gaspar Lucas Hidalgo, y en Valencia, y en 1610, la *Expulsión de los moros de España*, de Gaspar de Aguilar. En aquella biblioteca se registraba el *Alfonso Africano*, de Vasco Mausinho de Quevedo (Lisboa, 1611), y los *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete*, de Cristóbal Suárez de Figueroa (Madrid, 1613); el *Romancero general*, de Pedro de Flores (Madrid, 1614), y las *Clavellinas de recreación*, de Ambrosio de Salazar (Rouen, 1614); la *Mosquea*, de José de Villaviciosa (Cuenca, 1615), y las *Varias rimas y poemas*, de Diego Bernáldez (Lisboa, 1616), con la *Comedia eufrosina*, de Juan Espera en Deus, de Lisboa y de 1616 también; el *Nuevo jardín de flores divinas*, de Alonso de Bonilla (Baeza, 1617), y *Las Eróticas*, de Esteban Manuel de Villegas (Nájera, 1618); el *Escudero Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel, de la edición de Barcelona de 1618 también, y los *Pastores de Sierra Bermeja*, de su sobrino Jacinto Espinel Adorno (Madrid, 1621); *La España libertada*, de D.^a Bernarda Ferreira de la Cerda (Lisboa, 1618), y los *Versos*, de Fernando de Herrera (Sevilla, 1619); *El desengaño de Amor*, de Pedro Soto de Rojas (Madrid, 1623), y *La estafeta del dios Momo* (Madrid, 1627), y todas las demás obras de Jerónimo Alonso de Salas Barbadillo; la *Heroida Ovidiana*, de Sebastián de Alvarado y Alvear (Burdeos, 1628), y *La Cynthia de Aranjuez*, del licenciado Gabriel del Corral (Madrid, 1629); las *Obras poéticas*, de D. Sebastián Francisco de Medrano (Milán, 1631), y el *Anfiteatro de Felipe IV el grande*, de Pellicer de Tovar, del mismo año, é impreso en Madrid; el *Fernando ó Sevilla conquistada*, del Conde de la Roca (Milán, 1632), y las *Rimas*, de Lupercio y de Bartolomé Leonardo de Argensola (Zaragoza, 1634), las *Rimas* de

Gerónimo de Porras (Antequera, 1639), y el *Para algunos*, de Matías de los Reyes (Madrid, 1640); *El Diablo Cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara (Madrid, 1641), y *Los cigarrales de Toledo*, de Fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina) (Madrid, 1630); las *Rimas varias*, de Francisco Botelho de Moraes (Rouen, 1646), y las *Obras*, del Príncipe de Squilache, D. Francisco de Borja (Madrid, 1648); *Los cristales de Helicon*, de Salcedo Coronel (Madrid, 1650), y las *Soledades*, de D. Luis de Góngora, comentadas por el mismo Salcedo (Madrid, 1653); *Las auroras de Diana*, de D. Pedro de Castro y Añaya (Coimbra, 1654), las *Poesías*, de Paulo González de Andrada (Coimbra, 1658), y el *Jardín de Apolo*, de Francisco de Francia y Acosta (Coimbra, 1658); los *Ocios de Castalia*, de D. Juan de Ovando Santarem (Málaga, 1663), y las *Obras poéticas*, de D. Francisco Manuel de Melo (León de Francia, 1665); el *Coro de las Musas*, del capitán Miguel de Barrios (Bruselas, 1672), y las *Obras*, de la poetisa mejicana Sor Juana Inés de la Cruz (Zaragoza, 1692). ¿A qué prolongar indefinidamente esta ya larga nómina? Estas y muchísimas más eran las flores de recreación de la biblioteca de Cánovas, á pesar de su severo carácter de biblioteca de estadista.

Paso de largo en este manojo sobre aquellos libros tan buscados y rebuscados por los coleccionistas de especialidades bibliográficas, como el *Tratado de caballería de la jineta*, del capitán Pedro de Aguilar (Málaga, 1600); como el *Resumen de la verdadera destreza en el manejo de la espada*, de D. Gómez Arias de Porras (Salamanca, sin año); como el *Origen y dignidad de la caza*, del balletero Juan Mateos (Madrid, 1634); como el *Discurso sobre el uso de los coches*, de Luis Brochero (Sevilla, 1626); como el *Memorial en detestación de los grandes abusos en los trajes y adornos nuevamente introducidos en España*, de Alonso Carranza (Madrid, 1636); como la *Geometría y trazas pertenecientes al oficio de sastre*, de Martín de Andújar (Madrid, 1640), ó como el *Diálogo de la pintura*, de Vicente Carducho (Madrid, 1633). En uno de estos grupos, opulen-

tos en ejemplares varios y preciosos, como todo el contenido de la biblioteca en sí, aparecen los libros de materias militares, y éstos sí que correspondían de lleno en lleno al espíritu y á las ideas de su fundador. Como estadista Cánovas, uno de los estudios á que se consagró con más fe en el curso de su vida fué al de las condiciones morales y técnicas del soldado español. No le bastaba que estas cualidades se hicieran patentes en las relaciones monográficas ó en las historias generales en que se describían las grandes empresas y las grandes batallas en que durante toda su larga historia se desarrolla en el mundo la acción militar de España. Era preciso que con los dogmas científicos y los decálogos prácticos de la guerra, los que, después de haberlos mandado y conocido inmediatamente, escribieron sobre el conjunto del arte militar en general y sobre las cualidades del soldado español en particular, ilustraran la opinión de los estudiosos sobre semejantes materias. En todos los escritos de Cánovas dejó conocer la importancia que daba á esta parte tan importante de nuestra constitución nacional, y el cuerpo de libros que reunió para la utilidad de estos estudios constituía una de las secciones más interesantes de su copiosa colección bibliográfica. El *Libro de justas*, impreso en Valencia en 1493, era de los primeros que se consideraban en ella como la base de todos los demás. Venía después el de la *Batalla de dos*, que lleva la fecha de 1542, y salió de las prensas de Sevilla, aunque de 1536 era el *Tractatus de re militare*, que era una de las joyas de la antigüedad sobre la materia. Mosén Diego de Valera, el cronista de la Reina Católica, venía después con sus *Diversas fazañas* y su *Tractado de los riep-tos y desafíos*, y á seguida el eminente jurista y doctor Palacios Rubios con su *Tractado del esfuerzo bélico heroico* y con su *Tractado del duelo*, impreso en 1525, Villasante.

El primer libro formal en esta biblioteca que ya entra en el rango de la ciencia y del arte moderno militar es el *Diálogo de la verdadera honra militar*, de D. Hierónimo de Urrea, editado en Venecia en 1566. De ciencia militar es también la

Phylosophia y destreza de las armas, que Jerónimo Carranza publicó en Sanlúcar de Barrameda en 1569. Esta ciencia se dilata en el que el capitán Jerónimo de Contreras dió á conocer en Zaragoza en 1572 con el título de *Dechado de varios sujetos*, y con el del coronel Francisco Verdugo de sus *Comentarios de la guerra de Frisia*, con los cuales el arte avanza en la crítica y en la preceptiva, que el maestre de campo don Sancho de Londoño hizo más prácticos en su *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar á mejor y más antiguo estado*, libro que se imprimió en Bruselas en 1589. Con todo, aunque de 1590 es el libro de *El perfecto capitán y nueva ciencia de artillería*, impreso en Madrid por D. Diego de Alava y Beaumont, la biblioteca poseía la obra del capitán Marcos de Isaba *Cuerpo enfermo de la milicia española*, publicada también en Madrid en 1594, al cual Cánovas en todos sus estudios, y principalmente en su *Bosquejo histórico de la casa de Austria*, atribuyó una especial importancia. Desde esta fecha informaba siempre la brillantez de sus estudios histórico-militares la autoridad del capitán Martín de Eguiluz en su libro *Milicia, discursos y regla militar* (Amberes, 1595); los *Diálogos de arte militar*, de Bernardino de Escalante (Bruselas, 1595); la *Teórica y práctica de fortificación*, del capitán Cristóbal de Rojas (Bruselas, 1598), y el *Examen de fortificación*, de D. Diego González de Medina Barba, edición de Madrid de 1599. La miscelánea de obras militares que juntó desde esta época tiene singular importancia, y aunque aquí no se pueda hacer un catálogo de toda su bibliografía militar, apuntaremos, sin embargo, como obras de técnica, el *Discurso sobre la carrera de la lanza*, del hidalgo montañés D. Diego Silvestre (Nápoles, 1602); el *Discurso en que se trata del cargo de maestre de campo general y de todo lo que en derecho le toca al ejército*, del capitán Cristóbal Lechuga (Milán, 1603); el *Discurso en que el mismo autor trata de la artillería* (Milán, 1611); los *Preceptos militares: orden y formación de escuadrones*, del capitán D. Miguel Pérez de Exea (Madrid, 1632); el *Destierro de*

ignorancias de todo género de soldados de infantería, del capitán Antonio Gallo (Madrid, 1639); la traducción del *Gobierno de la caballería ligera*, del conde Jorge Barta, hecha por el capitán Pedro Pardo de Rivadeneyra é impresa en Madrid en 1641; el *Arte militar deducido de sus principios fundamentales*, de D. Carlos Bonieres (Zaragoza, 1644); del mismo año y lugar de impresión, el *Tratado de escuadrones*, del capitán y sargento mayor D. Miguel Lorente y Bravo; el tratado de las *Levas de gente de guerra y su empleo en todas las facciones militares*, del capitán de corazas españolas D. Diego Henríquez de Villegas (Madrid, 1647), el mismo que en 1651 dió también á la estampa en Madrid su *Academia de fortificación de plazas y modo de fortificar una plaza real*; el *Perfecto artillero teórico y práctico*, de Julio César Ferrufino (Madrid, 1648); las *Prendas del soldado magnánimo*, del conde de Torrejón, D. Alvaro Pizarro de Carvajal (Toledo, 1649); la *Arquitectura militar y fortificación moderna*, del capitán Manuel Fernández de Villarreal (París, 1649); el *Tratado militar, en el cual se enseña cómo se deben formar cinco fortísimos escuadrones*, del capitán Juan de Medina (Milán, 1650); el *Epítome de fortificación*, del teniente de maestro de campo D. Alonso de Zepeda y Adrada (Bruselas, 1669); los *Rudimentos geométricos militares*, de D. Sebastián Fernández de Medrano (Bruselas, 1677), y la *Política y mecánica militar para sargento mayor de tercio*, del maestro de campo D. Francisco Dávila Orejón y Gastón (Bruselas, 1684), con quien puede cerrarse todo el gran ciclo teórico militar de España del siglo de los Austrias.

Sin que pueda colegirse por estas nóminas escuetas de libros, cuya importancia se revela por los nombres que los autorizan y por las materias que entrañan, que aquí queda hecha una puntual descripción de la biblioteca que acaba de dispersarse, porque es imposible entresacar á la ligera todo lo de gran valor y mérito que atesoraba aquel arsenal ya perdido de treinta mil volúmenes, basta con lo expuesto, sin embargo, para poder formar una idea de la condición del hombre que la

creó y fomentó día por día durante cerca de medio siglo, haciendo reflejar en ella el sentido ético y científico con que la organizó. No es costumbre entre nosotros, sobre todo desde que prevalece el sistema representativo y los Gobiernos y los partidos se forman por las indicaciones de la opinión, que los que consagran su vida desde la primera edad á la carrera política, en la que se hallan los supremos puestos directivos del poder, fortalezcan sus ideas, sus pensamientos y sus mismos planes de ejecución con esta labor asidua que exige el acopio, la valoración y la lectura de los libros en cuyas páginas están las altas inspiraciones de todo acierto en misión de tanta trascendencia y responsabilidad. Desgraciadamente, los estadistas que, como Cánovas, todo lo sacrificaron á la tenaz deliberación de dotar las capacidades de que estaba adornado por la Naturaleza, del auxilio de estas fuerzas poderosas que da el conocimiento profundo de cada una de las materias que debe dominar el que ha de imprimir dirección á las cosas menudas del día y á los arduos problemas que llegan hasta la posteridad, son en nuestro país tan contados en número, que cuando una individualidad llega á distinguirse por estos caracteres, puede formar en torno de sí una leyenda, como la leyenda de Cánovas y su biblioteca prosperó entre sus contemporáneos y traspasará los horizontes del porvenir. Y hay razón para que esa leyenda se sostenga como una realidad efectiva. Aquellos treinta mil volúmenes que la constancia de cincuenta años llegó á atesorar, no eran la biblioteca del coleccionador sistemático que acopia y acopia libros, ó por la satisfacción de poseer más que ningún otro, ó por la de recrearse en tener los que por su rareza no son accesibles á todos. Pero una biblioteca exclusivamente formada para la ilustración continua de toda la vasta materia que constituye prácticamente la incesante atención y labor de un hombre de Estado, es un hecho que aunque debiera ser común á los que, como Cánovas, dedican toda su vida á este objeto, no sienten como él la necesidad de hallarse intruído profundamente en todo, sin tener que acudir á las inspira-

ciones improvisadas del genio ó del acaso. Uno de sus herederos y de mis mejores amigos ha tenido la bondad de regalarme uno de los libros de aquella biblioteca. ¿Qué lo constituye? Una colección de *Manifiestos á la Nación* desde el de 27 de Mayo de 1834 para la elección de los procuradores á Cortes, cuando Martínez de la Rosa fundó el régimen del Estatuto Real, hasta el que el 9 de Enero de 1876 firmaron todas las representaciones del partido que acababa de hacer la Restauración, invitando á todos los demás partidos á la colaboración de la legalidad común, por medio de una Constitución definitiva, que ha sido el principio de la feliz concordia que existe, tras un siglo de acalorados odios y exclusivismos políticos, en el régimen que han simbolizado ó simbolizan Alfonso XII, la regencia de Doña María Cristina y Alfonso XIII. Es una colección de setenta y nueve documentos, todos originales. Como estos *Manifiestos*, en la biblioteca de Cánovas se hallaban coleccionados todos los documentos que eran propios de la eminencia del poder que por tanto tiempo y con tan ópimos frutos para la paz de la patria y la consolidación de las instituciones ejerció. Este solo hecho bastaría para caracterizar al hombre por sus libros. Mas hay que decirlo sin rebozo: los que no se instruyen como Cánovas en las ciencias de la patria, no pueden aspirar á los aciertos de gobierno que él alcanzó. Por eso, en problemas que han acabado de empequeñecernos, España ha sufrido tantos últimos infortunios. ¡Dios quiera que en los que restan prevalezcan otros aciertos!

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

MEMORIAS DE UN HUÉRFANO

CUARTA PARTE

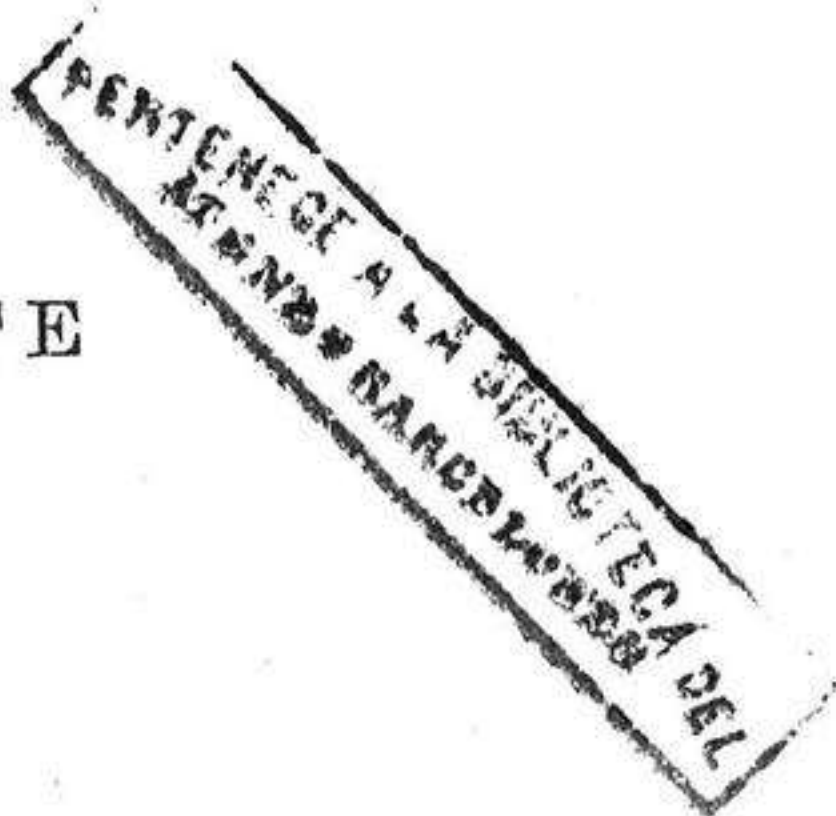
La edad madura.

El señor Chamblay permaneció inquebrantable en su resolución. El día de nuestra boda nos acompañó á la alcaldía y á la iglesia; después nos dejó, y ni los ruegos ni súplicas de Clara, ni mis vivas instancias, pudieron determinarle á entrar en nuestra casa.

—No, no—dijo con fría causticidad:—sois ambos para mí demasiado listos y expeditivos. En un instante, mientras que yo dormitaba bajo la custodia de la vigilante Betsy, arreglasteis vuestros asuntos con singular presteza. A mi edad no se las arregla uno tan de prisa. Y ya veis, todo ha terminado. Yo no quiero ya nada, absolutamente nada que se parezca, por poco que sea, á un lazo ó á un afecto; no quiero ya ocuparme de nadie, y deseo que nadie se ocupe de mí. Adiós. No os creáis obligados á venir á verme ni á enteraros de lo que es de mí. Sería trabajo perdido. Os he entregado mis cuentas de tutela y el dinero que os pertenece. Nada, por lo tanto, tenéis ya que pedirme. Adiós.

Al decir estas palabras, nos hizo un ligero saludo con la mano y se fué.

Clara se quedó en la puerta de la iglesia con el corazón affi-



gido por esta última escena, y siguió tristemente con la mirada á su tío, que se alejó sin volver ni una sola vez la cabeza.

—Tranquilízate—le dije estrechándole una mano;—llegará un día en que, con la ayuda de Dios, le convenceremos.

Con una de sus dulces miradas me dió ella las gracias por la esperanza que trataba de infundirle, y se acercó á nuestros invitados, quienes, al ver que el señor Chamblay nos hablaba con tono un poco brusco, se habían apartado discretamente.

Nuestros invitados eran: Guillermo, su mujer y los padres de ésta. Nuestra boda no era animada y ruidosa como la que ellos celebraron en Bougival. No teníamos ni acompañamiento numeroso, ni baile, ni música. Nos casábamos como dos huérfanos. Pero aquellas buenas gentes se sentaban de buen grado á nuestra mesa, y parecían muy satisfechos de nuestra acogida.

Después del almuerzo, Guillermo se asomó á un balcón para fumar libremente su pipa, y me llamó á su lado. Deseaba también hablar libremente conmigo. Me expresó con solícita cordialidad la alegría que sentía por mi matrimonio, y luego añadió que mi felicidad me imponía grandes deberes.

En la mañana de aquel mismo día solemne recibí una carta, en la que análogos testimonios de simpatía se unían á semejantes consejos: una carta del señor Layronnet, á quien escribí rogándole que asistiera á mi boda.

«Los niños—me decía—tienen, como las mujeres, una facultad de presentimientos que parece de adivinación, sin duda porque sus órganos más delicados tienen impresiones más sutiles, y porque su espíritu, como es más puro, es, por lo tanto, más luminoso. En la penumbra de mi vejez te consideraba aún como un niño cuando marchaste á París. Lamentaba no haberte podido retener, y temblaba al pensar en los peligros de toda especie á los que estabas expuesto en esa ciudad; sin embargo, fuiste á ella resueltamente; tenías como una vaga previsión de la felicidad que te esperaba. Bien hubiera querido

asistir á tu boda. Si se hubiese celebrado hace tres semanas, me habría puesto inmediatamente en camino, y á fe que creo que lo mismo en la mesa que en el baile, con mi pelo blanco y todo, no hubiera sido uno de los invitados menos alegres. Pero ahora no hay que pensar en festines ni en bailoteos. Estoy condenado á régimen y clavado en una butaca á causa de la gota. Mi hermana, con sus neuralgias, no está más animosa que yo. Aquí nos tienes dedicados á cuidarnos como dos pobres viejos, y á consolarnos uno á otro. Lo que más me apura es el no poder salir. En estos hermosos días de verano, me parece que los bosques, las viñas, las ondas de nuestro río y de nuestras cascadas, la golondrina que revolotea en torno del viejo Monstier, la abeja que zumba en el jardín, el lagarto que se calienta al sol, el insecto que trepa por una hierbecilla, me llaman de afuera, y envidio la suerte del pastorcillo que de la mañana á la noche pasea su ganado por las colinas. Cuando llegue mi última hora, no me será difícil despedirme de muchas cosas; pero lo que es triste es el adiós de esos bellos y grandes escenarios que no se cansa uno de contemplar.

»Y ahora, amigo mío, permítame que hable de ti. *Cada edad tiene sus placeres*, y el placer de los viejos es considerarse como pilotos que conocen los pasos difíciles, los escollos, las rompientes, los bancos de arena peligrosos, y experimentan cierto orgullo en mostrar su ciencia á los jóvenes pilotos. Tú sabes más que yo en muchas cosas; pero como he vivido más tiempo que tú, creo realizar un acto de buena amistad al darte algunos consejos.

»Te ves rico, hijo mío, y lo que es más raro, te ves dichoso. La felicidad puede cegarnos, y la fortuna es un instrumento bastante peligroso. Tal como te conozco, juraría que no te harás avaro. ¡Ah! ¡qué miserable es el avaro! ¿No es una de las cosas más tristes que se puedan ver en este mundo?

»Pero si no se es avaro, tampoco hay que ser pródigo. Por la pendiente de la felicidad se puede uno dejar arrastrar mucho más de lo que se quisiera. De impulso en impulso, de caída en

caída, se puede llegar á comprometer la independencia, á perder el reposo, á arriesgar la dignidad y el honor.

»La fortuna no se le concede á uno para sepultarla en una cueva ó dispersarla locamente, según los vanos caprichos. La fortuna no es dón gratuito; es un depósito que la Providencia nos ha confiado. Debemos usar de él sabiamente; debemos merecer el bienestar que nos procura empleándola en hacer el bien, y con esto experimentaremos además otras nobles satisfacciones.

»Adiós, amigo mío; disfruta de tu felicidad pensando en tu digna abuela, que tanto hubiera gozado al ver cumplidos los votos que por ti hacía. Ten la bondad de ofrecer mis respetos á tu mujer, y dile, si es posible, algo bueno de mí, para que cuando la traigas por aquí no se asuste al ver el viejo enfermo de la linda aldea de Monthier.»

Leí esta carta á Clara, que la gustó mucho.

—¡Ah!—dijo,—los cariñosos sentimientos que inspira el prójimo hacen olvidar las propias penas; mediante esta efusión de bondad se mantiene la vida del corazón. ¡Qué dulce es la voluntad de Dios que nos ordena amar! El cumplimiento de esta ley es para nosotros una bendición. ¡Qué desgraciado es mi pobre tío!... Pero espero, como tú, que le convertiremos.

*
*
*

Clara y yo nos prometimos seguir los cuerdos consejos de nuestro venerable amigo, y ella no podía faltar á ninguno de sus compromisos. Yo fuí el que delinquí. Yo fuí el cegado por la fortuna y el engañado por locas fantasías.

Al cavar en el suelo á cierta profundidad, el jardinero descubre á veces simientes de plantas cuya existencia ignoraba, y que germinan y se desarrollan por la acción del aire y de la luz, de los que hasta entonces estuvieron privados. Así se manifestaron en mí gérmenes de ideas de lujo, de las que no había tenido sino de vez en cuando un ligero indicio.

Cuando el señor Chamblay me entregó la dote de Clara,

creí tener en mis manos un tesoro inagotable, y no lo tomé para enterrarlo, para sustraerlo á todas las miradas. No; como el señor Layronnet lo había muy bien adivinado, yo no había de ser avaro, sino pródigo.

En el deslumbramiento de mi imaginación, en mi ignorancia de las cosas reales de la vida, empecé por alquilar el primer piso de una gran casa del muelle Voltaire, y encargué, sin discutir el precio, un mobiliario completo. Es para Clara, me dije, y para ella no hay nada demasiado bueno. Para ella también organicé excursiones al campo y partidas de espectáculo; para ella iba á las tiendas de moda, y traía en triunfo ya un encaje, ya una sortija, un camafeo, un cofrecillo. Tampoco ella conocía el valor del dinero, y se reía como una niña de lo que llamaba mis locuras, sin sospechar el desastre al que puede uno ser arrastrado por estas inocentes locuras.

Poco á poco fuí realizando otras compras, no ya solamente para Clara, sino para mí: un libro de lujo, bronce antiguos, grabados y cuadros. Después de haber estado durante tanto tiempo penosamente sometido á un régimen de economías, experimentaba á cada instante en mi nueva existencia algunos nuevos deseos, como el viajero que después de haber caminado por senderos solitarios al través de una región árida, llega á una alegre y fértil comarca.

El verdaderamente rico es el que conserva una justa moderación en sus gastos. El pobre es el que se abandona sin restricción á sus caprichos. Nuestros deseos se multiplican con la facilidad que encontramos en realizarlos. A los gustos serios suceden pronto los caprichos frívolos, y así es como viene la ruina ó se cae en el morboso tedio de la saciedad.

Al vanidoso placer de amueblar lujosamente mi casa, no tardé en querer unir el de enseñarla. ¡Ah! Nuestra frágil naturaleza humana está expuesta á toda suerte de embriagueces, y yo, el tímido huérfano de la Doye, el discreto colegial de Besanzon, tuve la embriaguez del dinero. Tuve visitantes solícitos, convidados obsequiosos, cortesanos y lisonjeros que

E. M.—*Octubre 1907.*

parecían atraídos hacia mí por una irresistible simpatía, y que un día partieron á la vez como una bandada de pájaros sorprendidos y asustados en la calma de su retiro por un disparo de fusil.

No quiero inscribir sus nombres en estas notas, ni quejarme de su huída un tanto precipitada. ¿Para qué había de acusarles? No me debían nada más de lo que me concedieron. Yo era cortés con ellos, y ellos se mostraban muy complacientes conmigo. Les daba liberalmente de comer, y me alababan liberalmente también; prestábales á veces algunos servicios, y me daban las gracias de la manera más cordial. Si me dijeron demasiado que mis bocetos revelaban un gran talento y mis conversaciones una rara instrucción, fué porque mi vanidad les animaba á ello; si á veces pensé que podía creer en su amistad, fué por mi culpa: hubiera debido saber que la amistad, esa noble flor de los sentimientos generosos y depurados, no puede nacer de ligeras relaciones formadas por casualidad, mantenidas por el amor propio y por un deseo de distracción.

En realidad, mis visitantes eran alegres y buenos muchachos á quienes mi casa agradaba, y que, sin duda, no hubiesen dejado de visitarla de no haber ésta sufrido un repentino trastorno.

Entre aquéllos debo anotar á Aquiles de Vernois. No le había vuelto á ver desde la noche en que le anuncié la inutilidad de sus tentativas matrimoniales en casa del señor Chamblay. Un día me encontró dando yo el brazo á Clara. Se puso el monoclo, miró atentamente y nos saludó. Al día siguiente se presentó en mi casa con su desenvoltura habitual.

—Confieso—dijo—mi error: estaba enojado con usted, creyendo que me había hecho traición. Hubiera debido advertir que Clara no sentía ninguna inclinación por mí, y sí por usted. Ahora estoy consolado. La idea de casarme con esa amable joven me sonreía bastante... Pequeña boda, sin embargo... relativamente con mi situación. La señora Schlanglenglatt me prepara una que será mucho más ventajosa. Así, pues,

amigo Max, ya ve usted que todo va bien, en el mejor de los mundos posibles, como dijo el doctor Pangloss.

Y diciendo esto, me tendió la mano. Le dí la mía, y por vanidad, para que viera mi vajilla, le invité á comer. Aceptó.

—¿Y el señor Chamblay?—le pregunté.—¿Sigue usted yendo á su casa?

—No me hable usted del señor Chamblay—me contestó.—Está más sombrío y más misántropo que nunca. La última vez que le vi me anunció que, para no dejar ninguna esperanza de herencia á su sobrina, iba á realizar toda su fortuna. Añadió que pensaba emplearla estableciendo premios para los escritores que en disertaciones históricas ó comedias presenten el mejor cuadro de los crímenes, de los vicios ó, cuando menos, de las ridiculeces de la sociedad. ¿Qué hacer con un hombre que tiene semejantes ideas? Decididamente, está loco. No volveré á verle.

—Es un desgraciado. Su sobrina iría á verle muy gustosa si no le hubiera cerrado la puerta de su casa. Mi mujer espera que cambiará. Pero ¿cómo un hombre al que recuerdo haber visto en la Doye tan vivo, tan animado y un poco cáustico, ha caído en semejante marasmo? He aquí lo que no puedo comprender.

—Sueños de ambición frustrados y, si estoy bien informado, una decepción amorosa en una edad en la que estas decepciones son tanto más crueles, cuanto que no se puede volver á empezar á amar. Miss Betsy, que, entre paréntesis, y no se enoje, le detestaba á usted y me protegía, me contó que á los cincuenta años el señor Chamblay se apasionó de una mujer, con la que contaba casarse, y que le arrebató uno de sus amigos íntimos. ¡Ah, las mujeres, amigo mío! las mujeres son unos diabólicos angelillos, á los que no se puede por menos de cortejar, pero entre cuyas finas redes no hay que dejarse enredar. Yo las adoro y las domino. He aquí lo razonable; ahora mismo voy á visitar á una linda paloma que no se atre-

vería á dar un paso sin mi permiso... Hasta luego, amigo mío.
¿A qué hora come usted?

—A las seis y media.

—Muy buena hora... Lo que he visto de su casa me parece bastante bien puesto. Sin embargo, algunos menos libros en esa mesa y un poco más de dorado en los cuadros estaría mejor. Mire usted: no hay que hacer caso de la hipocresía de ciertas gentes que, para consolarse de su penuria, afirman en tono sentencioso que las personas distinguidas se señalan por su sencillez. Yo entiendo, por el contrario, que el oro es el primer signo de distinción. Los ingleses, que son esencialmente prácticos, tienen el mismo sentimiento. Cuando enumeran la cifra de una fortuna, no dicen, como nosotros: «Ese hombre tiene un millón», lo que no implica ninguna idea filosófica; dicen: «Ese hombre vale un millón» (1), lo que es mucho más significativo. Tengamos presente esta expresión, y procuremos valer muchos millones.

Clara recibió á su antiguo pretendiente con la serena afabilidad y la graciosa dignidad que imponían respeto á cuantos la veían. A partir de entonces, el señor de Vernois me favoreció frecuentemente con sus visitas. Muy ridículo me parecía por su fatuidad, y á menudo me impacientaban sus fanfarronadas; pero, sin embargo, no era malo, después de todo, y varios de los concurrentes á mi casa, al oírle constantemente hablar de los suntuosos salones que frecuentaba, de los grandes negocios en que se ocupaba, le miraban como á un personaje y le demostraban una marcada deferencia. Así es como en el mundo las gentes que no dudan de nada obtienen á menudo, por sus defectos, mayores atenciones que otros por sus buenas cualidades.

También Guillermo vino á verme. Pero se mostró desagradablemente sorprendido ante el lujo de mi instalación, y con

(1) *This man is worth one million*, expresión generalmente usada en Inglaterra y en América.

tono grave, aunque amistoso, me hizo observaciones que me mortificaron un poco, probablemente porque me veía obligado á reconocer lo que tenían de justo.

«Hijos míos—decía á su yerno y á su hija una mujer de talento, una excelente madre,—si alguna vez, lo que Dios no quiera, se suscita entre vosotros algún disentimiento, no os preciéis demasiado el uno ó el otro de tener razón. Acordaos de que únicamente las censuras verdaderas son las que nos hieren. Las otras no producen, ni con mucho, la misma impresión.»

—Querido Max—me dijo Guillermo,—temo que uses algo imprudentemente de tu fortuna. Háblase á menudo de los peligros del dinero. Y sobre todo es muy peligroso el que no es el fruto de un paciente trabajo, el que no ha sido honradamente ganado por nosotros mismos ó para el que no estamos suficientemente preparados y nos llega de repente por un imprevisto acontecimiento. «Se necesitan buenas piernas—dice un proverbio oriental—para soportar un triunfo.» Y es verdad. ¡Cuántos hombres se han visto que, habiendo conservado una firme y noble actitud en la adversidad, experimentan una especie de vértigo por una felicidad súbita, por una fortuna inesperada!

Todo esto era, sin duda, muy justo. Por desgracia, el lenguaje de mis nuevos amigos me había dado ya cierta idea de mi importancia, y me pareció que Guillermo me trataba demasiado como á un pequeño Telémaco.

Algún tiempo después volvió á la hora de comer. Le invité á que se quedase con nosotros, pero débilmente. Precisamente para aquel día había yo organizado una bonita reunión, y de un momento á otro esperaba á mis invitados: un consejero de Estado, un oficial de Estado Mayor, un abogado que acababa de empezar en un ruidoso proceso, dos dibujantes que afirmaban que ni un artista de profesión dibujaba mejor que yo, un periodista que estaba empeñado en que me presentara diputado en las próximas elecciones y me prometía su decidido apo-

yo, un poeta que me dedicaba un tomo de poesías; todo esto joven, vivo, espiritual, brillante. Guillermo no tenía la menor relación con semejante sociedad, y yo comprendía que me sentiría molesto si aceptaba mi tímida invitación. Sí, es preciso que lo confiese con vergüenza: en aquel momento el honrado, el fiel, el laborioso, el excelente Guillermo me parecía vulgar.

¿Qué dirían mis invitados si les presentaba á aquel hombre de manos rudas, no enguantadas; de traje tosco, mal cortado; de modales poco selectos y de lenguaje en general poco florido? Guillermo había visto, al pasar, los preparativos que los criados hacían en el comedor. Era perspicaz, y adivinó lo que yo no quería confesarle; era digno, y le hirió justamente mi actitud. Me dejó, y no me atreví á retenerle. ¡Qué ingrato y qué cobarde fui! ¡Cuánto daño se puede hacer por debilidad de carácter y por vanidad!

*
* *

¡Tonta vanidad de la fortuna! El capital de 500.000 francos que me había perturbado el cerebro no era, sin embargo, una mina de Potosí ni una vena de oro inagotable. Los tapiceros, los mueblistas y los anticuarios me lo hicieron ver. Comprando á tontas y á locas, con una ligereza de niño, agoté prontamente el dinero contante que el señor Chamblay me entregó con los títulos de rentas de Clara. Compré en seguida, con la misma facilidad, á crédito. No había comerciante que no se apresurase á enviarme lo que le pidiera, y que no pareciera muy honrado con mi confianza. Solamente que yo me olvidaba de la deuda contraída, y aquellos buenos sujetos se acordaban de ella. No tardó en llegarme una primera factura; después, una segunda; luego se presentó un dependiente que deseaba entregarme una tercera, ante el temor—dijo—de que se hubieran perdido las otras dos; á continuación vino otro dependiente ó el dueño mismo, al principio humilde y cortés, en seguida más atrevido y más apremiante, por fin exigente, altivo, grosero. Recordé entonces lo que el señor Layronnet me había dicho: que por la prodigalidad se llegaba á comprome-

ter la independencia, á exponer el honor. Cuando no tenía para vivir sino mi modesto sueldo de 150 francos al mes, nadie tenía que dirigirme la menor reclamación, y los habitantes de mi casa, y los vecinos, y los tenderos del barrio eran muy corteses conmigo. Ya rico, veía á gentes que entraban en mi despacho con el sombrero puesto, pronunciando palabrotas, amenazando con perseguirme judicialmente, y veíame obligado á sufrir sus impertinencias, á calmar su cólera y á pedirles, como una gracia, un nuevo plazo.

Lo que temía sobre todas las cosas era que aquellas humillantes escenas llegasen á oídos de Clara, y estaba obligado á guardar con ella un secreto, á disimular, y á menudo, ¡oh vergüenza!, hasta mentir.

¡Pobre niña! ¡Qué confianza tenía en mí! ¡Qué encanto en su ingenuidad! ¡Qué dulzura en su ternura!

Huérfana desde su temprana edad, tenía en el corazón un manantial de afección largo tiempo contenido, que brotaba jubiloso. Sometida muy joven á las rígidas costumbres y á la fría autoridad de su tío, fué humilde y sumisa, y continúa lo mismo en su vida conyugal, en la que fácilmente podría gobernar y mandar.

Precisamente esta dulzura y esta humildad me hacían temer que se enterase de cosas que la inquietarían ó la afligirían, y á pesar de este temor, yo, que no estaba gobernado y que tanta necesidad tendría de estarlo, continuaba, por debilidad, dejándome arrastrar á gastos superfluos, y á aumentar la cifra de mis deudas.

En medio de mis apuros pecuniarios, un día Vernois me propuso comprar por mi cuenta nuevas acciones de ferrocarril, que debían, á lo que dijo, subir rápidamente. Me negué, porque experimentaba instintivamente una gran repugnancia por todo lo que se refiera á una especulación de Bolsa. Vernois insistió. Afirmó que la operación á la que quería asociarme era el negocio más sencillo, que no me exponía á ningún riesgo y que, ciertamente, me produciría un notable be-

neficio. Insistió de tal manera y se mostró tan seguro de su combinación, que concluyó por convencerme. Le dí la orden que pedía. A los quince días se realizaron, en efecto, sus previsiones, y él mismo me trajo, con aire triunfante, una suma de 6.000 francos que gané sin el menor trabajo. ¿Qué fascinación no ha de ejercer ese juego tan fácil, que puede producir en un instante ganancias tan enormes?

Mis 6.000 francos me sirvieron para pagar á dos de mis más rudos acreedores y calmar á otros con cantidades á cuenta. Recobré con esto un poco de tranquilidad de espíritu, y mientras que gozaba de este descanso temporal, que me parecía una bendición, esperaba otra verdadera, deliciosa, celeste bendición. Esperaba, de un día á otro, el nacimiento de un hijo. Y he aquí que llegó aquel sér tan deseado, aquel tierno pajarillo, aquel querido tesoro. Era una niña. Su madre la estrechó contra su seno, en un éxtasis de felicidad. Yo la miraba como una maravilla, y no me cansaba de contemplarla; y le dirigía largos discursos, como si pudiera entenderlos. Era un poco delicada y débil. Pero no dudaba de que se pondría fuerte y hermosa, y ya, con mi perpetua inclinación al ensueño, me deleitaba en construir para ella nuevos castillos de naipes.

En la alegría de su alma, Clara quiso hacer una nueva tentativa de afección con el señor Chamblay: le escribió para anunciarle el nacimiento de la niña, y le preguntó si quería ser el padrino. Ni siquiera contestó el salvaje oso blanco, el implacable misántropo. Morier, el ilustre viajero inglés, cuenta que ha visto en Persia estanques cuya agua, al principio límpida y corriente, se estanca y ennegrece luego, se espesa, se endurece, se petrifica gradualmente y concluye por transformarse en un mármol compacto. ¿No hay en el mundo viviente de los humanos más de un ejemplo de semejante fenómeno? ¿No hay hombres cuyo corazón ha tenido su movimiento, su acción, su luz, y poco á poco se osifica y se pone duro y frío como el mármol?

El increíble rigor del señor Chamblay no nos impidió ce-

lebrar alegremente el bautizo de Blanca. Así se llama nuestra palomita. Por ella hice nuevas prodigalidades. Su madre le había preparado cuidadosamente, durante varios meses, la canastilla. Pero aquella canastilla no me parecía ni bastante completa ni bastante rica. Quería que Blanca tuviese las mejores galas. Quería que su cuna fuese como un nido de colibrí, y su cuartito como una bombonera. Urgíame oírla hablar, verla andar, y mucho antes de que pudiera articular una sílaba y tenerse en pie, le compré abecedarios adornados con lindos grabados, muñecas espléndidamente vestidas y casitas rodeadas de bosques fantásticos.

Sin embargo, no se desarrollaba nada. Era realmente de una constitución débil, que exigía los mayores cuidados. Clara no la dejaba. Apenas si se decide de vez en cuando á sentarse á la mesa con mis amigos. Yo cometía una imprudencia al admitir en mi intimidad á jóvenes cuyo carácter me era desconocido. Gracias á Dios, no conocí el peligro á que me exponía. Por sus gracias y su amenidad, Clara encantaba á todos cuantos la veían; por su inocencia y su pureza, imponía respeto á todos.

Con aquella noble mujer, con la fortuna que me había aportado, con mi afición á estudiar, hubiera podido ser completamente feliz, si no me habiese entregado á un loco aturdimiento, si hubiera medido discretamente mis gastos, en vez de vivir á toda costa en una absurda ostentación.

Vernois me había hecho realizar con él otras operaciones menos brillantes que la primera, pero bastante fructuosas. Ayudábame á pagar algunas deudas, y desgraciadamente me animaban á contraer otras. A menos de ser uno muy inclinado á la economía, no se aprecia nada, por lo general, el dinero tan fácilmente ganado. Empecé á familiarizarme con esas jugadas de Bolsa que tan peligrosas me parecían antes, y aunque Vernois seguía siendo tan ridículamente fatuo y presuntuoso, experimentaba por él cierta consideración, porque me parecía más hábil de lo que supuse al principio. Observé tam-

bién que á veces se mostraba un poco preocupado, y que hablaba menos de la señora de Schlangenglatt, del marqués de las Arenas y de sus otros brillantes amigos de Grecia y América, lo que me hacía pensar que se ocupaba más en sus negocios.

Un día que estábamos solos en mi despacho, después de comer, me dijo, mientras que fumaba con aire indolente su cigarro:

—¿No se le ha ocurrido á usted nunca que podría muy fácilmente ser más rico de lo que es?

—¿De qué manera?

—Muy sencillo. ¿No tiene usted toda su fortuna en rentas del Estado?

—Sí.

—Pues bien: tal vez sabrá usted que la renta se encuentra actualmente á un precio muy elevado, mientras que las acciones industriales se cotizan, en comparación, bastante bajo. De suerte que, si vende usted papel al precio más alto y compra á un precio inferior acciones, que dan un cinco, un seis y hasta un siete por ciento, realiza usted una bonita operación, y aumenta usted su fortuna en una tercera parte, por lo menos.

—Es posible. Pero esas acciones de que me habla no presentan quizás la misma garantía que la renta.

—¿Por qué? Están garantizadas por establecimientos de una inmensa importancia. Su primer valor ha aumentado, y debe aumentar todavía por el continuo desarrollo del comercio y de la industria. Afortunados los que pudieron adquirir al precio de emisión acciones de Lyon ó del Norte. Si quieren hoy venderlas, pueden realizar un magnífico beneficio.

—También es posible. Pero le haré observar que lo que llama usted mi fortuna es únicamente la herencia de mi mujer, y no tengo el derecho de desnaturalizarla.

—¡Desnaturalizarla! ¡Vaya una palabra bien empleada! ¿Pero qué piensa usted? Si se le invitara á intentar una especulación incierta, á que pusiera sus fondos en empresas dudo-

sas, á correr un azar, como se dice, comprendería sus escrúpulos, y si pidiera usted mi parecer, trataría de hacerle desistir de semejante imprudencia. Lo que le propongo es muy distinto. Se trata sencillamente de cambiar una colocación muy segura, pero poco productiva, por otra no menos segura y más ventajosa. Al realizar esta operación, no compromete usted sus intereses; no puede usted tener ningún escrúpulo. Al contrario, puede usted decirse que cumple con un deber.

—¿Cómo así?

—¿Cree usted que el capital formado por el señor Miery le ha sido confiado á usted para que no se cuide más que de conservarlo íntegramente, sin tratar de aumentarlo? No, amigo mío; su deber de esposo y de padre es hacer que fructifique ese capital. El dinero no es una materia inerte y estéril sino para los que no quieren tomarse el trabajo de emplearle. En manos hábiles es el instrumento más manejable, más poderoso, más productivo.

—Ya sabe usted que no tengo ninguna intuición de estas cosas.

—Lo sé, y por eso es por lo que me permito indicarle una combinación en la que usted no hubiera pensado. Usted es de esos hombres cuya inteligencia se complace en sueños poéticos, y al que un amigo experimentado debe algunas veces ilustrar sobre las realidades de la vida. Si quiere usted, le presentaré el negocio que acabo de proponerle en una nota, tan explícita y tan clara que un niño la comprendería.

—Perfectamente.

A los pocos días Vernois me trajo una cuenta, que me pareció, en efecto, muy lúcida, y me demostró que, por aquella fácil especulación, aumentaba mi renta anual en más de 10.000 francos.

Al ver este resultado, experimenté, sin embargo, una turbación indefinible y una especie de temblor interior, como si me sintiera, á mi pesar, dominado por una tentación funesta, á la que debía resistir.

—¿Qué le parece?—me preguntó Vernois:

—Me parece bastante halagüeño. No puedo, sin embargo, decidir nada sin el consentimiento de mi mujer.

—Claro que no; tanto más, cuanto que los títulos están á su nombre, y no pueden ser vendidos sin su formal consentimiento. Pero tanto para ella como para usted, no puede haber en esto el menor motivo de vacilación. Vea usted lo que gana anualmente sin correr riesgo alguno, y piense que si hasta ahora sus rentas actuales no le han bastado, le bastarán menos todavía cuando tenga usted más gastos que hacer con el aumento de familia.

—Le agradezco sus buenas intenciones. Hablaré con Clara.

Como debía preverlo, la inocente Clara no tuvo nada que objetar al proyecto que le expuse con las cifras que Vernois me entregó.

—Tú harás, querido mío—me dijo,—lo que te parezca justo. Las mujeres me parece que no son nada aptas para inmiscuirse en estas cuestiones de negocios. En cuanto á mí, confieso con toda humildad que no entiendo nada de estas cosas. Antes de casarme, mi tío arreglaba por sí mismo todos mis asuntos, sin hablarme nunca de ellos. Solamente me habló una vez, cuando se determinó á vender la propiedad que mi padre poseía en la Doye. Esto me causó mucha pena, y recuerdo que lloré al pensar que ya no vería más la casa que tanto me gustaba. Pero mi tío dijo que era una locura conservarla, y con el dinero de la venta compró algunos de esos papeles grises que llamáis títulos de la renta. Si ahora quieres cambiar esos papeles por otros, no tengo ninguna razón para oponerme á ello. Vernois es á veces muy estafalarío por su vanidad, pero se ocupa mucho en todo lo que se refiere á la colocación de capitales. Debe entender de estas cosas, y no había de darte un mal consejo. Y si, lo que no puede suponer, tuviera ese mal pensamiento, seguramente que tú no te dejarías engañar. Así, pues, querido Max, haz lo que te parezca. Mira qué tranquilamente duerme en mis rodillas nuestra mo-

nísima Blanquita. Lo mismo que yo, tampoco entiende nada en cuestiones de dinero. Si la preguntara sobre este asunto y pudiera responderme, sin duda me diría que ella no entiende nada de negocios y que su padre es quien debe arreglarlos.

Vernois volvió, y me encontró completamente decidido á seguir sus consejos. Vendiéronse las rentas, y se compraron las acciones.

—Tiene usted suerte—me dijo mi activo negociador:—la semana próxima, sin más tardar, percibirá usted un respetable dividendo, y yo mismo se lo traeré para celebrar con usted el suceso.

Llegó, en efecto, el día indicado con un fajo de billetes de Banco, que me determinó en seguida á concederme una nueva satisfacción. Compré un coche y un caballo, tomé un cochero, y me fuí á pasear por los Campos Elíseos con mi querida Clara, que hasta entonces no había salido conmigo sino en coches de alquiler, y con Blanquita envuelta entre gasas y encajes como una princesita. A los seis meses recibí otro dividendo más importante aún que el primero.

Y á los dos meses de esto me encontraba completamente arruinado.

* * *

¡Arruinado totalmente! Arruinado, no por una de esas catástrofes que ninguna prudencia humana puede evitar y que inspiran un justo sentimiento de lástima; no por una de esas suntuosas locuras que dan por lo menos cierto esplendor á quien las comete. Arruinado tontamente por mi imprudencia y mi ignorancia. Y si yo fuera solamente el arruinado, mi desgracia fuera hartamente merecida. Pero ¿y aquella inocente mujer que con tanta confianza puso su suerte en mis manos? ¿y aquella niña que por su madre era rica, que por mí estaba condenada á la miseria; aquellos dos seres tan amados, de quienes yo debía ser el guía, el sostén, la alegría, y de los que era una plaga? ¡Oh Dios! ¡qué vergüenza y qué tortura!

Vernois se había escapado, y la policía estaba persiguién-

dole. He aquí lo que supe una mañana al leer tranquilamente mi periódico. Al principio pensé que se trataba de un error ó de una impostura. Parecíame imposible. Sin embargo, me vestí á escape, corrí á su casa, á su oficina, á todos los sitios en donde podían darme detalles del acontecimiento, y en todas partes me dí cuenta de mi imprevisión y mi estulticia.

Hacía cerca de un año que Vernois no tenía relación alguna con el agente de cambio del que me hablaba tan á menudo, y al que creía aún asociado. Hacía negocios por su propia cuenta; es decir, que jugaba de una manera desordenada á la Bolsa, unas veces con el dinero que había ganado, otras con el que obtenía de algunas personas crédulas. A veces le salían bien sus especulaciones, y entonces afirmaba su crédito pagando liberalmente á los que le habían confiado algunos capitales. Luego volvía á sus empresas y fracasaba, y entonces, como un hombre que se siente rodar al fondo de un precipicio trata de agarrarse á cuanto encuentra á mano, el infortunado Vernois trataba por todos los medios posibles de encontrar un punto de parada en su terrible pendiente. En diversas ocasiones recurrió á su padre; le engañó, unas veces engañándose á sí mismo, otras pérfidamente, á sabiendas, y le puso en los más graves compromisos. Por fin había sucumbido en una última crisis y arruinado á los que se le confiaron. Había huído, se ignoraba adónde, con una aventurera, una baronesa de Schlanguenglatt, su amante y cómplice. Algunos días antes de su fuga había vendido un número bastante considerable de acciones que sin duda no le pertenecían. Si la justicia lograba prenderle, ¿podría obtener de él alguna restitución? Era muy dudoso. Creíase en general que todo había desaparecido en el naufragio.

He aquí lo que me decían en todas partes. He aquí lo que me arrebatava toda esperanza. Porque las acciones que aquel desdichado me había hecho comprar las conservó en depósito, diciendo que las guardaba con las de sus otros clientes en una caja de caudales, en donde no podían ser robadas ni incen-

diadas. Yo no tenía más que un recibo, un inútil pedazo de papel, puesto que no podía hacer responsable de la estafa al antiguo asociado de mi fatal consejero ni dirigirme á Vernois padre, que también estaba en quiebra.

Pasé todo el día recogiendo en uno y otro lado estos tristes informes. Por el camino me encontré con el señor Chamblay, que me dirigió una de sus penetrantes y sarcásticas miradas. Probablemente sabía ya mi desastre aquel hombre despiadado y se reía de él. Me imaginé también que todos los transeuntes leían en mi cara la historia de mi caída, y no me atreví á pararme ante los almacenes donde debía dinero.

Por la noche me dirigí fatigado, abatido, hacia mi casa. ¿Cómo anunciar á Clara lo que acababa de ocurrir? ¿Cómo atreverme á besar á la querida niña, á la que acaba de arruinar? ¡Ah! Yo fui pobre, y no era digno de lástima. No tenía remordimientos. El remordimiento unido á la pobreza es la verdadera desgracia, es la roca de Sísifo.

Clara estaba en su cuarto y tenía en brazos á Blanca. Al verme entrar colocó á la niña en su camita, se acercó á mí, y mirándome con sus dulces ojos tranquilos y sin embargo un poco melancólicos, me dijo:

—Lo sé todo, Max. Sé por qué has salido esta mañana tan temprano y por qué vuelves ahora tan tarde. He leído el periódico que dejaste en tu mesa. ¿Es cierta la noticia que publica? ¿Se ha perdido todo? ¿No hay ninguna esperanza?

—Ninguna.

—Pues bien, hágase la voluntad de Dios. No te atribuyas á ti solo nuestra desgracia. Tampoco á mí se me ocurrió que había que desconfiar de Vernois. No te aflijas demasiado por nuestra pérdida. Hemos gozado de la fortuna; sabemos lo que es. Tal vez, mi querido Max, hubiéramos debido á veces disfrutar más cuerdamente de ella. ¿Debemos lamentar la pérdida de un bien del que no siempre hemos hecho el mejor empleo y que no hemos sabido conservar? La fortuna, por lo demás, no es para nosotros lo que debe ser para otros. No ha

ejercido ninguna influencia sobre nuestros sentimientos mutuos, y no ha sido la base de nuestro matrimonio. Tú no me buscaste porque era rica, y yo no te esquivé porque no lo fueses. No debemos, pues, nuestro verdadero elemento de felicidad, nuestra unión de corazón, á esa fortuna engañosa. La debemos solamente algunos placeres de vanidad, algunas satisfacciones materiales que no son absolutamente indispensables. Mira, Max: durante este largo día que he pasado aquí, sola, he pensado mucho en la situación que nos crea la fuga de nuestro pérfido depositario. He pedido á Dios que me ilumine. Creo que me ha iluminado, y sinceramente pienso que nos impone una prueba cuyo fin no podemos prever y de la que no podemos quejarnos prematuramente.

—Sin embargo, mi querida Clara, ¡un cambio tan repentino!

—Muy repentino, es verdad. Pero piensa que, en nuestra inexperiencia de la vida, esa fortuna podía arrastrarnos á algunos funestos errores ó enervarnos y destruir poco á poco en nosotros el sentimiento de los deberes serios. Piensa también que, como hoy, podíamos habernos visto privados de esa fortuna después de habernos habituado durante mucho tiempo á ella y en una edad en la que nos hubiera sido más difícil soportar esa privación, mientras que ahora, gracias á nuestra juventud, podemos crearnos otra existencia con gustos moderados, con hábitos de orden y de trabajo.

—¡Con el trabajo! Sí, esa es nuestra ley y nuestra salvación. Gracias. Eres un ángel de razón y de bondad.

—Soy la niñita que corría en otro tiempo tan alegremente contigo tras las libélulas por el valle de la Doye, que se ha convertido en mujer y en madre. Dame la mano, mi querido Max, y besa á Blanquita, que debe ser nuestra alegría. Mira qué apaciblemente descansa y cómo sonrío en su reposo. ¿No se diría que tiene un sueño celestial?

Y diciendo estas palabras, Clara puso su mano en la mía. Ambos nos inclinamos sobre el rostro de la niña, que era como

una flor abierta, y aquel día, que comenzó con una catástrofe, terminó con una bendición.

*
* *

Sí, el trabajo. Yo estaba muy apartado de él desde mi matrimonio. Por Clara, por Blanca, por mí, es de absoluta necesidad que vuelva á trabajar.

Después de las protestas de afección que tantas veces me habían hecho mis amigos, no era dudoso que me ayudarían para procurarme un empleo. También en esto me engañaba. Mis amigos sabían ya mi triste historia, y ni uno de ellos, debo hacerles esta justicia, se olvidó de dirigirme un hermoso discurso para demostrarme perentoriamente lo engañosas que son á menudo las apariencias y lo equivocado que estuve al fiarme de Vernois. En cuanto á los medios de remediar mi crítica situación, no era fácil—decían aquéllos—encontrarlos desde luego. Hay que buscar, hay que ver, hay que llamar á muchas puertas. Mis buenos amigos me secundarán, sin duda, muy afectuosamente, en cuanto se presente la ocasión; pero no deben ocultarme que no tienen grandes influencias, y que en todas partes hay gran concurrencia. Algunos de ellos, á los que presté dinero, y que todavía no habían podido devolvérmelo, me dijeron que todos los solicitantes afluyen á París; que esta es la ciudad del mundo en que más difícilmente logra abrirse uno camino, y que haría bien en volverme á mi provincia. En fin, después de varias conferencias, debí convenirme de que ó los empleos se habían hecho muy raros desde hacía poco tiempo, ó que Vernois se había llevado en su cartera todas mis buenas cualidades.

Clara conservó toda su dignidad y serenidad de alma en las dos situaciones más diferentes. La fortuna no la deslumbró; la desgracia no la quebrantó. Pronto se verá sometida á la tercera prueba, porque tuve que entregarle el mando de mis acciones y el gobierno de la casa, lo que debía haber hecho desde el primer día, puesto que no sabía gobernarme á mí mismo.

E. M.—*Octubre 1907.*

A Clara entregué un montón de facturas, porque por mis locos errores no solamente estábamos arruinados, sino endeudados, y ante todo urgía pagar hasta el último céntimo de lo que debíamos. Para ello nos vimos obligados á vender la mayor parte de lo que tan imprudentemente había comprado: caballo y coche, muebles de lujo, vajilla de plata, y los cuadros que me agradaba contemplar, y los hermosos libros que había mandado encuadernar magníficamente.

Si Guillermo hubiera estado á mi lado, con su habilidad práctica me hubiese sido de una gran ayuda. Pero no le había vuelto á ver desde el día en que le recibí tan fríamente. No me atreví á invocarle en mi adversidad.

Por fin se consumó el sacrificio; desapareció nuestro lujo, pero no debíamos ya nada á nadie. Despedimos á nuestros criados, que nos abandonaron á su pesar, uno de ellos sobre todo, que era de Morez. Tomamos un piso pequeño en la estrecha calle de Verneuil. Clara se encargó de preparar nuestra instalación, y dijo que allí viviríamos muy bien y tranquilamente.

Una vez arreglada nuestra casita, fuí á ver al señor Merlot, quien me había hablado de poner á contribución mis aptitudes de dibujante, y única persona que se había interesado en mi situación, para decirle que estaba decidido á seguir sus consejos.

—Llega usted muy oportunamente—dijo.—Uno de mis amigos, el señor Pletimer, que publica libros ilustrados, desea en estos momentos encontrar un grabador en madera á quien poder confiar varios dibujos. Los trabajos que he visto de usted me hacen esperar que le convendrá usted. Debo advertirle, sin embargo, que el señor Pletimer es un juez severo que examinará minuciosamente lo que usted le presente, y no se callará una observación; es un hombre excelente por lo demás, muy cortés hasta en sus críticas y muy fiel en sus compromisos. Si, como me complazco en creerlo, acepta su colaboración, quedará usted contento. ¿Quiere una carta para él?

Acepté muy reconocido, y fui á ver al señor Pletimer, quien me recibió muy amable y me dió trabajo á prueba. Puse en él toda mi alma, y se lo llevé terminado. El señor Pletimer lo examinó con gran atención, sin decirme nada, mientras que mi inquietud desbordaba. Hízome luego varias observaciones, que consideré atinadas, y terminó diciéndome:

—Ya ve usted que hay que retocar en diferentes puntos este grabado. Permítame que le anime á grabar otra vez en la madera con mayor firmeza, con más atrevimiento, y estoy seguro que le saldrá á usted bien.

A los pocos días volvía de casa del señor Pletimer, y entregaba á Clara 50 escudos, producto de mi trabajo, los más sonoros, los más brillantes que se pudieran ver. Y mientras que Clara daba gracias á Dios, me abandoné de nuevo á mis sueños, dando rienda suelta á mi imaginación.

«No tardaré—me decía—en no tener que grabar los dibujos de los demás, y compondré yo mismo. Para ensanchar el círculo de mis ideas, para tomar un mayor vuelo en mi vocación de artista, iré á Italia á visitar los Museos, á estudiar á los maestros. Haré obras que figurarán en todas las Exposiciones, que todos los aficionados querrán comprar á un precio elevado, y de las que hablarán los periódicos. Tendré medallas y cruces. El señor Chamblay sentirá haberme alejado de él. Clara se glorificará con llevar mi nombre, y á Blanca la enorgullecerá llamarme su padre.»

Esto me parecía tan seguro que, para apresurar mi triunfo, se me antojaba que no tenía más que decirles: «Marchemos, con mis 50 escudos, á Roma y á Florencia».

(Concluirá.)

X. MARMIER
De la Academia Francesa.

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

LIBRO QUINTO

RETRATOS DE MEDIA EDAD

(1631-1649)

El pintor de retratos ha de nacer, dice el viejo Pacheco. El estilo de Velázquez, frío aunque sensible, su carácter ingenuo, leal y veraz, le indicó este género de pintura que gravita más hacia el polo observador é imitador del arte que hacia el creador; no temió las perturbadoras intrusiones de la fantasía, de este instrumento á menudo tan comprometedor. De haber estudiado la Filosofía escolástica, hubiérase inclinado al nominalismo. Le faltaba el órgano de lo general, la necesidad de darle forma; el hombre, altísimo asunto de las artes plásticas, sólo le sentía como individuo; el individuo era para él la «primera substancia».

Por tanto, bien se ve que había nacido para pintar retratos, á pesar de que adquirió mucho en el cultivo del género. Largo tiempo antes de que él sospechara entrar al servicio del rey y que pasaría á la posteridad como retratista, cuando pintaba cuadros religiosos en Sevilla trataba de adiestrarse en el estilo nacional de los retratos, adquiriendo justeza y sujetán-

dose á las reglas. El círculo de pintores jóvenes, de los cuales bien pudiera haber sido el jefe, creía, como en otro tiempo los maestros de Florencia y Brujas, que no podía hacerse buena pintura sin sujetarse al modelo, aunque no se preocupaban de *qué clase* de modelo había de elegirse, pues sólo era dado usar la estampilla de la figura poética y legendaria marcada con el timbre de la verdad naturalista.

Cualquiera que sea la idea que se tenga de los deberes y diversiones de la corte, le fué útil ser pintor de cámara; pintaba gentes en cuya casa vivía. ¿Acaso no son siempre las obras maestras de este género retratos de personas á las cuales se tuvo ocasión de conocer á fondo por la constancia é intimidad en el trato? Al igual que el carácter, la fisonomía es un libro cuyo sentido no puede penetrarse en un solo momento. Ya lo sabía esto el propio Rafael Mengs. Cuando el *Kurfürst* elogió su retrato del cantante Annibali (Bezá) acudieron á sus labios estas palabras: «Sí, príncipe; el amigo está ahí, algo que los reyes no conocen».

Su veracidad padeció poco en la corte. No aprendió en ella la adulación; más bien se le pegó algo del escepticismo del cortesano. Ningún embajador en sus despachos cifrados al dar cuenta á su soberano de sus gestiones, ningún San Simón dejando en su cofrecillo para sus lectores póstumos la pintura sin velos de las personas que le rodearon, hubiese sido más frío é indiscreto. Pocos príncipes ni cortes soportarían hoy tal cronista. En este orgullo de no querer aparentar otra cosa de lo que se es, mostrábase aún la corte de la decadencia, neta y clásicamente española.

Pero es lo cierto que á causa de su determinación de sustituir Madrid por Sevilla, el destino le deparó una sociedad algo melancólica. El cuadro de una nación que si bien en su apariencia exterior aun figuraba como antes, por sus errores políticos y sociales y sus funestos prejuicios, estaba ya en el camino de la pendiente: los últimos escalones descoloridos de una dinastía que se extingue. Pero ya desde Enrique VIII

y Pedro Aretino los retratos más hermosos no solían ser de los hombres más bellos (1).

Acostumbróse, pues, á no temer la proximidad de los retratistas más favorecidos de los reyes. Más bien éstos perdían algo á su lado. Puede extrañar la elección de los originales, que las más veces no era elección; pero á él le era indiferente el asunto que trataba. Estaba seguro de dar á lo aparentemente ingrato un interés que otros con modelos interesantes y medios de representación seductores no conseguían. Poco le importaba que los medios fuesen en sí mismos de escasa importancia si conseguía sugerir un mundo de ideas.

¿Cuál era su secreto?

Daba á su especialidad mucha importancia. Ya dijo en una ocasión que no conocía á nadie que supiera pintar bien una cabeza, y añadía: «No sólo se puede mostrar mucho arte en un retrato, sino que este arte requiere ser un pintor acabado». Como Ingres, llamaba al retrato la piedra de toque del pintor.

Sus retratos son los que más se acercan á los venecianos, y, como se ha dicho, aún más cerca que del Ticiano del Tintoretto. Como ellos, pertenece á los maestros de alto estilo en tal género, basado en los grandes rasgos del dibujo, tanto en la figura como en el rostro, en la amplia disposición de las superficies, en la unidad del asunto y la subordinación de los detalles. Sus figuras, tomadas desde un alto punto de vista, se reconocen en seguida por lo característico de sus siluetas. Presenta siempre la figura de cuerpo entero, en pie, aun cuando pinta sólo bustos ó medias figuras. Las máximas de Palomino son ciertamente las suyas (Museo, II, 65 y siguientes). Aun cuando sus personajes á menudo se sentaran por largo tiempo y en repetidas ocasiones, siempre tomaba un apunte del modelo en pie para conservar la impresión general (*aire*), aplicándole luego á la figura sentada.

Llevó al retrato el dibujo resuelto y el fino modelado, la

(1) N. BURGER: Salons de 1844-48, pág. 172.

comprensión de la forma, el gusto adquirido que debió á la severa escuela y al círculo intelectual en que Pacheco convirtió su casa. Lo que *no* debió á la escuela fué el sentimiento y el deseo de la verdad, pero de la verdad grande y total, no del detalle minucioso; la verdad de la forma plástica, de la conformación individual, la verdad del color aparente de las superficies, del ritmo de la vida y de los reflejos de la epidermis, no los pliegues y durezas del naturalismo.

Velázquez fué quizá el primer caracterizador de su siglo, una cualidad que no es tan frecuente como se pretende. A menudo en los retratos de célebres pintores palpita un espíritu extraño al modelo; por ejemplo, el del artista. Al igual de los actores medianos, son ellos mismos los que se representan. Otros, ante el temor de que este espíritu extraño se comunique al retratado, se resignan á recoger sólo una superficie pictórica del rostro, como si no hubiera más detrás de ella. Nuestro pintor penetra hasta el fondo; por sus retratos se podía, según la frase de Apeles, representar el horóscopo de la persona; pintaba el *tonus* de los nervios, la «mezcla de humores», la dosis de envidia y bilis en la sangre, la proporción de sabiduría y necedad en la inteligencia.

Nadie ha evitado menos las formas desfavorables. Siempre los presenta con una especie de orgullo, sin pretender suavizarlos dejándolos en la sombra.

Parecía creer que no hay nadie que no pueda ser pintado de un modo importante, sin quitarle ni añadirle nada; que no hay nada que, puesto en su lugar y mirado desde su punto de vista y á la luz conveniente, no parezca atractivo hasta el punto de no poder ser de otro modo.

En su consecuencia, ha renunciado siempre (y en esto se nos presenta como antípoda de Van Dyck) á dar interés á sus figuras por medio de actitudes pictóricas, vivificándolas por una situación; se contenta las más de las veces con presentarlas en la posición tradicional ó de ceremonia, y con frecuencia es ésta rígida y altanera. Lo que yo pinte, debía de pensar, ha

de ser capaz de interesar, no porque haga algo interesante ó muestre una fisonomía interesante, sino porque yo le presente en el espejo de mi arte. En vez de sorprender á sus figuras animadas por la excitación de la sociedad ó por el deseo de agradar, las presenta reconcentradas en sí mismas, en el momento en que la favorable tensión y disposición de las facciones se disipa. Aparecen como no importunadas por ninguna mirada, ni siquiera por la del pintor. La viveza que muestran á pesar de esto prueba que la vivacidad y la emoción son cosas distintas (1). En este punto se parece más á los retratistas del siglo anterior.

Pudiera decirse que sus figuras tienen, sí, una expresión que realmente es lo contrario de lo que comúnmente se llama expresión: un gesto frío é imperioso. Están un tanto vueltas, mostrando sólo las tres cuartas partes de la cara, mirando al pintor, y por tanto al espectador, al cual siguen cualquiera que sea el punto en que se coloque. Semejante mirada produce la impresión de orgullo, cuando no del menosprecio.

La vanidad, útil en las relaciones sociales, casi de necesidad absoluta, no es tan deseable en la vida y en el arte. Necesitando el juicio de los demás en qué apoyar su amor propio, despierta dudas y menosprecio, al menos en los hombres. Piensa en los demás, y se ve tal como en ellos aparece; el orgullo, en cambio, no se preocupa del efecto que causa; se basta á sí mismo, «no se paga de los aplausos», como decía Kant de los españoles, á los cuales llama «soberbios». Tampoco lo necesita, pues sólo quiere ser, no parecer; si no seduce, se impone, puesto que no solicita el homenaje, sino que le arranca; hay que aceptarlo por entero con sus luces y sombras. La fuerte inervación de la voluntad lo armoniza todo; las faltas no parecen faltas, sino como dijo Shakespeare: «Las manchas del sol de la libertad». Su amor propio parece supremacía, y estimula el órgano de la estimación, por lo menos en la inocen-

(1) V. M. UNGER: Esencia de la pintura. Berlín, 1851; pág. 130.

te imagen del espejo del arte, á quien nadie le disputa el espacio que ocupa.

De aquí que Velázquez nos seduzca de tal manera, pues «presta un espejo al tiempo». Por él preguntamos: ¿Quién era Felipe? ¿quién era Borja?, á la manera que Tácito hace que nos interese en toda ocasión por sus extravagantes emperadores.

Aquí se siente la verdad de aquellas palabras de Goethe: «La figura del hombre es el libro donde se escribe todo lo que de él se siente y se dice» (Stella). No es sólo la verdad real, sino la crónica fiel: vemos lo que han llegado á ser las mismas figuras bajo otro pincel tan sobrio, pero menos aristocrático. Imprime dignidad á los mismos bufones, por lo que por confusión de nombres se les ha tomado por capitanes y piratas. Este empaque (*compostura*), unido al orgullo y á la hipocresía, este *sosiego* (llamado por los italianos *inttonatura*) que hace á España tan antipática á las demás naciones, produce como otras cualidades repulsivas, en el arte, otro efecto que en la vida.

Se equivocaría, sin embargo, quien quisiese representar á los españoles de entonces con este aspecto entre ellos mismos. Ya Mynheer van Sommelsdyck hacía notar que sólo cuando estaban entre la multitud, en paseo ó en el teatro, se encerraba en esta exagerada gravedad y reserva. Entonces se transforman—dice Camillo Guidi—en dioses, y era feliz el que escuchaba de sus labios raros y oscuros conceptos sentenciosos. En el trato íntimo ya no parecen los mismos hombres; son tan sociales, decidores, alegres y vivos como los demás (1). Recientemente se ha dicho que este *sosiego* sólo proviene del período de su dominio y hegemonía en Italia y Flandes (2). Ninguno de los pintores de su nación dió con esta esencia específica como Velázquez, por lo que con el transcurso del tiempo los ha obscurecido á todos completamente. Pues allí no puede

(1) F. AARSENS: *Voyage d'Espagne*. París, 1665, pág. 69.

(2) CÁNOVAS DEL CASTILLO: V. Emil Hübner, *Deutsch. Rundschau*, 1887, pág. 426.

hallar aplauso, ni siquiera tolerancia, sino lo que lleva el *cachet* nacional sin restricción alguna. Sin embargo, también supo interpretar cuando la ocasión se prestaba para ello (lo cual sucedía rara vez) tipos extranjeros. De lo contrario, no hubiera sido el genial realista.

De los factores técnicos de sus retratos, el más importante es el claro-oscuro. En él están las variaciones de la manera de este pintor, por lo demás siempre tan semejante á sí mismo, en la más clara evidencia. En otro tiempo, en el ardor de la juventud y en oposición con el estilo dominante, el cual era todo de segunda mano, puso la cima del arte en un solo punto: en pintar con el modelo ante los ojos á una luz unilateral con puras sombras fuertemente marcadas. El efecto plástico adquiriría más fuerza por el fondo neutral y vacío. Él y sus compañeros fueron empujados á este procedimiento menos por un sentimiento pesimista de lo tenebroso, que por la inclinación á lo chato, deslabazado y flojo. Pronto advirtió, sin embargo, que aquel efecto plástico obtenido con un exceso de sombra se podía también alcanzar con la mayor simplicidad de elementos. Con sólo puntos y líneas de ligero y transparente ocre diseminado por el rostro, podía desterrarse la *platitudo*, y con sombras ó luces encontradas detrás de la figura podía destacarse ésta del fondo.

Desde este punto de vista trataba, por ejemplo, la oreja. El músculo de ésta, situado siempre en la parte iluminada y vuelta al espectador, está cuidadosa y vigorosamente modelado y hasta individualizado, porque contribuía á la plasticidad de la impresión de conjunto. En cambio las manos son con frecuencia desatendidas.

Cuando alcanzó todos los efectos que es capaz de producir esta manera, fué descubriendo poco á poco nuevos elementos de la pictórica. Los cuadros deben alcanzar la plasticidad por la morbidez y profundidad, no por la tiesura ó petrificación; no deben nadar en el vacío. Han de ser sólo miembros ó partes de un todo de aire y luz.

Colocaba las figuras bajo un cielo libre, en el cual ponía su nuevo sistema de luces. Esto le condujo al estudio de los *fondos*, para el pintor de retratos de excepcional interés.

Velázquez usó toda la escala posible de fondos, desde la superficie lisa, clara ó gris, hasta las perspectivas más ricamente dispuestas y las amplias perspectivas de paisaje. En los primeros retratos, á veces sólo un sillón ó una mesa indican que el personaje está en una habitación; la sombra de las piernas, corta y oblicua, recuerda que no se mueve en el aire. La vacía superficie se divide en dos mitades: una oscura y otra clara, en relación de contraste con la luz de la cabeza. En ocasiones, una cortina granate, pesada, descende ó está recogida en diagonal, á veces suministra el fondo de la cabeza; otras, dispuesta horizontalmente ó recogida á un lado, deja un fondo fantástico triangular ó cuadrangular á la figura. Cierta descuidada distinción se revela aquí y allá en las líneas poco graciosas, en los insignificantes asuntos y figuras de esta tapicería. Otras veces, una amplia balconada descubre libre perspectiva.

Los grandes retratos ecuestres y de caza despertaron en él el gusto por los paisajes: aquellas lejanías montañosas le colocan entre los grandes paisajistas; y si bien estaban ideadas únicamente para el efecto de sus figuras, ciertos rasgos fundamentales se repiten con frecuencia.

Los pintores solían, en tales casos, poner un paisaje de fantasía. Sacaban la figura de la obscuridad á la luz, y combinaban un efecto de iluminación *ad hoc*, el retrato con luz de taller, el paisaje en crepúsculo ó de noche, pero de éste nadie hacía caso. Velázquez preguntóse si no ganaría la concentración y unidad del retrato agregándole un paisaje de fondo con valor sustantivo y real. Cambió la oposición entre los efectos de luz y el colorido, sustituyendo la función del claro-oscuro por el contraste de tonos fríos y calientes. Por este camino alcanzó la unidad perdida por los antiguos pintores en sus paisajes de luz diurna, pues en ellos la Naturaleza estaba como divorciada de la figura, especialmente cuando fal-

taba un segundo término; parecía un busto colocado delante de un cuadro.

Disponía este fondo su armónica relación y contraste con la figura, si bien disimulando con tal acierto su propósito, que á veces se le tenía sólo por mera vista.

Los paisajes son agrestes, sin accesorios vivos ni construcciones urbanas, á veces una ciudad ruinosas á lo lejos. Sólo por indicación especial puso alguna vez una batalla en el fondo. En uno de sus antiguos retratos ecuestres, que solía retocar, borró un jardín y pintó una selva.

Al castellano, al pintor de la corte, cuyas excursiones casi no tenían otro fin que la caza, le eran tan simpáticos los paisajes montañosos como á un suizo. Los asuntos estaban tomados del Guadarrama desde sitios elevados, al uso de los antiguos holandeses; las montañas gigantescas hubieran resultado de otro modo opresoras.

Buscaba una vista dominante sobre los gigantescos repliegues de laderas y picachos. Ponía á sus caballeros y cazadores sobre la meseta de algún pico, desde la cual se veía el valle, y á lo lejos la cordillera. El primer plano se prolongaba hasta el fondo en varias pendientes escarpadas, paralelas. En segundo término se elevaba un cerro con no muy espesa vegetación de chaparros. El contraste del valle profundo y vaporoso con los picos azulados y encaperuzados de nieve en el fondo está hondamente sentido. La línea de la sierra desciende desde el punto más elevado gradualmente á un extremo del primer término, formando así de nuevo una diagonal que se cruza con el eje de la figura ó línea de movimiento del caballo.

A nadie escapará la semejanza con las escenas alpinas del Tiziano; sólo que aquí estas rocas dolomíticas están sirviendo de fondo. Su tono azul es más intenso y pesado; las nubes, con sus resueltos contornos y blancas luces, más plásticas, y siempre el frío tono del aire penetrado por las calientes y anaranjadas luces de la tarde. El contorno de las formaciones montañosas españolas es más grandioso y sencillo, más elegante

que el de aquellas otras que evocan imágenes de ruinas en los Alpes occidentales.

El pintor español daba con su procedimiento, á pesar de su quebrada decoración de rocas, la impresión de un espacio mayor que otros, con sus libres perspectivas abiertas hasta encontrarse la llanura y el firmamento. En lugar de la luz de medio día ó de la tarde, usada hasta entonces, introdujo la de la mañana. En los más grandiosos retratos ecuestres dividió el cuadro en dos masas: la figura y la meseta en que está retratada, en tonos calientes, amarillos, rosáceos y grises; el paisaje, de tono frío, azulado; ambas elevándose en sentido contrario. En este ambiente, saturado y azul de cianuro, se aproxima Velázquez á los antiguos paisajistas holandeses. Carducho, que eligió para lugar de sus diálogos el Manzanares, compara el sitio con las tablas de Pablo Bril (1).

Los países del Norte, con su atmósfera húmeda y refringente y su suelo alfombrado de excelente verdura, aparecen muy distintos, mucho más nebulosos, amables é idílicos, que estas desoladas mesetas de Castilla, con su cielo despiadadamente claro, de un azul frío.

Por este procedimiento conseguía dar completo relieve á sus figuras, destacándolas del fondo, á pesar de presentarlas á una luz de igual intensidad por todas partes. Un colorido local, como el del caballo castaño, resulta suficientemente fuerte en esta luz diurna y se destaca con vigor de las lejanías del fondo. Pero nunca sacrificó á tales efectos la verdad del color, dando siempre á las fisonomías un caliente tono obscuro. El perfil de Felipe IV, blanco, rubio y de reflejos azulados, se destaca en el azul firmamento. Hubiera sido un recurso oponer el primer término por la saturación de las tintas y el relieve de las siluetas al fondo; pero él hizo lo contrario. Casi siempre aparece detrás del caballo, y en el borde del cuadro un árbol, que

(1) CARDUCHO: *Diálogos*, p. 115.

hace el mismo oficio que la columna en las vistas de interior. Pero no es la obscura masa que retrocede, del procedimiento convencional; su valor es el de un fondo; es un tronco esbelto, de ramaje extendido, cubierto de ligero y plateado follaje. Hacía largo tiempo que había hecho ante el condestable el descubrimiento de que el célebre «árbol pardo» no existe en la naturaleza (1). La superficie terrosa del primer término está cortada por una raya central, ancha y blanquecina á manera de duna (2).

Las dos masas, opuestas en la entonación, pero iguales en valor, vienen á combinarse por diferentes medios; la luz que cae sobre el rostro, sobre el cuello ó la cabeza del caballo, encuentra un eco en la de las nubes y la de las montañas.

Sobre las movidas y encontradas líneas reina, como elemento dominante de calma absoluta, el alto firmamento con sus capas de nubes horizontales.

El procedimiento descrito no llega á ser, sin embargo, una *manera*. Cuando el bruto es, por ejemplo, un caballo blanco, no ha seguido este contraste de colores, sino que ha puesto un fondo azul con riesgo de la unidad de la entonación, bañando el cielo y horizonte con luz blanca. Puede verse esto en los dos retratos ecuestres de Olivares, del Prado y de Munich, cuyo dibujo coincide, siendo diferente el paisaje, según el color del caballo.

Cuando la postura más cómoda del caballo preferida en los retratos de mujeres no da ocasión á la diagonal, las formas del paisaje también varían. Una meseta ondulada atravesada por un arroyo, y un tortuoso sendero indica el camino de la ama-

(1) SIR GEORGE BEAUMONT dijo en cierta ocasión: «Je suis embarrassé pour placer mon arbre brun». Constable ouvrit la fenêtre de l'atelier dominant sur un parc et dit:—«Où diable voyez-vous-là votre arbre brun?»

(2) BRUEGHEL emplea con frecuencia un sistema completamente análogo (Prado, 1.269, año 1603): primer término, obscuro y barnizado; una colina en el centro, blanquecina; valle hondo, húmedo y verdoso; cielo azul intenso, roto por una vertiente de luz exuberante.

zona. El primero y segundo término se confunden; el fondo descende.

Los retratos ecuestres deben á estas circunstancias no pequeña parte de su efecto. Acompañan á la figura como la música á una imagen viva. Si los imaginamos separados, abstraídos de los accesorios, su vida disminuirá, el poema quedará en prosa. Aquella naturaleza, de vida perenne, serena; el perfume de aquellos valles que parecen precipitarse hacia nosotros, como los modelos ha tanto tiempo enterrados, parece comunicar á éstos parte de su vida. Los grandes horizontes, tan bienhechores para los melancólicos, cuadran con la estrechez de espíritu y limitación de ideas de estas figuras del género decadente.

En la biografía de Palomino (p. 333 y sigs.) figura, en la descripción de los retratos del año cuarenta, una enigmática noticia sobre un retrato ecuestre de Felipe IV, ha largo tiempo perdido; como los demás, armado, con el nombre, edad y la fecha de 1625 (1). El pintor, dicese que expuso el «estudio» y pintó una hoja de papel, en la cual, después de oír el juicio que mereció el cuadro, quería poner su firma. Tal hoja de papel aparece en algunos otros cuadros. Esta vez habíase conceptuado el caballo «contra las reglas del arte»; pero los juicios fueron tan encontrados, que no fué posible llegar á un acuerdo. El pintor *borró* malhumorado las partes censuradas, con repintes, y renunció á mejorar el cuadro, poniendo bajo su nombre, en vez de *pinxit, expinxit. Didacus Velazquius, Pictor Regis, expinxit.*

Su biografía encuentra aquí dos notas de diferente valor: la modestia del artista, que corrige su obra por el juicio del profano, y la enseñanza proporcionada á los críticos, á saber: que sus juicios son impracticables, por lo tanto de ningún

(1) PHILIPPVS MAGN. HVIVS, NOM IV | POTENTISSIMUS HISPANIARUM REX, | INDIAR. MAXIM. IMP. | ANNO CRIST. XXV, SAECULI XVII | ERA XX. A. La suposición de Stirling de que copió un retrato anterior es inverosímil.

valor práctico y de utilidad completamente negativa, como los discursos de mitin.

Lo más notable de esta historia es la fecha 1625. Porque Velázquez había terminado ya el tan encomiado y cantado gran retrato ecuestre. Felipe IV no pudo ocuparse del asunto hasta el 30 de Agosto de 1623, en que se ofrecía como modelo por primera vez; las consecuencias fueron su traslación á Madrid y su instalación, el 31 de Octubre. Sólo después (*después de esto*, según el preciso testimonio ocular de Pacheco) concluyó el retrato ecuestre, el cual, por consiguiente, no pudo estar dispuesto antes del año 1624. ¿Cómo pudo haber emprendido entonces en seguida un segundo retrato?

Es evidente que Palomino vió un lienzo repintado en tal forma. Pero colocó su historia en fecha anterior. Quizá fuera su *estudio* del primer retrato á caballo del joven rey. Esta es la opinión de Cruzada Villaamil. Según el inventario de Carlos II (1686), estaba en la habitación del caballerizo de palacio, en la Casa del Tesoro, sin marco, es decir, arrinconado y quizá tirado.

Probablemente quedaría descontento de su primer nacido, introduciendo dichas correcciones para tapar la boca á los descontentos con una muestra inequívoca de su juicio más depurado.

Esta noticia nos lleva á hacer una observación. Todo el que se haya detenido ante los cuadros de Velázquez en la galería del Prado y haya visto el estado en que se encuentran, observará que son pocos los que no contienen importantes arrepentimientos (*pentimenti*), de los cuales la mayor parte, por estar mal disimulados, se advierten con facilidad y perturban la impresión total. Y, además, se han añadido trazos de mayor ó menor importancia.

Estas adiciones no pueden en modo alguno haber sido hechas por los deterioros á causa del incendio, pues ¿por qué habían de encontrarse solamente en los cuadros de Velázquez, y precisamente en los cuatro bordes? Tampoco pueden atribuir-

se á las variaciones en su instalación, pues ¿qué artista consiente en desfigurar con pegotes sus cuadros por exigencias de decorado? Los arrepentimientos referidos se deben realmente á que el pintor que quiere llegar á la perfección «ha de ser como el gran cirujano, que no es tímido en cortar lo que daña... No le duela al cortar, añadir ó mudar, lo que más convenga» (1). Pero ¿debemos suponer que tan seguro dibujante no echó de ver tales faltas en los esbozos de sus grandes y profundamente pensados cuadros? Evidentemente, la mayor parte de dichas correcciones sobrevinieron mucho después de acabados. Debieron tener por objeto acomodar los cuadros á las variaciones de la moda.

Un pintor cuyas obras habían de permanecer á su alcance, y que constituían á la vez el ornato de las habitaciones y salas de recepción, y que hasta representaban personas que vivían en estos mismos recintos, se encuentra con respecto á los documentos de su pasado en situación completamente distinta que la mayor parte de los que venden sus cuadros, despidiéndose de ellos para siempre. Para éstos—dice Leonardo—deben convertirse sus cuadros en tormentos. Alguien ha dicho que los mejores cuadros son errores hábilmente enmendados (2). El mismo Rubens en su primer viaje á Madrid retocó su Epifanía. De Tiziano se sabe que estaba corrigiendo siempre los lienzos que conservaba en su poder.

Siendo esto así, podemos ver el punto de origen de aquellas variaciones, en parte, en la evolución del estilo del pintor. Velázquez trató constantemente de aclarar y ensanchar sus lienzos hacia el fondo y los lados. En sus cuadros más antiguos (el Aguador, los Borrachos) los grupos están como empaquetados en el marco; las cabezas de sus retratos llegan hasta el borde superior; últimamente las figuras sólo llegan á la mitad

(1) PALOMINO: Museo, I, 109.

(2) The best pictures are but blunders dexterously remended. EASTLAKE: *Materials*, I, 90.

E. M.—Octubre 1907.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

de la tela (1). En aquéllas el cielo es de un azul de acero, sin perspectiva; más tarde ensaya los efectos de luz de las figuras en el paisaje; en las obras maestras emplea luces de la mayor claridad en el fondo.

Las figuras ganan más espacio entre sí, lo que comparaba Palomino con los silencios de la música; entonces se llamaba *respiración* á este aire que circulaba entre los grupos.

En pocos cuadros se nota ausencia completa de estas modificaciones; sólo quiero citar algunas de las más notables.

Fácil es notar que la juvenil cabeza del rey (1705), en el estilo tieso del año 20, descansa sobre un busto cuyos peto y banda están pintados en el estilo más libre y suelto de años posteriores. ¿Por qué ha de haber sido esta cabeza sólo un estudio para el gran retrato ecuestre, cuya idea más tarde se utilizó? ¿Cómo nació en él tan tarde, para aprovecharlo como cuadro digno de una galería de capitanes?

Ya hemos llamado la atención anteriormente sobre detalles peculiares á los tres retratos de cazadores.

Si bien muy distantes por la edad de los modelos, parecen pintados en una sola sesión. El paisaje está tratado en todos ellos de un modo semejante, más libre en el último, el de Fernando.

En el retrato del enano, *El primo*, la cabeza y los libros recuerda aún la manera minuciosa de los *bodegones*; el antiguo fondo, que representaba una habitación, está borrado, y encima se ha pintado un paisaje de monte.

En los grandes retratos ecuestres de Felipe III y de Margarita hay un ejemplo de retratos más antiguos, obras de sus

-
- (1) La altura de los grupos alcanza, aproximadamente:
- | | | |
|----------------------------------|----------------|--------------------------|
| En los Borrachos | $\frac{5}{6}$ | de la altura del cuadro. |
| En la Epifanía y en el Vulcano.. | $\frac{3}{4}$ | » |
| En Breda..... | $\frac{2}{3}$ | » |
| En las Hilanderas..... | $\frac{7}{12}$ | » |
| En las Meninas..... | $\frac{1}{2}$ | » |
| En San Antonio y San Pablo... | $\frac{3}{8}$ | » |

antecesores que ha repintado en cuanto los alrededores y los caballos, y algunas partes de estos últimos más de una vez.

Mientras el retrato á caballo del príncipe en la hermosa unidad de los trazos aparece intacto, y el de Olivares (que no estaba destinado para su palacio) sólo muestra una variación de la misma fecha en que se pintó, en el segundo término, sólo bosquejado, los dos de los reyes están completamente refundidos. La edad de los personajes y el estilo no armonizan. La delicada, clara y, sin embargo, resuelta cabeza de la hija de Enrique IV es juvenil; la tapicería es de mano de un discípulo. La cabeza de su esposo pertenece hacia el año 30. El caballo y el paisaje fueron más tarde renovados. Se notan á derecha y á izquierda anchas tiras de talco; las pinceladas se perciben en trazos seguidos sobre las partes viejas y nuevas; pero el tono está alterado por el efecto de la antigua pintura que asoma. Los colores están profusamente empleados para tapar lo viejo. Pero éste, á pesar de todo, se trasluce no sólo en las piernas del caballo, sino en la figura del jinete. Bajo el azul del cielo se ve en la banda carmesí, flotando detrás de los hombros (como en el Felipe III), el antiguo penacho.

Tales variaciones se notan también en las *Hilanderas*, y, en cambio, la afirmación de que la cabeza de la infanta es más antigua que el resto (Prado, Nr. 1.084) se basa en inseguras suposiciones.

LOS RETRATOS ECUESTRES

Velázquez, á quien ya conocemos por sus perros de caza como incomparable pintor de animales, era un gran inteligente en la estructura y marcha del caballo, afortunado singularmente en aquellas incomparables cabezas profundamente vivas. Es verdad que el efecto de tales creaciones resulta algo perjudicado por el extraño volumen del cuerpo; sin embargo, ¡cuán grande entusiasmo debieron despertar en los caballistas de aquel tiempo! Ya en Sevilla hizo estudios de caballos, y se

introdujo en la corte por un retrato ecuestre; sabía al pie de la letra las célebres octavas que su suegro nos ha transmitido, en las cuales Pablo de Céspedes describe el caballo andaluz. Hubo muchos que, pudiendo adquirir un nombre en asuntos más elevados, se hicieron célebres en el presente y ante la posteridad por sus dibujos de caballos (1).

En vano se buscarán actualmente en España caballos de esta lámina. Difieren bastante de los árabes, á los cuales se remonta la raza española, si bien proceden de las cuadras de Córdoba. Quizá se cruzó la raza española con la flamenca á causa de las pesadas armaduras.

Los embajadores venecianos de tiempos de Felipe II, Tiepolo, Badoer, Morosini, abundan en elogios de esta raza andaluza (*Razza del Rè*). Como una ojeada sobre los caballeros y caballos revela, no eran grandes, pero sí bien proporcionados, y se consideraban en Europa como modelos de belleza. William Cavendish dice de los suyos que servían de modelo para la pintura, y dignos de ser montados por reyes en público (2). Calderón (3) dice de ellos que son anchos de ancas y pecho, cortos de cuello y cabeza, fuertes de brazos y piernas.

(1) Muchos hay que la fama ilustre y nombre por estudio más alto ennobleciera con obras famosísimas, do el nombre explica el artificio y la manera. Sólo el caballo les dará renombre y gloria en la presente y venidera edad, pasando del dibujo esquivo á descubrirnos quanto muestra el vivo.

PACHECO: *Art. Pint.*, I, 361.

(2) W. CAVENDISH: Duke of Newcastle, *A general system of horsemanship*. Lond., 1743, p. 21. *Ult. Amber.*, 1658.

(3) Proporcionado y bien hecho, dilatado de anca y pecho, de cabeza y cuello es, corto de brazos y pies, fuerte, á uno y otro elemento les da en sí lugar y asiento,

Eran, sin embargo, de constitución delicada; de aquí que pronto se calentaran, y reclamaban muchos cuidados. Esta noble raza era altamente apreciada por su celeridad é inteligencia, su valor ante el peligro y en la lucha en la guerra y en la carrera.

Badoer (Relación 1575) dice que son los mejores para la guerra, más ardientes ante las heridas y á la vista de la sangre, y frescos ante la muerte. En ellos se funda la vocación de los españoles para la alta escuela. Tienen buena memoria; obedecen más á las palabras que á los gritos. «No esperan—dice Valentín Trichter—el tirón de la rienda ni la espuela ó la presión del muslo; así que parece que adivinan el pensamiento del hombre» (1). Su corpulencia en nuestros cuadros recuerda que el caballo que el rey montaba una vez no era ya montado por nadie; los caballos reales revientan de gordos, á consecuencia de su ociosidad en las caballerizas.

FELIPE III Y MARGARITA

Los nuevos retratos de Felipe IV y de los suyos contaban con ilustres predecesores en el tesoro de cuadros de la Casa Real. Había allí retratos ecuestres del emperador Carlos V y de Felipe II nada menos que de Tiziano, Antonio Mor y Rubens. Entre ellos estaban los padres del rey, Felipe III y Margarita de Austria, representados en dos grandes lienzos de obscura procedencia. En el salón de los Reinos del Buen Retiro llevaban el nombre de Velázquez. Después pasaron al Alcázar. Richard Cumberland describe con elocuentes palabras su

siendo el bruto de la palma
tierra el cuerpo, fuego el alma,
mar la espuma y todo viento.

El médico de su honra, I.

(1) VALENTÍN TRICHTER en v. LÖHNEISENS: *Equitación de corte y de guerra*. Nüremberg, 1729.

impresión en el gran comedor del palacio de Borbón, donde la pareja real y el ministro, el Felipe II de Rubens y el Felipe V de Vanloo estaban reunidos. Su tamaño, fuerza de color, esplendor de los riquísimos vestidos y soberbios caballos daban una impresión de conjunto incomparable.

Velázquez nunca vió esta pareja; ¿acaso copió, por lo menos, los jinetes de algunos retratos de anteriores pintores de la Corte? Sin embargo, estas figuras no tienen nada de ninguna de sus maneras. ¿Admitiría la colaboración de alguien? Pero en el año 40, fecha en que esto debió de ocurrir, nadie pintaba ya en Madrid de aquel modo; tampoco tienen aspecto de copias. El que viera las cabezas sin el resto las atribuiría á un Pantoja de la Cruz ó á un Bartolomé González. Debieron de ser pintadas antes de 1611, fecha de la muerte de Margarita.

Por consiguiente, había allí viejos retratos ecuestres. En la instalación del Buen Retiro eran elemento decorativo muy apropiado; sólo que parecieron de estilo algo anticuado; y como de todos modos tenían que ser más anchos, se resolvió introducir en ellos una reforma fundamental. Las cabezas, vestidos y monturas quedaron como estaban; los caballos y paisajes que ya no gustaban fueron pintados de nuevo, y tan radicalmente que no quedó recuerdo de lo que eran antes.

Felipe III (Prado, 1.064; 3 × 3,14) monta un arrogante caballo tordo, puesto en corveta, que se mueve en diagonal de izquierda á derecha. Levanta torbellinos de polvo; crin y cola, hasta la corva, flotan movidas por la fresca brisa del mar. También ha corregido algo de la figura: el brazo derecho, cuya mano sostiene el bastón de mando, ha sido adelantado, viéndose todavía las huellas del antiguo, y la armadura, cambiada también, sólo está ligeramente bosquejada. Igualmente las patas traseras del caballo han sido pintadas de nuevo.

El lugar es la orilla de un mar. La orilla del lado opuesto de la superficie, inquieta y rizada, muestra una colina azul con un pico en forma de birrete.

Todo: el color del caballo, el mar, las nubes, las montañas,

está retocado en un tono blanquecino que da al cuadro un aspecto blando, que además armoniza con la cabeza, que se reconoce en su ausencia de inteligencia, iniciativa y expresión.

El cuadro de la reina (Nr. 1.065; $2,97 \times 5,90$) es mucho más obscuro y pesado de color. Parece envejecida; las facciones son más rígidas que en el delicado retrato de Pantoja de la Cruz en el Museo (Nr. 326). Su rostro, de nariz aguileña y boca un tanto deprimida, tiene algo de cacatúa, con la que armoniza la alta gorrita con pluma blanca.

Está montada en una hermosa hacanea castaña y blanca, que se mueve también oblicuamente de derecha á izquierda, de modo que los dos esposos parecen caminar uno hacia el otro.

El paisaje es también montañoso, con escarpadas colinas que avanzan unas hacia otras y espesos chaparros en los desfiladeros. Pero debajo de la pendiente y bosquecillo de la izquierda se descubre la antigua pintura: un parque y pomposos jardines; un parterre exagonal, rodeado de altos árboles, platabandas y magníficos surtidores de tres tazas, estatuas y columnas: probablemente, Aranjuez. Este país anterior era más adecuado al tocado de la regia dama (1) que el actual, que requiere traje de caza. El fondo verde obscuro opaco y un cielo crepuscular surcado de nubes anaranjadas.

EL RETRATO ECUESTRE DE FELIPE IV

Cuando el fundador del Buen Retiro ideó su decorado artístico, pensó en un monumento para el cual no había elementos artísticos en España.

El que observara la galería de generales del salón, donde

(1) Lleva saya negra alta, de mangas partidas, bordada de plata, jubón interior blanco, vuelos y gorguera de abanillos de gasa, y puntas de Flandes, y muchas joyas. MADRAZO: Catálogo de los cuadros del M. P. M.

estaban reunidos todos los laureles ganados en ambos mundos durante el tiempo que dirigió la política española, se preguntaría si el rey no era acreedor á algo más que un retrato ecuestre. La gloria de Espínola, Feria y Gonzalo de Córdoba era suya. En vista de aquellos triunfos, y adelantándose á la posteridad, Olivares otorgó á su Felipe, á quien los autores dramáticos llamaban «el más grande rey del mundo», el sobrenombre de Grande (1).

A las guerras del Rhin y del Po con Holanda é Inglaterra se añadió la ruptura con Francia, entonces foco de la oposición al poder español.

Erigir á su rey una estatua debió de ser la pesadilla del ministro cada vez que contemplase el palacio con el parque de la Casa de Campo á sus pies. Allí se elevaba la estatua, de un tamaño colosal, del rey difunto, regalo del archiduque de Toscana, que al ministro le recordaba también á su predecesor Lerma, sobre cuya ruina edificó su *privanza*. Una obra semejante y del mismo Pietro Tacca debía adornar ahora el Buen Retiro, en el Oriente de Madrid.

El 2 de Mayo de 1634 escribía Olivares desde Aranjuez al Florentino Serrano una carta en que le participaba su intención de encargarse al mejor artista (*oficial*) de este género en Florencia una estatua de bronce de S. M. (*medalla ó efigie á caballo* la llamaba). En consonancia con el retrato de *Pedro Pablo Rubens* y según el modelo de la estatua de Felipe III, añadía; de aquél se tomaría el andar del caballo; de éste, las dimensiones.

La nueva estatua de bronce debía separarse en un punto, según lo expuesto, de la tradicional actitud de los colosales caballos de Gian Bologna y sus discípulos. Los de ambos Médicis en Florencia, Felipe III y Enrique IV estaban representados al paso; Felipe IV, el primer jinete español, debía, se-

(1) En el año 1636. El nombre aparece por primera vez en el nuevo *papel sellado*; de aquí que se llamase á S. M. desde entonces el *grande tributador*.

gún el modelo de los retratos ecuestres de príncipes repartidos en aquella época por grandes grabados en cobre (por ejemplo, el emperador Rodolfo II, de Egidio Sadeler, y Fernando II, 1629), aparecer galopando ó en una posición difícil «de la alta escuela». Se pensó en inaugurar un asunto que hasta entonces no había intentado ningún escultor. Se recomendó repetidas veces que el caballo debía presentarse «galopando ó en corveta», pero á todo precio descansando únicamente sobre las patas traseras.

En el verano de 1635 el modelo avanzaba. Pietro Tacca pidió entonces un retrato del rey, así como dibujos del traje y armadura, para poder obtener un parecido exacto. Este retrato, que Velázquez estaba haciendo en Septiembre de 1635, sería enviado, según escribía Olivares á Serrano, uno de aquellos días. Pero cuando llegó á Florencia se echó de ver que el escultor no había comprendido el punto más esencial, habiendo descuidado las primeras instrucciones. En el modelo, ya terminado, el caballo caminaba al paso. El trabajo debía rehacerse. Por lo demás, Tacca ya había hecho años antes una estatua de Carlos Manuel de Saboya en la posición pedida, pero en tamaño pequeño. Por último, á petición del escultor (á fines de 1638), Velázquez hizo un retrato de tamaño natural, del rey, para modelo de la cabeza, que se envió el 27 de Enero de 1640.

Este segundo retrato, pintado, según Ponz (Viaje VI, 109), en el año 1639, de media figura, no se ha hallado todavía. Por el contrario, el ecuestre de 1635, modelo de toda la estatua, puede ser el pequeño cuadro del palacio Pitti. Si yo mismo he discutido anteriormente (1) su autenticidad, fué por las razones siguientes: el cuadrito es una copia reducida del gran retrato ecuestre de la galería de Madrid. Ahora bien: se tenía entonces á éste por un cuadro descrito por Palomino que Ve-

(1) En *Lützow Zeitschrift für bildende kunst*, 1883; p. 317. Sobre la estatuita de CARLOS MANUEL en la Lowenburg de Cassel. *Ib.*, 1886.

lázquez hizo unos diez años después en Fraga, en 1644. Un examen más atento me mostró la inexactitud de mi opinión.

Según la relación de Palomino (Museo, III, 333), confirmada y completada por un documento del archivo de Palacio, el rey se hizo retratar por Velázquez, en su viaje de Zaragoza á la sitiada Lérida, en traje de gala (*arreo de gala*), con que entró después en Lérida.

La rendición de esta plaza (desde 1640 en poder de los catalanes rebeldes, y luego de los franceses llamados á dicho país), importante fortaleza, llave de Aragón, tuvo lugar el 31 de Julio de 1644, ante el general español Felipe de Silva, y la entrada del rey el domingo 7 de Agosto.

Este viajaba desde 1642 todos los años á Zaragoza, para estar cerca del teatro de la guerra, y en la primavera de aquel año llegó con el refuerzo de soldados holandeses conducidos por Cantelmo á Fraga, á cuatro leguas del lado de acá de Lérida, donde Velázquez le retrató en tres sesiones. El rey volvió á Zaragoza después, donde le esperaba una entrada triunfal á consecuencia de la toma de Zaragoza.

Pero en éste retrato no aparece en armadura, sino de gala roja. Según la descripción de Sagredo, fué en coche el rey hasta la puerta de la Magdalena, montando después una yegua castaña napolitana, ricamente enjaezada, y tuvo lugar la entrada según el ceremonial del rey de Aragón, bajo el baldaquino, por las calles de la ciudad hasta la Seo, soberbia catedral del gótico puro, situada en una encrespada colina (después profanada bárbaramente y convertida en cuartel), un camino de más de un cuarto de legua, en el que se invirtieron dos horas. Su traje consistía en un vestido de gamuza ricamente bordado de oro y plata, con banda colorada y sombrero de fieltro bordados también en oro (1). Palomino confirma que, como es natural, lo bordado no era el colete, sino el jubón,

(1) Su Magestad traya un vestido de camuça, todo bordado de oro y plata con banda colorada. Despacho de 24 Agosto 1644.

añadiendo que iba vestido de «*felpa carmesí*». Era este un traje que vestía en las revistas militares de todos los años. Al volver de Lérida hubo en Zaragoza, en Abril, una revista militar, en la que el rey, entre salvas de la artillería, recorrió el frente de un ejército compuesto de 9.000 infantes y 4.000 soldados de caballería de distintas nacionalidades, soportando once horas á caballo». *El traje de S. M., fué vestido de soldado, encarnado bordado de oro, colete de ante liso, etc.* (1), corto bastón de mando de madera lisa y sombrero blanco con plumas encarnadas.

El retrato de Fraga debe, por consiguiente, ser otro cuadro; Palomino no dice en ninguna parte que sea ecuestre, como tampoco las actas del archivo. Esto se ha inferido de haber hecho el rey su entrada á caballo. ¿Cómo hubiera olvidado el biógrafo punto tan principal en su descripción? Velázquez no vió al rey á caballo, pues el retrato se hizo dos meses antes. ¿Había de habersele encargado un retrato ecuestre de tamaño natural en aquel pobre paisaje, cuando no sólo debía bosquejar el cuadro, sino, como expresamente se dice, enviarle desde allí como presente á Madrid (*para embiarle á Madrid*)? No había podido encontrar el lienzo. Poseemos, sin embargo, un original de Velázquez, que corresponde á dicha descripción. Es un retrato hasta la rodilla, el único de Felipe en traje de gala, encarnado, con banda ricamente bordada y bastón de mando. Esta hermosa obra existe en dos ejemplares en Dulwich College, en una propiedad particular inglesa. El rey aparece allí precisamente de la edad de aquel año, esto es, de cuarenta años; la serenidad de los magníficos colores y la espontaneidad pictórica de la actitud en que se distingue este retrato de todos los demás (*lindo ayre y gracia*), cuadran perfectamente con un regalo para la reina. Sin embargo, observemos por última vez el gran retrato ecuestre.

Armoniza en un todo, en el estilo y en la edad del retrato,

(1) *Memorial histórico*, XVII, 456.

con el tiempo en que pintó el boceto para la estatua de Tacca, y quizá á éste deba su existencia.

Fijémonos primero en el semblante del rey. ¿Son las facciones y continente de un hombre de cuarenta años? En la mencionada descripción surge por todas partes una impresión de juventud. Stirling dice que se aparece «en la exuberancia de la juventud y de la salud». Cean Bermúdez le tiene por el retrato perdido de sus veinte años. La edad es también confirmada por positivas razones fundamentales. La larga serie que tenemos delante de retratos de Felipe IV ponen de manifiesto las ligeras variaciones en los rasgos fundamentales de tan uniforme máscara, en el curso de más de treinta años. Estas variaciones estriban en parte en la creciente corpulencia, en parte en el peinado. A los veinte años es barbilampiño, lleva los cabellos cortos; dos rizos avanzan hasta las sienes, y la oreja está libre. En el de Rubens (1628), el labio superior está sombreado por ligero bozo. En el grabado de 1638 (1), de cazador, que está en Viena y Londres, el bigote ya está retorcido, los cabellos caen en anchas y suavemente onduladas masas, cubriendo las orejas hasta la línea de la boca y más abajo. En nuestro retrato ecuestre se observa aún el cabello cortado, los bucles, sueltos, de la juventud; también las orejas están descubiertas, y el bigote es una tenue y dulcemente contorneada coma; no es todavía el característico *bigote levantado*. Este bigote, de nueva moda, no hubiera sido olvidado ciertamente por el pintor si hubiese existido ya. El pueblo le tomaba como emblema del rey nacional (2).

El retrato tiene todo el parecido apetecible con la estatua de Tacca, cuyo rostro, por cierto, fué retocado por el hijo de dicho artista en Madrid (1642). La misma expresión juvenil del

(1) EN TAPIA Y ROBLES, D. Juan Antonio: *Ilustración del renombre de Grande, principio, grandeza y etimología*, 4.º; Madrid, 1638. De HERMANN PANNELLS. «Ex archetypo Velázquez.»

(2) Il desiderio di avere un re nato in Spagna, e come si dice di convessi mustacchi. BASSADONA: Relazione di 1653.

jinete, con armadura adamascada de oro, la flotante banda, el calzón y la silla bordados de oro, la larga crin del caballo; sólo falta el sombrero. La actitud del caballo fué variada en la estatua, por razones difíciles de comprender. Mientras en el cuadro el punto de gravitación está en la parte posterior, aquí se ha llevado más adelante, y la mano está más encogida, aunque no muy fuerte, y el animal no sube tanto como parece por la posición alta de la estatua. Finalmente, el caballo es más ligero y esbelto.

De todo esto resulta la poca consistencia de la admitida suposición de los cuatro retratos ecuestres de Felipe IV. El retrato ecuestre de Fraga-Lérida no ha existido nunca. El citado por Palomino con la inscripción *expinxit*, era el de 1623.

Echemos ahora una ojeada sobre dicho retrato.

Probablemente, para facilitar la obra del escultor, se ha elegido el rostro puesto de lado ó perfil. El caballo, una yegua castaña de pesados cascos, estrella en la frente y ojos de fuego, ha sido puesto, como casi siempre, en correcta corveta (1). La impresión del jinete es casi seductora; elegante silla, continente soberano y militar. La postura de la cabeza, la penetrante mirada dirigida al horizonte, el brazo extendido con el bastón de mando, representa gráficamente al general de caballería. La fisonomía es más viva que otras veces; con las sombras de las viejas habitaciones del antiguo palacio, han desaparecido también la rigidez de postura y el pétreo aburrimiento de las facciones. Las odiosas formas, tan descortésmente puestas de manifiesto con el fuerte relieve de la luz de las habitaciones, apenas se reconocen aquí. La luz de un cielo despejado esta vez favorece á la figura. Siéntese á la vez el aliento del aire matutino, sutil y penetrante, de la sierra castellana, henchir su pecho, y en sus venas agitarse una sangre más pura y me-

(1) «Esta alta escuela consiste en una elevación del cuarto anterior con las manos recogidas, gravitando el peso del cuerpo sobre las extremidades posteriores, inmóvil, durante un momento, como una estatua.» HEINZE: *Caballo y jinete*. Leipzig, 1877, p. 526.

nos densa. El admirable bruto, que tan perfectamente gobierna, parece comunicarle algo de su exuberancia de vida. «Caballo y caballero — dice Calderón de Felipe IV — parecen ser *una sola pieza*.» Se hacía dueño del espléndido animal, como jugando; «le hacía danzar al compás del freno, y parecía moverse en el aire con brincos y corvetas» (1).

En el paisaje, sobre cuyas colinas, gargantas y llanuras se espacia la vista en el radio de unas cuantas leguas, hasta las lejanas montañas, no se descubre la menor huella de existencia humana. Pero tal soledad no tiene nada de melancólica. Invita á la imaginación á vagar por aquellos horizontes, á poblarla de fantasmas, dando la sensación de que todo ello está guardado por aquellos gigantes de la montaña. Nunca las mesetas de Castilla, con su claro ambiente, el azul saturado de su cielo, casi verde, su profundo silencio, su arbolado esparcido y las líneas primitivas de su sierra, estuvo animada de colores tan característicos y poéticos á la vez. La perspectiva tiene algo de infinito. La indeterminación de los objetos hace que la mirada se pierda en aquellos azules valles como en la inmensidad del Océano; todo tiene algo del transparente elemento.

El cielo se aclara por la derecha, de modo que el jinete parece surgir bañado en luz, mientras las movidas líneas de la sierra caen hacia este lado.

De las encinas de la izquierda, que á otro pintor le hubiera proporcionado un fondo cómodo para el modelado del jinete, se ve sólo los característicos troncos que mandan copiosa savia á las hojas, de un verde pálido como de color de polvo; hasta

(1)

Deteniéndose en el aire
con brincos y con corvetas,
le hizo danzar al compás
del freno, que espuma engendra;
¿diré que eran de una sola pieza
el caballo y caballero?

CALDERÓN: *La banda y la flor*.

el tono de plata que domina el conjunto armoniza simpáticamente.

La figura aparece con brillo metálico en un diáfano ambiente luminoso, como una joya transparente engarzada en metal. En ella se refleja toda la luz: el oro brillante, el acero como espejo, la seda, las juveniles mejillas, el húmedo castaño del caballo, todo lanza rayos calientes. Los colores locales importunos han sido pospuestos; el penacho es blanco y negro; el calzón, color nogal; la banda, rosa con toques blancos. El paisaje filtra la luz, pero sólo en rayos fríos. El color atrae la mirada al fondo, y de allí le hace volver á la figura; pero el rostro, con su tez blanca y rubia y sus fríos reflejos azulados, no forma contraste con el fondo; está colocado en inmediata relación con el nebuloso cielo.

Mengs decía de este cuadro: «Si Tiziano supera al español en colorido, Velázquez le aventaja en la comprensión de la luz y la sombra, en la perspectiva, elementos necesarios en este estilo (naturalista), pues con ellos se obtiene la representación de la verdad...; es muy singular el modo fácil y determinado como está pintada la cabeza del rey, cuya piel parece que brilla» (1).

El pequeño lienzo en Pitti, quizá el modelo de la estatua de Tacca, parece un segundo ejemplar en forma reducida. La claridad del tono, la epigramática brevedad con que las facciones están pintadas en breves rasgos, se rebelan contra la hipótesis de una mano extraña. Anualmente se pedían copias, como es fácil de comprender, y se hacían en Madrid muy elegantes; pasaban por originales, y eran muy alabados y pagados como tales por los aficionados.

La mejor copia que yo conozco está en Hertford House (24" × 24"), y hace pareja con Olivares. Está saturada de color, pero con delicado pincel, y por la seguridad y sencillez de

(1) E singolare il modo facile e determinato con cui é dipinta la testa del Re che sembra rilucervi la cute. MENGES: Opere. Milano, 1856. II, 143, 164.

factura pintada por mano experta; pero el tono es pesado, sin brillo ni transparencia. Más ligero es el ejemplar de San Telmo en Sevilla, que procede de la galería de Salamanca, y fué regalo de la reina Isabel II á su hermana (46" \times 39") (1). Esta es la ocasión de mencionar el retrato ecuestre de tamaño natural de la galería de los Oficios, tenido largo tiempo por el modelo enviado á Florencia.

El rey aparece circundado de figuras alegóricas: una tonante diosa de la guerra, una fe que apoya la cruz sobre el globo y un moro detrás con celada. Como quiera que estas conocidas figuras rubensianas aparecen en otros cuadros y grabados, en su elevación al trono, Lucas Vorsterman dedicó al rey un fulgurante San Miguel á lo Rubens. Algunos aficionados, mejor enterados, consideraron el cuadro como una copia de un discípulo de Rubens de la escuela de Velázquez, que muy bien pudo ser Gaspar de Crayer, que, como es sabido, se encontraba entonces en Madrid. El pintor de Amberes estuvo cerca del cardenal infante en los últimos años de su vida; su retrato de 1639 gustó tanto en la corte, que el rey estuvo por abandonar su resolución de ser pintado sólo por Velázquez. Sin embargo, su autor está determinado por la edad del rey, que no es menos de cuarenta años. Crayer era, además, demasiado orgulloso para copiar unas vulgares figuras decorativas de Rubens (2). Finalmente, el retrato ecuestre pintado por él poco antes del infante en el Louvre, difiere por completo del de los Oficios en forma y color. Por su correspondencia con la descripción del retrato pintado por Rubens en el año 1628 en Madrid, hoy perdido, aparece en el inventario de palacio de 1636 una copia posterior, si bien la cabeza del rey, repintada probablemente del natural, es más vieja. El estilo es el de la

(1) Copias en la colec. del poeta S. Rorger, hoy en prop. de lord Northbrook, en Leigh Court, en la Academia de Viena (513).

(2) Cray era poco amigo de Rubens, y assi no le encargó ninguna de las pinturas que se embieron para la Torre de la Parada (bosquejados por Rubens). Carta del Inf. á Felipe, 10 Jun. 1640.

escuela de Madrid, en el cual se estudió y copió mucho á Rubens. Lo más probable es que sea de Carreño; pero es posible que Velázquez no fuese extraño á la cabeza y figura del caballero. Cómo llegó á Florencia esta enigmática obra, no se sabe; encontrábase ya en el siglo xvii en Pitti como obra de Diego Velasco.

Ninguna huella encontramos en el inventario de los palacios reales del retrato de Crayer. Sin embargo, existe aún: se destinó pocos años después de su ejecución para regalo de una corte extranjera, y se encuentra en la galería de Stokholmo (Nr. 762, 4,95 × 1,97). El embajador español Antonio Pimentel, que tuvo parte muy principal en la conversión de la reina Cristina, lo entregó en el año 1652 á esta princesa como regalo de su rey; encontróse primeramente en la gran galería histórica de retratos del palacio Gripsholn: la inscripción que conserva aún adherida procede de allí (1).

Está pintado fina y cuidadosamente, y lleva entera la firma de Crayer (2); quien recuerde el retrato del Louvre, le reconocerá á la primera ojeada. La extraña estructura de aquella yegua pía señala una raza completamente distinta de la de los caballos de Velázquez. La pequeña y fina cabeza con nariz remangada, el ancho y largo cuello profundamente arqueado, el robusto pecho, las piernas extraordinariamente altas, revelan su parentesco con el caballo del cardenal infante, bastante extraño también. Sólo las largas crines son españolas, y están atadas en tres haces con lazos encarnados.

El rey representa unos treinta años; es más fino, pero también más débil que en otros retratos. Con asombro podemos comprender por este retrato lo que Velázquez supo hacer del

(1) Philip IV Kong i Span. maladt of Velasques genom den Sp: minist. Pimenteli gifrit till drott Christina.

(2) El conde CL. DE RIS dice, por cierto: Il est certain que faute de pouvoir l'étudier de près, tout expert attribuira ce portrait au grand maître de Sevilla. C'est sa couleur, c'est son type bien connu. *Gaz. des B. A.*, 18, 14, 11, 221.

rey, y cuánta energía pudo comunicarle su estilo. Mantiénese echado atrás; las piernas están rectas; la mano derecha con el sombrero apoyada en la cadera. Viste traje de seda negra y lleva el toisón de oro. La brida y la montura son rojas con bordados de oro. El jinete se destaca en la superficie obscura de una puerta de cochera, embaldosada con piedras irregulares; las columnas indican un palacio. Detrás extiéndese el cielo azul pálido con nubes de oro.

LA REINA ISABEL

En el salón de los Reinos del Buen Retiro el retrato ecuestre de Felipe IV ostentaba como compañero el de su primera reina, Isabel de Borbón. Es una francesa del año 1679; su descripción es la primera que tenemos de un lienzo de Velázquez. «Era llena, blanca y muy agradable, de hermosos ojos y de aire dulce y espiritual» (1). A juzgar por las facciones, debe contar unos veinte años; los accesorios y el caballo fueron sólo repintados posteriormente por Velázquez, pues no sólo difiere la época del maestro, sino que se echa de ver también una mano extraña sin género de duda. Todo en la figura, con excepción del rostro, las manos inclusive, el vestido, la cumplida gualdrapa, está tratado en la manera minuciosa y seca de los anteriores retratistas, González, por ejemplo. Por el contrario, el caballo gris, del cual sólo se ve la parte delantera y los pies, y el paisaje á lo lejos, fué repintado con pincel amplio y jugoso, en tono verdoso claro, lo más pronto hacia el año 1640. En la mano izquierda del caballo, llevada un poco á la izquierda, se ve un *pentimento*, como también la huella de una cabeza del caballo más obscura debajo de la actual.

(1) Elle est à cheval, vêtue de blanc, avec une fraise au cou, et un gardinfant. Elle a un petit chapeau garni de pierreries, avec des plumes et une aigrette. Elle était gras, blanche et très-agréable: les yeux beaux, l'air doux et spirituel.

Además de las anchas tiras de tela á ambos lados, hay cosido en el ángulo de la derecha un cartel donde quizá hubo una inscripción.

El soberbio palafrén, comparado por Palomino á un cisne, con su crin hasta las rodillas, velando el perfil, marcha al paso hacia la izquierda; la amazona está vuelta. Las facciones no tienen ningún parecido con la conocida cabeza de Enrique IV; se aproximan más á la madre. El rostro está pintado con extraordinaria luz y delicadeza, en claro contraste con la voluminosa gorguera de gasa. Lo más bello son los ojos espaciados y la caída de la nariz. La frente, bastante ancha, está desembarazada de los cabellos oscuros, finamente rizados. El labio superior es algo ancho. Flota al viento una pluma blanca. Las mejillas, algo hinchadas abajo, aparecen ya en un grabado de L. Gaultier, en el cual aparece la princesa. Se ven las mangas de un jubón interior de seda blanca bordada de estrellas de plata. Cuello alto sobre la pesada amazona noguerada, bordada de oro, con sus iniciales, que cae hasta el borde de la gualdrapa.

La reina marcha tranquilamente al paso por una llanura montuosa con clara vegetación de follaje y arbustos, con cuya tonalidad verde plata armoniza el palafrén blanco. El primer término no está indicado por árbol ni objeto ninguno. A la derecha, una colina baja; á la izquierda descende una garganta; la vista se abre á una laguna, al lado de la cual hay una ermita con su torre de cuatro picos, un villorrio con otra torre; las nubosas montañas del lado de acá apenas se distinguen de las nubes. El traje de la reina era más adecuado á un paseo desde su palacio al Retiro por la calle Mayor.

Es interesante una copia que apareció hacia el año 1874 en los Oficios; probablemente fué enviada á Florencia en 1638 con el retrato ecuestre de Felipe.

RETRATO DEL PRÍNCIPE

El retrato ecuestre del príncipe fué, de todos estos cuadros, el que mejor acogida obtuvo. Todo lo que en una creación del arte de la pintura puede entusiasmar: vida y movimiento, estudio de luz y perspectiva, ambiente y brillo, masa y contraste, el carácter de letra y dominio perfecto de la técnica, serenidad é imperturbabilidad de la actitud, todo se encuentra allí reunido.

El príncipe, de edad de siete años, monta un pony castaño claro, con tanta firmeza como su padre; empuña el bastón de mando como un descendiente de D. Juan de Austria. En el año 1642 hizo reclutar á su costa un regimiento de caballería: la *Coronelia del Príncipe*.

Su *pequeño monstruo*—dice Palomino—ardía en deseos de entrar en batalla, seguro de la victoria debajo de su gigante. El pergamino era aquí apenas más ficticio que en su padre ó su abuelo. Los reyes de España habían olvidado hacía largo tiempo á blandir en serio este bastón de mando. El caballo, que salta del marco, se redondea en escorzo casi como una esfera en torno de la cual flotasen la crin y la cola, abundantes.

El traje es singularmente rico: amplio *chambergó*, cuello bordado; aquí y allá colorean el terciopelo verde obscuro y el rosa de la banda con bordados de toda especie; larga bota atezada.

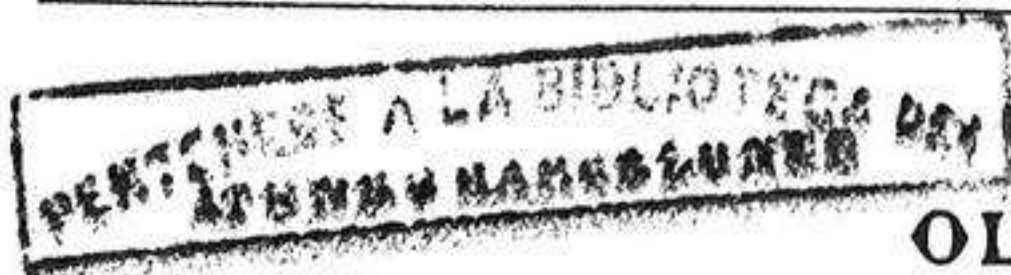
Por el contraste con el paisaje resulta, de todos los retratos ecuestres, el más deslumbrante y entonado. En un cielo matinal de primavera, surcado de nubes azuladas ó de un blanco brillante. El tono del ambiente verde azulado se extiende, sin una nota discrepante, por cielo y monte, repercutiendo en el arco de la silla. El valle y la montaña son fríos; sólo en el segundo término, entre dos pendientes arenosas, se ve un poco de monte. De lo hondo del valle sube una niebla

sutil, pero en los picos brilla aún la nieve. Ningún árbol señala el primer plano.

Sobre este fondo frío y saturado se destacan caballo y caballero como un acorde de castaño, amarillo, rojo y verde obscuro. El brillo del oro halla un eco en la plata de las nubes, en la nieve y en la niebla. Parece un tejido de seda labrado de hilos metálicos, una serenata para guitarra ó mandolina. Sólo el rostro está pintado con suaves colores blandos y luminosos. La mirada de sus oscuros ojos, firmemente dirigida al espectador, expresa la tranquilidad que da el hábito del galope en su movimiento ondulado. La tranquila calma de la naturaleza y la figura surgiendo bruscamente con su vibración metálica forma un segundo contraste. Parece como si al golpe de una varita mágica, dado en la soledad y calma del anchuroso paisaje, surgiese de repente el niño sobre su caballo.

Este cuadro es un paradigma de su estilo medio, y más que ninguno otro apropiado como medida de lo que él soñaba y realizaba en la plenitud de sus facultades. Se comprende mirándole á ciertos patrióticos glorificadores, que le colocan como colorista por cima de Rubens y el Tiziano. Por dichosa manera ha sido ejecutado con fluidez y con la mayor seguridad y facilidad, sin ningún escollo, habiendo quedado libre de arrepentimientos ni de retoques de su mano. Todo pintor mirará con envidia la duración de sus colores. Se desearía ser pintor para deshacer este fino y sutil tejido en que, sobre fondo claro, amplias pinceladas forman la trama de las grandes superficies por medio de desconches diversos, y las más veces medio ocultos repintes, que en toda la escala, desde el *toque* transparente hasta los opacos, tan pronto apagan y enfrían los colores locales, como los encienden ó los diseminan en puntos brillantes (1).

(1) Palomino vió el cuadro en el salón dorado (Salón de los Reinos) en el Buen Retiro, sobre la puerta á cuyos lados se encontraban los retratos ecuestres de los padres (III, 332). El cuadrito de Dulwich College no es un boceto, sino una vieja copia sin huella de los efectos de luz y color del



OLIVARES

Que había imaginado todas aquellas guerras, quiso también que le retrataran á caballo como caudillo, aunque nunca había olido la pólvora.

Este retrato ecuestre, constantemente celebrado y cantado por los poetas, del «gran protector y Mecenas» del pintor (*hechura suya*, como Palomino le llama en esta ocasión), encontrábase en el siglo XVIII en casa del marqués de la Ensenada, y sólo posteriormente le adquirió Carlos III para el nuevo palacio. Fué divulgado por un mediano grabado de Goya (1778). Cean Bermúdez dice que el pintor *se esmeró* singularmente en el referido cuadro. Tenía un modelo difícil de sobrepajar en el retrato del predecesor del Conde-Duque, el duque de Lerma, pintado por Rubens en el año 1603, igualmente á caballo y con armadura completa.

El orgulloso ministro quería aparecer como general en acción, mostrando á sus huestes el camino de la gloria con peligro de su propia vida. Está representado con coraza de bruñido acero, tachonada con adornos de oro, y sombrero y plumas á la chamberga, sobre un arrogante y brioso alazán roano, puesto en corveta, en el primer término. Vuelve la cabeza para llamar á sus huestes de retaguardia, indicándoles con la bengala el sitio adonde le deben seguir para conseguir la victoria, ya declarada en la vanguardia. Del lugar del combate suben columnas de humo. Después vióse en ellas un símbolo del incendio que, para desgracia de España, había encendido. Quevedo le compara á Nerón viendo el incendio de Roma (1).

modelo. La mejor reproducción (incluso de las pintadas) es la de Richard Earlom, publicada en 1784 por Boydell. Hubo una copia grande en la colección de Salamanca, hoy en la de Fernán Núñez. El cuadro del Hermitage (426) no representa á D. Baltasar.

(1) QUEVEDO, *A la muerte del C. D. Romance:*

El que sobre ser la causa
se gozó en ver nuestras penas,

La escena recuerda los cuadros de batallas del salón grande del Buen Retiro; José Leonardo representó al duque de Feria casi en la misma posición, visto por la espalda y volviendo la cabeza para escuchar lo que le dice un joven oficial, parado delante, y un paje de lanza que le sigue á paso acelerado. Olivares, el *dilettante*, soñaba con la guerra; no podía vivir sin ella (1). No sin envidia debió de observar aquella galería de generales reunida por él mismo, y en la cual *él* faltaba. Ya en la campaña contra los ingleses en Cádiz (1626), le fué concedido por el rey el título de general de la caballería española (2). La víspera de la guerra con Francia, cuando el vasco Otayza reunió cuatrocientos soldados escogidos, la mayor parte oficiales retirados, que debían repartirse en el un tanto joven ejército. En las revistas de la Puerta del Sol se veía ondear una bandera con los colores y las armas de los Guzmán. Esta soldadesca del ministro trató la residencia como país conquistado, tanto que el corregidor tuvo que dictar un bando prohibiendo llevar armas. En el año de 1640 organizó, en honor de su regimiento de valones, un banquete en el Buen Retiro. Cuando, con motivo de la represión del levantamiento de Cataluña, crearon los grandes de la corte el regimiento del Príncipe, también Olivares movilizó un escuadrón de *hidalgos* á su costa; el cual, en la batalla de Las Horcas (7 de Octubre de 1642), hizo «prodigios de valor». El capitán se mantuvo fuera de la línea de los fuegos. El historiador de la corte, Virgilio Malvezzi, ático bolonés, había ya dicho «que no le faltaba ninguna cualidad de gran general, excepto la de no entrar en campaña» (3).

como á Roma cuando ardía
vió Nerón sobre Tarpeya.

(Obras, III, 485.)

(1) Según CONTARINI dijo en cierta ocasión, *che non puo stare senza far guerra.*

(2) KHEVENHILLER: *Anales Ferdin.*, X, 1.033.

(3) El Conde-Duque, para ser de los mayores generales, ninguna virtud le falta; y para que le confiesen todos los que le vean general, le falta

Este general académico y de guardarropía no podía hacer pareja con el Tiziano de Carlos V, cuya solitaria figura, sacada de una *real y efectiva* batalla, era una fatal vecindad. Su generalato era una *broma*, como sus cabellos negros. Los hábitos del ya maduro varón no tenían nada de militares. Sus enemigos se burlaban de tan «heroico ministro y grande hombre», que (como sucedió en Barcelona, 1632) rehusaba subir á un barco porque se mareaba (1).

Cuando, en 1635, se expuso su retrato á la venta en la calle Mayor, fué apedreado por los *mozos* en pleno día (2); lo mismo ocurrió en Zaragoza en 1642.

Sin embargo, no nos podemos acercar á este cuadro con esta erudición histórica; si no se supiera quién es, se le tomaría indudablemente por un general auténtico de las grandes campañas, por un caudillo de los centauros cubiertos de armaduras. Los tipos se conservan, así como los nombres, cuando ya han desaparecido ha largo (3) tiempo su espíritu y su fuerza.

El retrato estaba destinado para formar pareja con el del rey, con el cual se le representa en las copias. La plateada encina no es más profunda que la lontananza y el cielo. Blancas luces brillantes se extienden sobre nubes, sobre los fuegos y el cuello. La actitud de caballo y caballero no es inventada por el artista, sino tomada de la escuela de Rubens. Recuerda el retrato del conde Alberto de Arenbergh, el cual difiere en tener la bengala en la mano con el brazo vuelto, en el boceto de

soltanto no pelear en los ejércitos. Le excluyen del nombre del gran soldado, mas el mandar en ellos le da el de gran general. V. MALVERZI: *Sucesos principales de la monarquía española en 1639*. Madrid, 1640.

(1) De esto se ríen el Richelieu y el Sueco, hartos de andar á mosque-tazos. ¡Y que piense ser heroico ministro y hombre grande quien no sabe sino de cosas muelles y flojas! NOVOA: *In docum. inéd.*, 69, 170.

(2) Si è detto che a un ritratto del Conte, che teneva un pittore nella strada maggiore per vendere, fusser tirati sassi da ragazzi. Florent. Desp., 4 Agosto 1635.

(3) Le héros fait le geste de commandement avec naturel et simplicité, et de même qu'il va se battre franchement, sans rodomontade et sans emphase, de même l'artiste le peint sans declamation, etc. CHARLES BLANC.

Isaías de Van de Velde en el museo de Rotterdam (217), ambos están sentados más cómodamente, recostados. Pues nuestro caballero produce una impresión nada airosa, lo cual proviene además de las cargadas espaldas y la posición un tanto acurrucada, de que el caballo parece como que retrocede hacia el jinete. Los negocios y las intrigas de la corte hicieron esta figura del más elegante caballero de Sevilla. Los aduladores llamaban á estas arqueadas espaldas como se dice en el *Gil Blas* de otro jorobado, «espaldas del Atlas de la Monarquía» (1). Velázquez pudo muy bien haber visto en su visita al palacio de Balbí en Génova el año 1629 el notable retrato ecuestre, muy semejante al nuestro de Francesco María Balbí de Van Dyck.

Del retrato que estudiamos hay dos pequeñas reproducciones en tamaño medio. Una la posee el escocés lord Broomhall Tifeshire; la otra está en la galería Schleissheim. El ambiente indica una fecha anterior; mientras que los grupos sólo difieren en que el caballo es en ambos una yegua pía.

La pendiente rocosa en que se destaca el caballo aparece bastante escarpada, de suerte que la perspectiva de la llanura se une con la parte más alta de la colina. El cuarto delantero del caballo se destaca sobre las blancas columnas de humo.

Esta disposición fué ideada primeramente para el retrato grande. Aun se nota bajo la superficie actual la línea ascendente de derecha á izquierda del contorno de la montaña. Pero después el pintor prefirió crear un segundo término, al mismo tiempo que suavizaba la pendiente de la colina, haciéndola visible para el espectador, para poner entre el comandante general y el combate una especie de garganta. En medio de la senda, en la vertiente, se ve un caballo muerto, y más lejos

(1) CALDERÓN: *Casa con dos puertas*, I.

Con quien el peso reparte
de tanta máquina, bien
como Alcides con *Atlante*.

un trompetero galopando; las masas de tropa que pelean son más importantes.

También son de notar, por otra parte, algunas variaciones. En vez de las espesas masas de nubes taladradas aquí y allá por rayos de sol, aparece aquí el cielo azul rayado por estratos, que alternan con copos y borras algodonosas. El tronco de la encina de la derecha, rodeado allí de delgadas y penetrantes ramas polvorientas, están aquí revestidas de masas de hojas que suben hasta más arriba de la cabeza del jinete.

Pudiera tenerse por el ejemplar más antiguo el escocés, más obscuro. Magnífico retrato que se acerca cual pocos al color de los venecianos. Todo el que lo ve habla entusiasmado de su vida maravillosa, de la pasmosa maestría del color y del claro-oscuro del dibujo del caballo. En lo que se refiere al detalle, difícilmente podría alcanzarse tal manifestación de potencia artística en tan reducido espacio (1). Rara vez aparece más arrebatadora é inimitable la luz reflejada de Velázquez. El cielo azul intenso, recortado por blancas y luminosas nubes, da el fondo para la figura, iluminado por un rayo de sol. El oro del adamascado de la armadura, de los arneses, el brocado del paño que cubre la silla y del calzón, el relampaguear de los mosquetes, todo brilla como un atavío de oro, diamantes y piedras preciosas.

El tercer ejemplar pasó en el siglo XVIII, atribuido á Gaspar de Crayer, de la galería Manuheimer al palacio Schleissheim, y de allí, cuando Otto Mündler (1865) lo declaró de Velázquez, á la Pinacoteca de Munich. Recientemente ha sido trasladado otra vez á su antigua residencia.

En la dirección y disposición de sombras y contrastes nunca ha ido más lejos. Quiso hacer una vez en serio la luz de pleno día de una tarde de verano española. La parte más oscura

(1) ATHENAEUM: 1876. I, 62. WAAGEN: *Treasures*, IV, 444. Of great life and animation of conception admirable in Keeping, and broad and masterly in execution. Grösse 49'' X 40''. Schleissheimer Bild, 1,35 X 1,14. El del Prado, 3,13 X 2,39.

es la armadura, que irradia los reflejos metálicos de una superficie bruñida. La cabeza gana con esto. El que se haya representado al Conde Duque por los oscurecidos y apagados retratos de sus discípulos con sus sombríos colores, se maravillará de los ojos azules de aquella fisonomía y barba rubicundas de un verdadero godo.

Como quiera que este Schleissheim-Velázquez hubiera sido recientemente calificado resueltamente por opiniones autorizadas, como «indudablemente una excelente copia ó un hábil pastiche, y descartado en tal concepto» (1), el autor de esta obra, con el objeto de examinar el cuadro, y realizando un pensamiento anterior, volvió el año 1901 á hacer una excursión al palacio Schleissheim, y en una tarde de verano estuvo más de media hora sentado delante de él. Pero aun con más claridad que ante aquel oráculo de Madrid, me pareció que dicho lienzo difería profundamente de todas las numerosas copias y modernas falsificaciones que yo había visto hasta entonces. Ya de por sí aquel difícil sistema de variaciones de entonación gradualmente aclaradas es algo que no se le ocurre precisamente á un copista. Y las pequeñas modificaciones son de tal entidad, que sólo pueden provenir de un cerebro que lleva muchas cosas propias encerradas dentro de sí. Por ejemplo, los plateados arneses de la grupa del caballo, que tanta vida comunican á la blanca superficie. Quien quisiere observar al pintor ante su caballete lleno de su visión, debe mirar este lienzo. ¿Quién sino él, por medio de incesantes variaciones de finos matices, desde las transparentes tintas oscuras y el verde obscuro saturado hasta los blancos (dominantes) tan variados del humo de la pólvora, del caballo, de las nubes, en la luz difusa podría alcanzar con tan magistral seguridad en los sueltos y desunidos rasgos y puntos con la marmórea plasticidad de aquel jinete que parece alzarse del suelo y salirse

(1) BERUETE: *Velázquez*, pág. 109. Ambas cosas se contradicen, así como el *à non pas douter*.

del marco? Este juego de prestidigitación era incomprendible en un tiempo en que Velázquez ni era conocido ni estimado, pues el retrato fué adquirido después bajo nombre supuesto (de Crayer). La piedra de escándalo es probablemente esta misma claridad y finura de la obrita, que no armoniza con la idea dominante de los rasgos genialmente abocetados.

Recientemente se ha copiado el retrato de Madrid del tiempo de su apogeo ministerial, á menudo como pareja del rey. Tales copias, llamadas bocetos, se encuentran, por ejemplo, en la galería de Hertford House; en ella se há alcanzado con fortuna el colorido del original. En la galería de San Telmo hay una de menos valor.

En cuanto á la fecha del retrato, la edad del modelo y el estilo pueden dar datos aproximados. La cabeza no tiene aún el aspecto de hinchazón senil que vemos en el grabado de Poncels (1638). Por el tono y el claro-oscuro podría colocarse antes del retrato del príncipe de 1636, no muy lejos de la galería de capitanes del Buen Retiro.

CARLOS JUSTI

CRÓNICA LITERARIA

Tres poetas.—*Estrofas*, por Ricardo Catarineu.—*Vendimias juveniles*, por Manuel Ugarte.—*Alma—Museo—Los cantares*, por Manuel Machado.

De algún tiempo á esta parte se observa un renacimiento en la lírica castellana. No sin vacilación he escrito la palabra renacimiento. Tal vez es demasiado vasta para el asunto. Quizás hubiera sido preferible decir en términos pedestres y llanos que se publican más libros de poesías dignos de leerse y aparecen más poetas merecedores de este excelso título que en el período que siguió á los triunfos de Campoamor y Núñez de Arce.

En realidad, la lírica es el género que en nuestra literatura ha padecido menos las mudanzas de la fortuna. Desde el siglo xvi hasta los días actuales, los momentos de esterilidad ó decadencia son relativamente breves, y hasta en períodos en que los demás géneros literarios decaen grandemente, como el siglo xviii, ella se conserva y mantiene. No ha podido haber, pues, un verdadero renacimiento, puesto que no ha existido un largo eclipse de este género literario, ni tampoco puede admitirse la desmedida pretensión de algunos admiradores de la nueva poesía, que en prólogos ó en artículos encomiásticos de los poetas modernistas nos enteran de que jamás las musas castellanas tuvieron tal agilidad rítmica, ni penetraron tan hondo en las almas, ni sirvieron tan bien á la belleza como ahora se la sirve por los vates del modernismo.

En este punto se desatina mucho hasta por escritores de cierta autoridad, y se menosprecia injustamente á los grandes poetas españoles del siglo XIX, acusando, v. gr., á algunos de huecos y campanudos, sin pararse á examinar siquiera la relación visible entre los asuntos que trataron, y su estilo poético y la influencia que aquéllos ejercieron sobre éste. A estos juicios precipitados é injustos, que no alcanzarán seguramente la consagración de la historia literaria, contribuye lo poco que se lee á los poetas de la primera, y aun á muchos de la segunda mitad del siglo XIX; el crepúsculo histórico en que van quedando sumidos, ni cerca ni lejos, en el punto confuso del tránsito de la visión histórica, del paso de la visión contemporánea á la visión lejana de lo pasado, y la falta de aptitud de muchos de los que escriben de cosas literarias, para apreciar la influencia de las variaciones del gusto en el juicio que formamos de los autores algo lejanos que no van vestidos á la misma moda intelectual que nosotros y no han llegado á la consagración estatutaria de los clásicos, que son ya como la escultura, para la cual no rigen modas del vestir. Indudablemente, sentimos más de acuerdo con los poetas contemporáneos nuestros, los entendemos mejor y nos cuesta menos trabajo aplaudirles cuando aciertan, porque participamos del ambiente en que ellos se han formado y del fondo de ideas y de sentimientos que cantan. Pero esto no debe ofuscar nuestro juicio; antes bien, debemos despojarlos y despojarnos nosotros mismos de estos accidentes históricos para apreciar comparativamente sus obras. Entendemos mejor á la nueva generación de poetas, sentimos más con ella, pero no podemos sin una aberración manifiesta declararla superior á aquella cohorte de poetas en que hubo un Zorrilla, un Becquer, un Tassara. ¿En qué son superiores los de ahora? No lo son en la rima, no lo son en la expresión. En lo único en que se les puede reconocer alguna superioridad es en lo que procede del ambiente social, en lo que es obra del progreso de las ideas y de la afinación gradual del gusto. Tienen más libertad y más varie-

dad en los asuntos; su psicología ofrece más matices y es más complicada; pero en cambio, otras condiciones poéticas, como la elevación y la grandeza, les faltan, ó sólo las poseen en muy escaso grado.

Sin insistir en estas comparaciones, que he apuntado solamente para salir al encuentro de las exageraciones en que frecuentemente se incurre al hablar de nuestra lírica novísima, justo es reconocer que entre sus cultivadores hay excelentes poetas. A tres de ellos voy á consagrar esta crónica, y la aproximación casual en que los junta el azar de mis lecturas servirá para mostrar dos cosas: que no hay diferencia esencial entre los poetas hispano-americanos y los españoles, y que con la poesía que suele llamarse modernista, caracterizada por una tendencia innovadora en la rima, por la afición á los asuntos exóticos é históricos, por la tendencia á lo anormal, á lo raro y á lo exquisito, conviven, sin desmerecer, las formas rítmicas y las concepciones poéticas que podemos llamar tradicionales, y aun antiguas, pues ahora anda el tiempo tan de prisa que á menudo resulta antiguo lo de ayer.

* * *

El primero de los poetas de quienes voy á hablar brevemente es Ricardo Catarineu, periodista notable, crítico dramático muy concienzudo é independiente y delicado poeta antes y después de haber ejercido esos otros oficios literarios. Su libro *Estrofas* es una breve colección de poesías de gran valor artístico. Catarineu no es modernista, ni superhombre: se contenta con ser un verdadero poeta, dueño de la rima y dotado de una gran sensibilidad comunicativa. Tiene este escritor una modestia extremadamente simpática que contrasta con el cabotinesco orgullo que padecen no pocos cortesanos de Apolo y discípulos más ó menos aprovechados de las musas.

Cuando en su *Ofrenda*, en la ofrenda de sus versos á los jóvenes poetas, dice

Con un humilde ramo de violetas
Vengo á vuestro jardín amplio y frondoso,

no podemos menos de pensar que esas violetas valen mucho más que la mayor parte de las pretenciosas orquídeas y crisantemas que se cultivan en las estufas literarias.

Catarineu cultiva los metros y las combinaciones tradicionales. No se inclina á las innovaciones métricas, de las que dice con razón Unamuno en el prólogo á otro libro de poesías, de Manuel Machado, de que se hablará más adelante, que son muchas veces artificios visuales, cuando no tipográficos. Tampoco persigue en sus poesías á la novedad por el camino de las sensaciones raras y anormales. Acaso piensa que en el fondo de los fenómenos del espíritu humano hay un manantial inagotable de originalidad. Los grandes sentimientos de la especie no envejecen. Viejo como el mundo es el amor, y sin embargo el sentimiento de la pareja primitiva arranca cada día nuevos acordes de las almas.

No, las cosas bellas no envejecen. Cuando Catarineu, en sus poesías *La casa cerrada* y *Visión nocturna*, nos presenta una pareja amorosa como representación de la eterna fuerza renovadora del amor, en medio de la caducidad de las cosas, del olvido, de las ruinas que va causando el tiempo; cuando en un madrigal pinta el contraste entre los labios que dicen amor y los ojos indiferentes y fríos que lo niegan; cuando en *Ideal* habla de la visión de ensueño que visita las noches del poeta, sigue sin duda un camino que han recorrido muchísimos poetas; pero en esa senda hay perspectivas nuevas para el que sabe verlas. Esos paisajes morales se transforman ante los ojos que los miran.

Entre las poesías de Catarineu que más honda impresión me han causado está *Plegaria*. Propiamente hablando, no es una poesía religiosa, no es la poesía de un creyente. Es una plegaria laica, ó mejor, agnóstica, en que se ruega por los seres queridos, por la mujer amada y por los hijos, á un Dios ignorado, al gran misterio de las cosas, al Poder que teje los hilos del destino. Lo más conmovedor en ella es la intensa ternura, el puro sentimiento familiar, que aquí no aparece con

la ñoña expresión con que suele presentárenos en la poesía moderna las raras veces que á ella asoma este sentimiento, sino lleno de espontánea y jugosa realidad. Triunfa en esta bella composición la poesía de las cosas sencillas, naturales, de los sentimientos que anidan en todas las almas, poesía que por su misma sencillez, por luchar con la vulgaridad del asunto, es más difícil que la que persigue á la atención con delirios y extravíos espirituales. Al mismo tiempo es una poesía más generosa y expansiva, que hará latir más corazones y es fuente de más caudalosa emoción.

Lo propio ocurre en las poesías en que Catarineu canta el amor. Así como en los más refinados y quintesenciados amores la raíz honda y primitiva es el impulso sexual, á través de todas las complicaciones psicológicas modernas late el eterno dúo de Romeo y Julieta. El amor cambia de accidente, no de esencia.

El libro de Catarineu lleva un excelente prólogo de Manuel Bueno.

* * *

Al escritor argentino D. Manuel Ugarte, de quien más de una vez hemos hablado en estas crónicas, no le conocíamos como poeta hasta la publicación de su libro *Vendimias juveniles*. Ugarte es un cronista, un cuentista, un crítico. También ha escrito, con menor fortuna, de sociología. Tiene estilo, vivacidad de espíritu, buen gusto y entusiasmo. Como poeta en verso no se nos muestra inferior al prosista. Buena parte de las composiciones reunidas en sus *Vendimias juveniles* tratan asuntos franceses, escenas de vida parisiense; pero la rima, la música es puramente española. Desde el punto de vista de la métrica, Manuel Ugarte es uno de los poetas americanos más españoles, y de los que mejor versifican. Es un vate español por los metros, francés por la inspiración.

Citemos entre los versos de las *Vendimias juveniles*: el *Retrato*, que es una pincelada poética, distinguida y elegante; *Andaluza*, composición briosa y ardiente; *Rosas de ayer*, *Los*

E. M.—Octubre 1907.

alfileres, de corte de madrigal. Ese tono de madrigal, galante y tierno, aparece en otras diversas poesías, pero las hay de más altos vuelos, de sentimentalidad más profunda. Tales son *Visión desvanecida*, en que el poeta recuerda esa fugitiva figura de mujer que cruzó un día por delante de nosotros, que era tal vez el amor, que era tal vez la felicidad, y á quien, sin saber por qué, dejamos pasar sin irnos tras de ella, sin hablarla, sin desflorar su misterio de desconocida, y que acaso por ese mismo misterio nos ha dejado la huella de una sonrisa en el alma. *Camino del Moulin Rouge* es de sabor romántico. Canta el poeta una hora amarga de la cortesana, un momento en que siente y se duele de sí misma la muñeca del placer. El romanticismo exageró sin duda la rehabilitación literaria de los caídos, de los degradados, de los miserables de todas clases, pero al menos tuvo el mérito de hacer resaltar que todos esos naufragos de la vida eran también personas, y podían sentir alguna vez con nobleza y purificarse con lágrimas. La poesía de Ugarte es sentida y no declamatoria. Más alegre es *Domingo en el campo*, idilio juvenil de griseta y estudiante, ó de costurera y poeta incipiente, que no son nadie y son esas cosas bellas y augustas que se llaman *Juventud* y *Amor*. El alegre ritmo de esa poesía es movido y vivo, como una marcha de organillo ó un vals rápido de orquesta popular. Es la alegría inconsciente, el amor á la vida, la ilusión de amar de las almas nuevas, no usadas aún por los desengaños. *Musa de ajeno* es una poesía baudelaireana, de expresión intensa y fuerte:

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
 INSTITUTO VASCO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Tus ojos de felpa obscura
 Tienen extrañas virtudes.

Podría prolongarse la cita, pues las *Vendimias juveniles* ofrecen gran variedad de matices poéticos. Pero otro poeta nos espera.

*
 * *

Manuel Machado es todo un poeta, un egregio poeta, como dicen los italianos. Debe de producir poco. Acaso cincela como

Heredia, aunque en otro sentido más interior, pues evidentemente Machado no es un esclavo de la rima, ni un adorador de la forma en el sentido parnasiano. Buen número de las composiciones que ahora nos presenta en su libro *Alma, Museo, Los cantares* se habían publicado ya.

Es, ante todo, un poeta delicado, exquisito. No encontraréis en sus poesías nada tosco, nada vulgar, nada que desentone de un gusto refinado, lo mismo cuando acomete asuntos históricos, como la glosa de una escena del Myo Cid, que cuando escribe esa graciosa y aérea fruslería titulada *Aleluyas madrigalescas á una amiguita*.

Sus poesías son muy variadas. Forman una pequeña antología de motivos poéticos, que va desde las composiciones de autoanálisis psicológico en que el poeta canta el desaliento, la disolución de la voluntad, hasta los cantares de ritmo andaluz, que parecen rimar con una lejana música de guitarra, ardiente y apasionada.

Los cuadritos y retratos históricos que forman la sección titulada *Museo* son de lo mejor del libro, y, á mi parecer, está en ellos perfectamente entendido el carácter de la poesía histórica, la cual no necesita ser una minuciosa reconstrucción erudita, sino ante todo una resurrección plástica que hable á la fantasía. Composiciones de éstas hay de una gran exactitud, como *Castilla* (el episodio del Myo Cid), *Retablo, Don Carnal*. Otras se alejan más de la Historia, que es su fuente y modelo; pero importa poco que se permitan algún capricho imaginativo, porque dan la sensación de las cosas y sentimientos pasados. Esta es la misión del poeta y, en general, la del artista en los asuntos históricos: dar la sensación de lo pasado. La sensación es mucho más vaga que el concepto, y no exige la precisión del detalle ni la nimia exactitud arqueológica de los trabajos de erudición. Es un conjunto lo que nos ofrece. Además, estas poesías históricas se escriben para todo el mundo, es decir, para un público que tiene cultura superficial, que no suele pararse en pormenores, ni está preparado para compulsar el

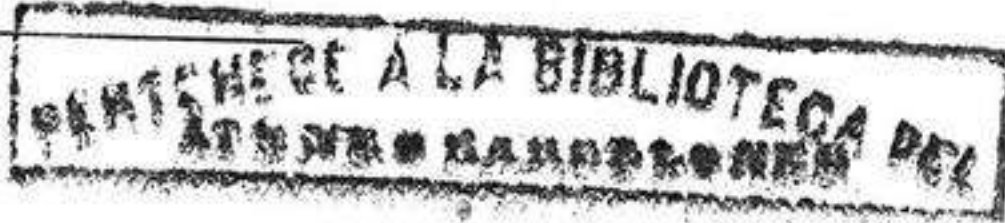
grado de verdad histórica de las imágenes que el poeta le presenta.

Las poesías que me parecen menos importantes en la obra de Machado son las que se agrupan bajo el título *De la historia de Pierrot*. Estos personajes de comedia de marionetas, elevados á símbolo de la comedia humana, son amanerados, pequeños; siguen siendo fantoches, aunque sean fantoches sentimentales. Su simbolismo no tiene raíces entre nosotros, es exótico y pegadizo; inspiran á lo sumo curiosidad, no interés. Y eso que Machado, con ese dón de delicadeza y de medida que distingue á sus poesías, no exagera, no hincha demasiado estas figuras frágiles, no las hace demasiado trágicas ni demasiado símbolos. En su colección de versos son un episodio.

El autor de *Alma* es un espíritu muy culto, y para cultos son principalmente sus poesías, no por obscuras ni por intrincadas, que no lo son, salvo alguna que es excepción en esto, porque carecen, por lo general, de la fuerza y el ruido con que los poetas populares mueven las almas dormidas de la multitud, que no se agitan con leves arpegios ni con sabias armonías, y sí se abren á los gritos de pasión ó á las sonoras estrofas cuya vibración se prolonga muy á lo lejos. Es demasiado exquisito este poeta, está demasiado absorto en su propia alma, es demasiado intelectual, *demasiado representación*, y lo que mueve á las multitudes, lo mismo en arte que en la vida, es la acción, el proselitismo, lo comunicativo. Los espíritus muy refinados no sirven para eso. Desprecian la acción, miran con recelo la efusión. Sus obras tienen que ser regalo para pocos, pues sólo sus semejantes, los que sienten como ellos, pueden apreciarlas justamente.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS



SUMARIO.—COSTUMBRES: Falsarios y falsedades artísticas.—LITERATURA: Shakspeare juzgado por Tolstoi. = CRÍTICA: Errores geográficos.—Déficit y súperat.—El sherlokholmismo.—Orden del día.—CUESTIONES SOCIALES: El complot contra la familia.—PEDAGOGÍA: La composición italiana.—IMPRESIONES Y NOTAS: La leyenda de Santa Cesárea.—Las ratas.—El Sion-Tao.

COSTUMBRES

FALSARIOS Y FALSEDADES ARTÍSTICAS. — ¿Se puede estar seguro de que un cuadro atribuido á Rafael, á Velázquez, á Rembrandt, á Murillo, es realmente obra de estos artistas? Pablo Gsell ha dirigido esta pregunta á los más perspicuos inteligentes y á los peritos más acreditados, y todos, según afirma en *La Revue*, le han contestado que no. Jamás puede certificarse de una firma célebre con seguridad plena y absoluta; las pruebas que en la mayoría de los casos suelen darse, son más bien presunciones morales, pero no argumentos de hecho; de modo que no puede uno estar seguro de poseer una obra auténtica sino cuando la ha comprado directamente al mismo artista, ó cuando el autor la reconoce como suya. Y... ¡aún!

Supongamos un escultor ilustre y ávido de dinero: los encargos afluyen y no puede servirlos. ¿Los rechaza? No; un ejército de auxiliares le ayuda; y mientras él se dedica á una estatua, ellos hacen las otras y él las firma todas. ¿No se ha visto y se ve eso? ¿No se ve hasta en la literatura misma, obras, novelas sobre todo, escritas por uno y dadas á luz con el nombre de otro? Y si eso sucede con las obras contemporá-

neas, ¿qué decir de las antiguas? No hay modo de comprobar su autenticidad. — ¡Pero si este Chardin viene de mi abuelo, que lo había heredado de su padre, que lo había comprado al señor Tal, á quien el mismo Chardin se lo había vendido! ¡Aquí tengo los papeles de todas estas ventas y transmisiones! — ¿Y qué prueban esos papeles? ¿No se imita la escritura mejor que los cuadros? Y aun admitida la autenticidad de los papeles, ¿quién asegura que no se ha sustituido una copia al original? — Es verdad; pero he aquí un techo de Fragonard, pintado sobre el mismo yeso, y que no se ha movido desde que el duque de Tal hizo el encargo á Fragonard en el siglo XVIII. — ¿Y no ha sido restaurado el hotel desde entonces? — Sí, señor; varias veces. — ¿Y creéis que los modernos vándalos encargados de esas restauraciones han dejado en el techo ni un centímetro cuadrado de la pintura original? Esos bárbaros frotan con trípoli y con papel de lija como si se tratara de una escopeta, y en cuanto han pasado por alguna parte, ¡adiós, maravilla! — ¡Bueno, bueno! Pero lo que es de este Watteau no hay nada que decir: el célebre perito Tal, después de haberlo examinado escrupulosamente, lo ha declarado indiscutible. — Pero ¿usted cree en los peritos? ¡No me haga usted reír! Su sistema es conocido: tienen catálogos de todas las exposiciones y ventas celebradas desde hace muchos años; los consultan, y si comprueban que un lienzo ha sido vendido dos ó tres veces como Watteau, proclaman que es un Watteau; y esa es su ciencia: de ahí que los propietarios de lienzos no catalogados pongan tanto empeño en hacerlos admitir en las exposiciones: recibida la dichosa etiqueta, ya puede circular el cuadro como moneda de buena ley.

Verdad es que los peritos tienen otros elementos para formar juicio, y que pueden dictar sus sentencias atendiendo á signos materiales que estiman convincentes. He aquí un Rembrandt; la firma, contrastada con lente, es la del maestro; la tela es de las dimensiones que solía emplear; es del siglo XVII, como lo acredita el grano del tejido; los colores son los usados

habitualmente por Rembrandt: gris-rojos, pardos y oros; los tonos están aplicados con arreglo á los procedimientos del mago holandés: empastes de blanco dorado en las luces, frotos muy líquidos en las sombras, toques diáfanos en los claro-oscuros; los personajes son los que él se complacía en pintar: turcos revestidos de resplandecientes bordados, filósofos pensativos, rudos carpinteros y mendigos: aquello es evidentemente un Rembrandt.

Pues puede no serlo. Lo más fácil de imitar son los signos de esa especie. El primer cuidado de los falsarios es el reunir en su imitación todas esas pruebas materiales de autenticidad; para ello compran malos cuadros antiguos, raspando su pintura para aprovechar el lienzo; los que se dedican á falsos dibujos cortan las hojas de guarda de los libros antiguos con el mismo objeto; y vencida esta dificultad, las demás son puro juego para ellos. Lejos de ser una prueba las garantías materiales, cuantas más garantías se acumulen más motivos hay para desconfiar.

Además de esto los expertos se equivocan; y si no, ahí está la historia de la famosa tiara de Saitafernes, con la enorme plancha que con ella han hecho los peritos de más fama. Eso sin sospechar de la lealtad de esos señores, aunque hay motivos para ponerla en tela de juicio. ¿No es para asombrar que, en cuanto un maestro se pone de moda, por todas partes aparecen obras suyas certificadas por los peritos como auténticas? ¿Llegan los Fragonard á obtener grandes precios? Pues todos los Huberto Robert hechos en Tívoli, y todos los antiguos retratos de la escuela inglesa, se bautizan Fragonard. Este fenómeno se ha repetido y se repite muchas veces con Ruysdael, con Rubens, con Velázquez, con Goya, y las víctimas de tales errores de los peritos, voluntarios ó involuntarios, son los pobres aficionados. No hay que compadecerles, sin embargo, demasiado; hay pocos que amen verdaderamente los cuadros, y que merezcan el nombre de aficionados; no se compran en general las obras de arte por sí mismas, sino por reclamo y por

especulación. Si el banquero tal compra un Goya, no es porque lo admire, sino para dar al público la impresión de la importancia y solidez de su casa de banca; de paso, espera también que los valores Goya sigan subiendo, y que lo comprado en 100.000 francos pueda venderse en 200.000.

Para lo que pueden servir los signos materiales es para probar la falsedad cometida. Supongamos que en el papel de un dibujo firmado por Rubens se lee en la filigrana 1890; es evidente que aquel dibujo es falso; lo mismo sucederá si en el dibujo ó en el cuadro se ven trajes del siglo XVIII, ó un globo, ó un tren. Para esto hay que fijarse mucho, y no dejarse llevar de las apariencias, como le sucedería al que rechazara un supuesto Rembrandt porque sus figuras aparecieran con sombrero de copa, pues hay muchos sombreros de copa en las estampas de Rembrandt.

Las presunciones morales tienen para Gsell más valor que las pruebas materiales. En las obras de arte el alma es el todo. Hay que buscar en los cuadros el alma del artista, y si se encuentra en ellos, la obra es suya. Quizá no sean esas presunciones tan decisivas como ciertas pruebas materiales; posible es que grandes pintores hayan firmado obras malas en las que su genio no haya intervenido; y tampoco es imposible que en momentos de depresión física ó moral hayan hecho alguna chapucería; pero como en tales casos su verdadera personalidad está ausente, en realidad no hay error en afirmar que aquellas obras no son suyas. Por el contrario, si una obra reúne todos los caracteres de un autor determinado, tampoco hay error en afirmar que es suya, aunque quizá la haya ejecutado otro.

Pablo Gsell desprende de su trabajo algunas conclusiones que le sirven para formular las reglas siguientes:

No hay que ocuparse nunca de la autenticidad de una obra que se quiere comprar.—Hay que burlarse de la firma que lleve.—No hay que dar importancia ninguna á los signos materiales que el vendedor hace valer para atestiguar la autenticidad.

dad.—Deben desdeñarse como papeles ridículos los certificados escritos.—Hay que atenerse exclusivamente al valor artístico de la obra misma.

Sabida es la broma de Miguel Angel. Hizo una imitación del antiguo y la enterró; alguien exhumó la escultura, y tomándola por una obra griega, alabó su perfección; la estatua carecía de un brazo; Miguel Angel se lo había roto, y al presentarlo quedó probado que él era el autor de la famosa maravilla. Pues bien: si un aficionado hubiera comprado aquella estatua por su belleza únicamente, ¿se hubiera juzgado víctima de un robo al saber que no era una antigüedad, sino una obra de Miguel Angel?

Otra observación. No se deben comprar obras atribuidas á maestros antiguos que se han puesto de moda, pues se corre el riesgo de comprar una falsificación, y en todo caso de pagar las obras muy por encima de su verdadero valor. En cada época hay preciosidades que, no siendo de moda, son de modesto coste; esas son las que deben coleccionarse. Y la elección debe dirigirse, no sólo á las obras antiguas, sino también á las contemporáneas; el inteligente encuentra á veces obras maestras en el taller de artistas todavía desconocidos, y además de alentar con su adquisición al artista y de enriquecer su colección hace un buen negocio, pues á lo mejor las obras de aquel autor conquistan el favor público y su valor aumenta de un modo fabuloso.

En suma: la regla única para el aficionado debe ser siempre la de comprar lo que es bello, sin mirar la firma y sin dejarse llevar de la corriente de la moda. Pero ¿y qué es lo bello?... ¡Ah! A eso sólo se puede decir con Sganarelle que... «Aristóteles ha dicho sobre el asunto muy buenas cosas».

LITERATURA

SHAKSPEARE JUZGADO POR TOLSTOI.—Sin quitar ni poner, transcribimos íntegro, tomándolo de la *Revue Bleue*, el juicio

parodójico que Tolstoi emite sobre el gran dramaturgo inglés, tal como Bienstock lo ha traducido directamente del manuscrito original. Helo aquí:

Recordando las luchas, las dudas, el fingimiento, los esfuerzos que me costó mi deseo de ponerme al diapasón en lo que á Shakspeare atañe, y suponiendo que muchos han experimentado y experimentan lo mismo, he pensado que no sería inútil exponer lisa y llanamente mi opinión, que está en desacuerdo con la opinión de la mayoría.

Me acuerdo del asombro que experimenté á la primera lectura de Shakspeare. Esperaba recibir un gran placer estético, y después de haber leído sucesivamente todas las obras reputadas como mejores, *El rey Lear*, *Romeo y Julieta*, *Hamlet*, *Macbeth*, no sólo no experimenté placer, sino que sentí hasta asco, fastidio, asombro. ¿Es que estoy yo loco al parecerme nulos y malos los dramas tenidos por obras maestras, ó esta importancia que se atribuye á las obras de Shakspeare es una locura? Mi asombro era tanto mayor cuanto que siempre he sentido vivamente las bellezas de la poesía en todas sus formas.

No podía resolverme á formular un juicio definitivo, y durante cincuenta años me he puesto muchas veces á estudiarme y á releer á Shakspeare en todos sus aspectos, en ruso, en inglés, en alemán, en la traducción de Schlegel, como me aconsejaban. He leído muchas veces los dramas, las comedias, las crónicas, y cada vez he experimentado la misma impresión: asco, fastidio, asombro.

Antes de escribir este artículo, ahora que soy un viejo de setenta y cinco años, deseando estudiarme otra vez más, he vuelto á leer á Shakspeare, entero, hasta las *Crónicas*, *Troila* y *Cressido* y *Cimbelina*, inclusive, y he experimentado de nuevo, con mayor fuerza todavía, los mismos sentimientos, salvo el asombro, reemplazado por la convicción firme é inquebrantable de que esa gloria indiscutida de grande y genial escritor de que goza Shakspeare, y que obliga á los escritores de nuestro tiempo á imitarle, y á los lectores y á los espectadores

á deformar su comprensión estética y ética para admirarlo, es, como toda mentira, un gran mal.

Sé que la mayoría de los hombres está tan convencida de la grandeza de Shakspeare, que después de haber leído lo que pienso de Shakspeare no tratará de reconocer si mi opinión es ó no fundada, y no la prestará atención; sin embargo, en la medida de mis fuerzas, trataré de demostrar por qué estimo yo que Shakspeare no sólo no puede ser tenido por escritor genial, sino ni siquiera por escritor mediano. Tomaré para ello uno de los dramas más glorificados de Shakspeare: *El rey Lear*, que alaban á porfía la mayoría de los críticos.

«*El rey Lear* debe ser considerado como el modelo más perfecto del arte dramático en la literatura universal», dice Shelley. «No quisiera hablar largamente de *Arturo*, dice Swinburn; en el mundo de las obras de Shakspeare existen uno ó dos personajes para quienes son insuficientes todas las palabras: tal es el de Cordelia. El lugar que semejantes personajes ocupan en nuestra alma no puede definirse con palabras. Su puesto está en el fondo secreto de nuestro corazón, donde no penetran la luz ni el ruido de la vida cotidiana. En las catedrales del arte humano superior, como en la vida interior, existen capillas que no están hechas para ser abiertas á los ojos y á los pasos del mundo. El amor, la muerte, el recuerdo silencioso conservan para nosotros algunos nombres queridos. Es la más alta gloria del genio, el mayor milagro y el mayor dón de la poesía, poder añadir al número de estos recuerdos, guardados en nuestro corazón, nuevos nombres de obras poéticas.» «En su *Rey Lear*, Shakspeare ha medido con la mirada el abismo de los horrores, y á este espectáculo su alma no conoció ni miedo, ni vértigo, ni piedad», dice Brandès. «Algo como un sentimiento de veneración nos sobrecoge en el dintel de esta tragedia, un sentimiento análogo al que habéis experimentado en el umbral de la Capilla Sixtina con su techo pintado por Miguel Angel. La única diferencia es que la impresión es mucho más penosa, el grito de dolor más sensible, y la ar-

monía de la belleza está quebrantada por el demonio de la desesperación.» Tales son las opiniones de los críticos en lo que concierne al *Rey Lear*. Creo, pues, no equivocarme escogiéndola como modelo de los mejores dramas de Shakspeare.

Según estos mismos críticos que glorifican á Shakspeare, la condición esencial de todo drama es que los personajes, tanto á causa de los actos propios de sus caracteres como por la marcha lógica de los acontecimientos, estén colocados en tales situaciones que se encuentren en oposición con el mundo que les rodea, de modo que estos personajes, obligados á luchar contra el mundo, suprimen en esa lucha las cualidades que les son propias.

En *El rey Lear* los personajes, exteriormente, están, en efecto, colocados en oposición con el mundo que les rodea, y luchan contra él. Pero esta lucha no brota de la marcha natural de los acontecimientos y de los caracteres de los personajes; el autor la establece completamente á su arbitrio, de modo que no produce en el lector ó el espectador la ilusión que es condición esencial del arte.

Lear no tiene ninguna necesidad ni pretexto para renunciar el poder; no tiene ninguna razón, habiendo vivido siempre con sus hijas, para creer en las palabras de las mayores y dudar de la sinceridad de la menor. Y sin embargo, en eso está basado todo lo trágico de su situación.

Tan poco natural como ésta es la relación análoga de Gloster con sus hijos. Como el rey Lear, Gloster cree de pronto en el engaño más grosero, y no trata ni aun de preguntar al hijo calumniado si es verdad lo que se cuenta de él. Le maldice y lo expulsa. Esa semejanza de situaciones de Lear y de Gloster para con sus hijos muestra con evidencia que han sido inventadas expresamente y no brotan de los caracteres ni de la marcha natural de los acontecimientos. Lo mismo de poco natural y de inventado es el hecho de que Lear no reconozca en todo el tiempo á su antiguo servidor Kent; de donde resulta que la

actitud de Lear para con Kent no puede provocar la simpatía del lector ni del espectador.

Lo mismo y en mayor grado puede decirse de la situación de Edgar, á quien nadie reconoce, que conduce á su padre ciego, y le convence para que se arroje de una roca cuando Gloucester salta sobre un sitio llano. Estas situaciones en que están colocados arbitrariamente los personajes son tan poco naturales, que el lector ó el espectador no sólo no puede compadecerse de sus sufrimientos, sino que ni aun puede interesarse por lo que ve.

La segunda objeción es que todos los personajes de este drama—como de los demás de Shakspeare—viven, piensan, hablan y obran sin la menor conformidad con el tiempo ni el lugar. La acción del *Rey Lear* pasa ocho siglos antes de Jesucristo, y sin embargo, los personajes se encuentran en condiciones que sólo eran posibles en la Edad Media. En la acción toman parte reyes, duques, ejércitos, bastardos, gentileshombres, cortesanos, doctores, colonos, oficiales, soldados, caballeros armados, etc. Posible es que tales anacronismos, que abundan en los dramas de Shakspeare, no hayan sido nocivos á la ilusión de los espectadores de fines del siglo xvi y comienzos del xvii; pero en nuestros días es imposible seguir con interés la marcha de sucesos que, como es sabido, no podían verificarse en las condiciones que el autor describe con abundantes pormenores. La invención de las situaciones, que no brotan de la marcha natural de los sucesos y de las particularidades de los caracteres; la incompatibilidad de estos acontecimientos con las condiciones de tiempo y de lugar, resaltan todavía más gracias á esos ornamentos enfáticos que Shakspeare emplea constantemente en los pasajes que deben parecer particularmente conmovedores. La tempestad extraordinaria durante la cual corre el rey Lear por los zarzales, ó las hierbas que se pone en la cabeza, como Ofelia, no se sabe por qué, ó el disfraz de Edgar, ó las palabras del bufón, ó la entrada del caballero enmascarado, que no es otro que Edgar, todos esos

efectos no sólo no aumentan la impresión, sino que la disminuyen. «Man sieht die Absicht und man wird verstimmt», como dice Goethe.

Con estos efectos, evidentemente buscados, como el cadáver arrastrado por las piernas, las muertes de media docena de personajes con que terminan todos los dramas de Shakspeare, en lugar de suscitar temor ó piedad, sólo resultan ridículos.

Aparte de que los personajes de Shakspeare están colocados en situaciones trágicas imposibles que no brotan de los acontecimientos y que son impropias del tiempo y del lugar, tampoco obran conforme á su carácter; todos sus actos son arbitrarios.

Se afirma ordinariamente que los dramas de Shakspeare valen sobre todo por los caracteres; que los caracteres de Shakspeare, á pesar de su claridad, son complejos como caracteres de hombres vivientes, y que, al expresar el carácter de cierto personaje, expresa al mismo tiempo las cualidades del hombre en general. En una palabra: es corriente decir que la pintura de caracteres en Shakspeare está hecha magistralmente.

Se afirma eso con mucha seguridad, y todos los autores lo repiten como verdad indiscutible. Yo, por más que he tratado de buscar la comprobación en los dramas de Shakspeare, he encontrado siempre lo contrario. En cuanto empezaba la lectura de cualquier drama que fuera, en seguida me convencía de la falta del medio principal y único de la pintura de caracteres: el lenguaje, es decir, la adecuación del lenguaje de cada personaje con su carácter. En Shakspeare eso no existe. Los personajes de Shakspeare no hablan su lengua propia: todos hablan la lengua de Shakspeare, lengua de imágenes, artificiosa, que no podía ser la de los personajes que representa y que, en general, no ha podido ser nunca la de ningún viviente.

Ningún sér viviente ha podido ni puede decir lo que dice el rey Lear: que en el ataúd se divorciará de su mujer si Regana no le acoge; ó que los cielos se desgarrarán á sus gritos, que

los vientos estallarán ó que el viento arrastrará á la tierra en el mar, ó que las olas vedijosas quieren inundar sus orillas, como habla el caballero al describir la tormenta, etc.

Y aun es poco todavía que ningún personaje tenga lenguaje propio y no hable como los seres vivientes; todos padecen logorrea. Los enamorados, los que se preparan á morir, los combatientes, los moribundos, todos hablan con una locuacidad extraordinaria y de cosas completamente imprevistas que nada tienen que ver con la acción, guiándose más por el consonante y los equívocos que por las ideas. Y todos hablan la misma lengua. Lear delira exactamente como Edgar. Kent y el bufón hablan precisamente del mismo modo. Se pueden poner en boca de un personaje las palabras de otro, pues jamás es posible reconocer por las palabras el carácter del que habla. Las palabras son diferentes, pero siempre es Shakspeare quien las pronuncia y nunca sus personajes. Así habla siempre Shakspeare por el rey con la misma lengua enfática, vacía. Esa misma lengua shaksperiana, falsa y sentimental, es la de sus heroínas, que deben ser consideradas como poetisas, Julieta, Desdémona, Cordelia, Imógena, Marina. Todos sus traidores (sus malhechores), Ricardo, Edmundo, Yago, Macbeth, expresan por su boca sentimientos de cólera como jamás los malhechores los expresarán. Y más semejantes todavía son los discursos de los diversos locos con grandes palabras terribles, y los de los bufones, con chistes sin sal. Así el lenguaje de los hombres vivientes, ese lenguaje que constituye en el drama el medio principal de la pintura de caracteres, no se encuentra en Shakspeare.

Si en los dramas de Shakspeare se encuentran á veces personajes que presentan ciertos rasgos característicos, son, en su mayoría, personajes secundarios: Polonio de *Hamlet*, Porcia de *El Mercader de Venecia*. Pero esos pocos caracteres vivos, entre más de quinientos personajes secundarios, y la falta completa de carácter en los personajes principales, no prueban en modo alguno que la cualidad principal de los dra-

mas de Shakspeare consista en la pintura de los caracteres. El hecho de atribuir á Shakspeare el gran arte de la pintura de caracteres prueba que Shakspeare posee, en efecto, una aptitud que para el observador superficial y con buenos actores puede simular el arte de presentar caracteres. Esa aptitud de Shakspeare consiste en saber conducir las escenas en que se expresa el desarrollo de los sentimientos. Por poco natural que sea la situación de sus personajes, por impropia que sea la lengua que les haga hablar, el desarrollo mismo de los sentimientos, la unión de varios sentimientos contradictorios en algunas escenas, están producidos con fuerza y maestría, y con buenos actores retienen, por un instante al menos, el interés del espectador. Shakspeare, actor él mismo é inteligente, sabía, no sólo con palabras, sino con exclamaciones, repeticiones y gestos, expresar el estado de alma y los cambios de sentimientos de sus personajes.

Pero sea cualquiera la fuerza con que se exprese en una escena el movimiento de los sentimientos, una sola escena no puede dar el carácter del personaje, cuando este personaje, después de una exclamación ó un gesto adecuado, empieza á pronunciar en lengua impropia, y según la fantasía del autor, palabras desprovistas de sentido, que no corresponden á su manera de ser.

El valor de una obra poética está subordinado á tres condiciones: 1.^a El asunto (cuanto más importante sea para la vida del hombre, más grande es la obra). 2.^a La belleza de la forma, alcanzada por la técnica que corresponde á cada género de arte; así en el arte dramático la técnica será: la adecuación del lenguaje á los caracteres de los personajes, la exposición natural y al mismo tiempo conmovedora, la sucesión lógica de las escenas, la manifestación y el desarrollo de los sentimientos, y el sentimiento de la medida. 3.^a La sinceridad, es decir, que el autor debe sentir vivamente lo que represente; sin esa condición ninguna obra de arte puede existir, puesto que el fin del arte es transmitir, al que se encuentra en presencia de

una obra artística, el sentimiento de su autor; y si el autor no ha sentido lo que ha representado, el que observe su obra no puede impregnarse de ningún sentimiento, y entonces la obra no puede clasificarse como obra de arte.

Los asuntos de las piezas de Shakspeare, como resulta del estudio mismo de sus glorificadores, son de los más bajos y vulgares; la elevación de los grandes de la tierra se identifica en ellas á la superioridad real de esos hombres que desprecian á la multitud, es decir, á las clases laboriosas, y el autor niega todas las aspiraciones religiosas ó simplemente humanas, teniendo al cambio del orden existente.

La segunda condición, excepción hecha de la conducta de las escenas en las que se expresa el movimiento de los sentimientos, falta igualmente en Shakspeare. Ninguna de sus situaciones es natural; ninguno de sus personajes tiene su lenguaje propio; no hay sentimiento de la medida, sin el cual no puede haber obra de arte.

En cuanto á la tercera condición, la condición principal, la sinceridad, se halla completamente ausente de las obras de Shakspeare. En todos sus dramas se ve el artificio intencional; se ve que no pone en ellos su alma, que juega con palabras.

Las obras de Shakspeare no responden á las exigencias del arte—no importa cuál,—y además, su tendencia es de las más bajas é inmorales.

¿Cómo, pues, explicar esa inmensa gloria de que, hace más de un siglo, gozan sus obras?

Varias veces, en diversas épocas de mi vida, me ha ocurrido discutir sobre Shakspeare con sus admiradores, no sólo con hombres poco sensibles á la poesía, sino con personas que sentían muy vivamente las bellezas poéticas, como Turgueneff, Fet y otros, y cada vez se acogía del mismo modo mi desaprobación de las alabanzas de Shakspeare. No me hacían objeciones cuando mostraba los defectos de Shakspeare; se compadecían de mi incapacidad de comprenderle, y me mostraban la necesidad de reconocer la grandeza extraordinaria, sobrenatu-

E. M.—*Octubre 1907.*

ral, de Shakspeare. No me explicaban en qué consistían las bellezas de Shakspeare; se contentaban con admirar vagamente y de un modo exagerado toda su obra, alabando particularmente algunos pasajes: el rey Lear desabotonando su vestido, las mentiras de Falstaff, las manchas indelebles de lady Macbeth, Hamlet invocando la sombra de su padre, cuarenta mil hermanos, no hay culpables, etc. Abrid Shakspeare al azar, decía yo á esos admiradores, y comprobaréis que jamás encontraréis diez líneas seguidas comprensibles, naturales, apropiadas á los personajes á que pertenecen, y que produzcan impresión artística. Los admiradores de Shakspeare tomaban diez líneas cualesquiera, que no respondían de ningún modo á las exigencias más elementales de la estética y del buen sentido, y admiraban precisamente lo que me parecía inepto, ininteligible y antiartístico. De modo que, en general, en mis tentativas para obtener la explicación de la grandeza de Shakspeare, he encontrado en sus admiradores esa misma actitud que toman, por otra parte, los defensores de cualquier dogma aceptado, no por la razón, sino por la fe. Y esta actitud es la que me ha permitido comprender las causas de la gloria de Shakspeare.

La gloria de Shakspeare se reduce á un fenómeno de sugestión, fenómeno que se produce en todo tiempo en los dominios más diversos de la vida, pero que es frecuente, sobre todo, en el dominio literario.

Semejantes entusiasmos hipnóticos duran frecuentemente poco; pero á veces ocurre, gracias á causas particulares, accidentales, que presentan extraordinaria longevidad. Hasta en tiempos de Roma se había observado ya que los libros tienen con frecuencia extraño destino; unos, á pesar de su gran valor, no tienen éxito, y otros, á pesar de su nulidad, logran éxito inmerecido; de ahí el dicho: *Pro captu lectoris habent sua fata libelli*. Así es como las obras de Shakspeare correspondían al concepto del mundo que tenían esos hombres entre los que nació la gloria, y esa gloria subsiste hasta hoy, puesto que esas

obras corresponden todavía al concepto del mundo de los que sostienen esa gloria.

Hasta el fin del siglo XVIII Shakspeare no gozaba en Inglaterra de reputación particular, y hasta se le colocaba por debajo de sus contemporáneos: Fletcher, Bacon, etc. Su gloria nació en Alemania, y de allí pasó á Inglaterra. He aquí cómo ocurrió la cosa:

Hacia fines del siglo XVIII apareció en Alemania un círculo de escritores y poetas que, sintiendo lo que el drama francés (muy en boga entonces en Alemania) tenía de falso y de convencional, se pusieron á buscar una nueva forma de drama más libre. Como todos los hombres de las clases superiores del mundo cristiano de aquella época, esos literatos—que, admirando el arte griego, estaban bajo su influencia, y permanecían indiferentes á las cuestiones religiosas—pensaban que el drama griego, con las luchas y sufrimientos de sus héroes, era el modelo superior del drama, y que la representación de los diversos momentos de la vida de un personaje histórico y, en general, de las grandes pasiones humanas, sería materia suficiente para el drama, que se emanciparía de la molesta ley de las tres unidades.

Un drama así existía precisamente en Inglaterra; los alemanes se apoderaron de él, y decretaron que el drama nuevo debía ser aquél precisamente.

Los alemanes eligieron el drama de Shakspeare entre todos los demás dramas ingleses, aunque éstos le fuesen superiores, á causa del arte particular de Shakspeare para conducir las escenas.

Al frente de aquel círculo literario se hallaba Goethe; sus juicios eran leyes, y un poco por deseo de destruir la adoración del falso arte francés, por otra parte para dar impulso á su actividad dramática, y principalmente gracias á la concordancia de su concepto del mundo con el de Shakspeare, proclamó á Shakspeare el mayor de los poetas.

Una vez proclamada esta afirmación embustera por Goethe,

todos esos críticos estéticos que no comprendían el arte se echaron sobre ella como cuervos, y se pusieron á buscar en Shakspeare bellezas que no existían y á exaltarlas.

Para justificar sus alabanzas á la labor entera de Shakspeare, esos críticos compusieron su teoría estética, de la que resultaba que el concepto religioso del mundo no es necesario en una obra de arte en general, ni á un drama en particular; que la representación de las pasiones y de los caracteres humanos es materia ampliamente suficiente; que el arte debe ser objetivo, es decir, presentar acontecimientos independiente-mente de toda apreciación del bien ó del mal. Ahora bien: como esta teoría estaba hecha con vista á las obras de Shakspeare, resultaba, naturalmente, que esas obras correspondían perfectamente á ella, y por consiguiente eran reputadas obras maestras.

Así, las causas de la gloria de Shakspeare fueron ante todo que los alemanes necesitaban oponer al drama francés, que les aburría y era, en efecto, fastidioso y frío, un drama más vivo y más libre; en seguida, que los jóvenes escritores alemanes necesitaban un modelo para escribir sus dramas; y por último, la causa tercera y principal fué la autoridad de los críticos de arte alemanes, sabios y celosos, privados de todo sentimiento estético, que formularon la teoría del arte objetivo, es decir, la teoría que niega á sabiendas el motivo religioso del drama.

Me dirán: Pero ¿qué entendéis por *motivo religioso* del drama? ¿Vais á exigir para el drama el sermón religioso, el didactismo, lo que se llama tendencia, que nada tiene de común con el arte?

Yo responderé: Por *motivo religioso* del arte no entiendo el sermón, bajo forma artística, de no importa qué verdad religiosa, ni la representación alegórica de esas verdades; comprendo la concepción del mundo correspondiente á la concepción religiosa superior en una época dada. Semejante concepción debe ser la causa inicial de la composición del drama, é

inconscientemente para el autor mismo debe penetrar toda su obra. Así fué siempre para el arte verdadero; así es para cada verdadero artista en general, y para el dramaturgo en particular. De donde resulta que sólo puede escribir un drama quien tiene algo que decir á los hombres, y algo importante, que se refiera á la relación del hombre con Dios, con el mundo, con lo que hay de eterno y de infinito.

Pero cuando, gracias á la teoría alemana del arte objetivo, se ha admitido que nada de eso es necesario para el drama, Shakspeare, naturalmente, que no había establecido en su alma la concepción religiosa correspondiente á su época; que no tenía siquiera ninguna convicción religiosa, pero que acumulaba en sus dramas lo más posible de horrores, de bufonadas, de discursos efectistas, debía presentarse como el mayor de los dramaturgos.

Pero todo eso son causas exteriores. La causa principal de la gloria de Shakspeare, causa interior, es ésta: *pro captu lectoris...* es decir, que sus obras corresponden á la concepción religiosa y á la inmoralidad de los hombres de las clases superiores de nuestro mundo.

CRÍTICA

ERRORES GEOGRÁFICOS.—En una correspondencia que dirige á la sesuda *Época* su atildado corresponsal de París, Juan de Becon, tropezamos con el parrafito siguiente: «Muchos de los que salen de París no van en busca del fresco; van, sencillamente, en busca de descanso. Por eso algunos tienen el extraño gusto que yo tengo: el de ir al Mediodía. Ir á Biarritz viviendo en París, es lo mismo que veranear en Cádiz ó en Málaga viviendo en Madrid.»

Hemos necesitado leerlo dos ó tres veces para creerlo; nos ha sido preciso ver el título del periódico (*La Época*, cuyos habituales lectores están hartos de saber lo que pasa en Biarritz y en París) para convencernos de que no es un periodiquillo

de esos que envían á sus redactores á descubrir el Mediterráneo, donde se estampa el párrafo transcrito, que no está firmado tampoco por un gacetillero novato dispuesto á sorprenderse de todo, sino por Becon, hombre culto y bien relacionado. ¿Cómo es posible que Becon se haya dejado seducir por el sentido que entre nosotros suele tener la palabra *Mediodía* como sinónima de calurosa? ¿Cómo se explica que llegue á decir que es un gusto extraño, estando en París, ir á Biarritz á tomar el fresco, comparando el veraneo de Biarritz con el de Cádiz ó Málaga? ¡Pues qué! Porque Biarritz esté al Sur de Burdeos y de París, ¿ha de hacer más calor en Biarritz que en París ó en Burdeos?

No, señor Becon: se puede vivir al Sur y estar mucho más fresco que en el Norte; el extremo Sur es la región del polo del mismo nombre, que es la más fría de la tierra; pero aun en nuestro hemisferio, la verdad de que cuanto más nos acercamos á la zona ecuatorial más calor hace, sólo es verdad en términos generales, no en muchos casos concretos. ¿Qué diría entonces Becon de los que, viviendo en Valladolid, se vinieran á veranear á Avila, ó más al Sur todavía, al Escorial, á Miraflores ó á Cercedilla? Hay que pararse un poco en lo que se dice cuando se escribe para el público, mucho más si ese público es el de *La Época*, fuerte como ninguno en materias de veraneo, y que se ha quedado asombrado de que tales cosas se digan por Becon.

Se puede, pues, vivir en París, y veranear en Biarritz *por el fresco*, porque Biarritz, gracias á la vecindad de los Pirineos y del Cantábrico, es mucho más fresco que París. Y no hay que fiarse de palabras: el Mediodía no significa siempre forzosamente región más cálida que otra menos meridional. Se puede vivir en París y veranear en Biarritz, ó en San Juan de Luz, ó en Cauterets, por el fresco; se puede vivir en Valladolid y veranear en Cercedilla, por el fresco; se puede vivir en Madrid é irse á los pueblecitos de Sierra Nevada, en la provincia de Granada, por el fresco. Y ya ve Becon cómo ese gusto

que él tiene de veranear en Biarritz viviendo en París no tiene absolutamente nada de extraño, sino que es muy natural. Se puede ir al Mediodía en busca de fresco. ¡Que aproveche!

*
* *

DÉFICIT y SÚPERAT.—Para expresar la diferencia en menos ó en más entre lo calculado y lo obtenido ó gastado en un presupuesto cualquiera, nuestros hacendistas—los de todo el mundo culto—han acudido al latín en busca de términos para expresar *lo que falta*, cuando los ingresos no alcanzan á los gastos ó cuando los cálculos se han quedado cortos, y *lo que sobra*, cuando los ingresos exceden á los gastos ó queda un remanente ó sobrante de lo calculado. Lo primero lo expresan con la palabra *déficit*, y lo segundo con la palabra *superávit* ó *superábit*, pues de ambos modos la escriben los economistas, políticos y periodistas, poniendo á los pobres cajistas en grave apuro, pues no saben qué hacer muchas veces, y tan pronto se deciden por la *b* como por la *v*, ó bien optan por dejar la palabra tal como se halle en el original, sin enmendar la plana al autor, como suelen hacer casi siempre para salvar á muchos escritores—hasta de la clase de académicos—de la nota de incultura en que seguramente incurrirían si se respetaran en la imprenta sus escritos.

Ahora bien: ¿se debe decir *superávit* ó *superábit*? Las dos palabras, aisladamente, están bien empleadas; pero, por oposición á *déficit*, ninguna de las dos es correcta; y como lo usual es emplear esas palabras juntas, ó por oposición una á otra, no debe en general decirse ni *superávit* ni *superábit*. Pongamos un ejemplo: en cualquier periódico se tropieza todos los años con estas frases ú otras equivalentes: «¿Cómo se saldarán este año los presupuestos? ¿con *déficit* ó con *superávit*? (ó *superábit*, pues el poner *v* ó *b* va en gustos, porque se pone una ú otra letra á capricho, sin conciencia de su diverso valor); antes conocimos el *déficit* permanente, luego nos hemos acostumbrado al *superávit* (ó *superábit*), y hoy el *déficit* vuelve á amenazarnos con sus pavorosas consecuencias, sin que el *superá-*

bit (ó *superávit*) aparezca más que en el papel». Pues estas frases son incorrectas é inadmisibles, y nadie que se dé clara cuenta del valor de estas palabras debe emplearlas así.

Déficit es una palabra latina que significa literalmente *falta*; es la tercera persona de singular del presente de indicativo del verbo *deficere*, faltar; por oposición á *falta* no hay más que *sobra*, y *sobra* no es ni *superávit*, que significa *sobró* (pretérito perfecto de *superare*, sobrar), ni *superábit*, que significa *sobrará* (futuro del mismo verbo); el correlativo del presente *falta* no es ni puede ser otro que el presente *sobra*; y así como en buen castellano se dice que «hay *falta* ó hay *sobra*», así debe decirse en latín que hay «*déficit* ó *súperat*», y no «*déficit* ó *superávit*» ni «*déficit* ó *superábit*», porque sería tanto como decir en castellano que «hay *falta* ó *sobró*», ó «hay *falta* ó *sobrará*». Sustitúyanse los términos latinos por sus correspondientes castellanos en las frases del párrafo anterior, y se verá la falta de sentido de las mismas. Podrá decirse que en el presupuesto pasado *sobró* (*superávit*), que en el presupuesto de este año *sobra* (*súperat*), y en el presupuesto del año próximo *sobrará* (*superábit*); pero en ese caso sería preciso emplear las formas correlativas del verbo *deficere*, y decir que en el presupuesto pasado *faltó* (*defecit*), en el presente *falta* (*déficit*) y en el futuro *faltará* (*deficiet*); pero como nadie habla así, ni falta que hace, sino que se ha tomado la forma verbal del presente *déficit* para sustantivarla y hablar del *déficit* de hoy como se puede hablar del *déficit* de ayer y del *déficit* de mañana, lo único que cabe, para formar el contraste con otro término en contraposición, es sustantivar la forma equivalente de *superare* y hablar del *súperat* de hoy como se puede hablar del *súperat* de mañana y se habla del *súperat* de ayer. Nada, pues, de *superávit* ni de *superábit*; contra el *déficit* está el *súperat*, como contra la «falta» está la «sobra».

*
* *

EL SHERLOKHOLMISMO.—Yo no sé si la palabreja se ha empleado por alguien en castellano antes que por *El Liberal*; yo

he tropezado con ella en un artículo de Gómez Carrillo, fluido y delicioso como todos los suyos, y nada tengo que decir contra el nuevo vocablo; está bien formado, pues quiere decir el sistema de Sherlock Holmes, el famoso *detective* de los tomitos de Conan Doyle, y nada más justo por lo tanto que hablar de sherlockholmismo como se habla de kantismo, de jesuitismo ó de aristotelismo; el conjunto de doctrinas de un autor ó de una secta, ó el conjunto de partidarios de esa secta ó de ese autor, todo sistema ó partido, en una palabra, se expresa por el *sufijo -ismo* agregado á la radical del nombre, de la secta ó de la doctrina á que se refiere: así se han formado los términos *liberalismo, carlismo, integrismo, anarquismo, etc.*, y así ha formado Gómez Carrillo *sherlockholmismo*.

Pero si nada tengo que decir contra la forma material de la palabra, tengo mucho que decir contra la palabra misma, pues no puedo pasar sin protesta que se cuelgue á un autor inglés contemporáneo la invención de un sistema de investigación que ni por sí mismo, en su punto filosófico de partida, ni siquiera en su especial aplicación á la investigación policíaca, es cosa debida á Sherlock Holmes. Que sirva de materia Sherlock Holmes á Gómez Carrillo para hacer un bonito artículo, no es causa bastante para que el procedimiento deductivo que Sherlock Holmes emplea sirva de base para inventar el sherlockholmismo, pues antes que Conan Doyle escribiera sus obras lo han empleado sistemáticamente muchos otros filósofos, juristas y novelistas.

La culpa de que los señores magistrados franceses admitan como lo único verosímil lo increíble, la tienen, según dice Gómez Carrillo en *El Liberal*, esos tomitos de Conan Doyle, que se han convertido en evangelios policíacos. «En París, en efecto, que según la frase clásica—dice el ameno escritor—es el campo de todas las experiencias sociales (¿no estaría mejor *experimentos? ¿tu quoque, Carrille? ¿cuándo vamos á poder distinguir entre el escritor de raza y el destripacuartillas, entre el traduttore y el traditore?*). No hay comisario de policía, ni

juez instructor, ni agente de la seguridad (¿no sobra ese *la* en castellano, aunque lo reclame, que es discutible, el francés?) que deje de proceder á la manera de Sherlock Holmes.

«La deducción—decía el *detective* inglés—debe considerarse como una ciencia.» Y los *detectives* franceses, que no quieren nunca quedarse atrás, aplican esa ciencia á todos los casos que se les presentan.

«—Ayer—dice una señora cualquiera al jefe de la policía,—ayer hizo ocho días que mi marido desapareció de casa. Su paraguas ha sido encontrado en un terreno solitario de los alrededores... Véalo usted... Está lleno de manchas de sangre...

»—¡Ah!—exclama el magistrado.—Déme usted ese paraguas.

»Y examinando, no las manchas sangrientas, sino la seda y la empuñadura, contesta:

»—Su marido era un hombre rico y de buen gusto... Pero no tenía orden... Era muy nervioso... Fumaba mucho... Y también jugaba... Sí... sí...

»—¡Es cierto!—exclama la pobre mujer.—¿Cómo lo sabe usted?...

»El policía sonrío. Su ciencia es un misterio que no puede revelarse así, al primero que llega. ¡No faltaba más! En un paraguas, el puño de marfil hace ver, lo mismo que la seda de primera calidad, la fortuna y el buen gusto del dueño. Cuando esa seda, estando nueva, tiene agujerillos, es que el poseedor del paraguas, fumando, hace movimientos bruscos y desparra- ma á su alrededor chispas. Eso prueba su nerviosidad. En cuanto á su descuido, no hay más que pensar que, si no hubiera sido desidioso, habría hecho que una criada diera una puntada en cada agujerillo. Pero ¿y lo otro?... ¿lo más grave?... ¿lo del juego?... ¿cómo lo ha descubierto viendo un mueble tan inocente? ¡Ah! Es necesario conocer el alma de los jugadores. Cuando se la conoce bien, se ve lo que pasa en ella muy fácilmente... Así el policía sabio nota que en el puño de marfil hay esculpido un cochinillo. El cochinillo es el talismán de los

que juegan. En seguida ve que el cochinito está raspado, y acercándose mucho, nota que las raspaduras están hechas con los cantos de las monedas. Es claro, pues, que aquel hombre trataba de transmitir á sus piezas de oro la fortuna que residía en el *petit cochon*. ¿Y para qué hubiera podido obrar así, si no hubiera tenido la firme intención de exponer su dinero al bacará?

»Poseedora de datos como éstos y segura de su ciencia, la policía ya no tiene necesidad, como en los tiempos bárbaros en que Conan Doyle aun no había escrito, de andar por los caminos y de subir á los tejados buscando rastros materiales del crimen. ¿Para qué? La reflexión debe bastar. Cuando los *detectives* han calculado bien en sus despachos, les basta ordenar que se arreste á aquellos que dicen eficazmente tienen que ser los autores del crimen.

»Mentira parece, en efecto, la facilidad con que ahora se acusa por presunciones más ó menos fantásticas á los que menos debieran estar expuestos á ser vistos como sospechosos. Los parientes y los amigos de las víctimas, sobre todo, aparecen siempre ante la imaginación de los jueces actuales como delincuentes. La ciencia de la deducción indica que en todo crimen hay un móvil; y como no siempre está al alcance de cualquiera imaginación buscar en cuatro caballeros que viven en un palacio lejano, ó en un indio canaco que acaba de llegar, á los criminales, los *detectives* reales, más modestos que Sherlock Holmes, buscan cerca de la víctima al victimario.

»¿Ese es el heredero?—dicen.—Pues ése es el que tiene interés en la muerte.» «¿Esa es la esposa? Pues probablemente quiere ser libre y por eso mató.» «¿Ese es el socio? Pues ése, sin duda, fué el hombre que, vestido de negro, corría por el techo después de la tragedia.» Y esto simplifica grandemente las teorías románticas que el héroe de Conan Doyle pone en práctica; pero al mismo tiempo las hace burguesas y odiosas.»

¡Muy bien! Todo eso está muy bien; pero ¿es que esa doctrina de la deducción es cosa de Conan Doyle ni de su héroe?

No; esa doctrina, filosóficamente, es antiquísima, pues se encuentra perfectamente desarrollada en el Oriente y en Grecia. ¿Es que su aplicación jurídica es invención de Conan Doyle? Tampoco; pues ya los romanos establecieron, con el principio jurídico del *cui prodest*, la base firmísima en que se asientan todas las investigaciones dirigidas á encontrar el móvil, la finalidad de los actos del criminal en el presunto provecho que del crimen puede obtenerse, y ese móvil se ha buscado siempre y ha servido de guía, desde tiempos inmemoriales, á todo juez listo y á todo guindilla de buen olfato. ¿Es que la introducción en la literatura de la novela jurídica, mejor dicho *policíaca* (pues se trata de un género especialísimo), y la consiguiente vulgarización de los razonamientos y deducciones empleados por jueces, fiscales y policías, es debida á Conan Doyle, siendo Sherlock Holmes el tipo primero novelesco del investigador deductivo? Nada de eso: pues sin hablar de algunos cuentos de *Calila é Dimna*, ni siquiera del famoso *Zadig* de Voltaire, que quizá pudieran recusarse, ahí están las novelas de Gaboriau, con su famoso *Lecoq*, que son expresión acabada y perfecta del género; aquellos trabajos para desenredar la trama urdida por los autores de los crímenes narrados en las novelas *El legajo núm. 113* y *Sin nombre*, entre otras muchas, nada tienen que envidiar á los Sherlock Holmes de mejor nariz y de más aguzado ingenio.

Quedemos, pues, en que la palabra *sherlockholmismo* está bien formada, pero no hay para qué formarla.

*
* *

ORDEN DEL DÍA.—Nada más corriente en la generalidad de nuestros diarios, al dar cuenta de las sesiones de Cortes ó de cualquier asamblea ó congresillo, que leer frases del tipo siguiente: «Se leyó la orden del día», «se pasó á la orden del día», «se votó la orden del día», etc. En algunos, sin embargo, se encuentra á veces, en lugar de *la orden*, *el orden*, llegando á chocar por su extrañeza, en oídos profanos, esta sustitución.

Ahora bien: ¿debe decirse «*el orden del día*» ó «*la orden del día*»? Ambas expresiones son buenas, pero hay que emplear cada una en su caso para no incurrir en evidentes disparates. La palabra *orden* es de las que pueden emplearse en ambos géneros, pero variando de significación, á diferencia de *mártir*, *testigo*, etc., que pueden también usarse en masculino y femenino (*el mártir*, *la mártir*; *el testigo*, *la testigo*), pero sin cambiar de valor. *El orden* es una cosa y *la orden* es otra; yo tengo *en orden* mis papeles, me gusta *el orden* en todas las cosas, y nunca cambio *el orden* de mis comidas (todos masculinos); he dado *orden* en mi casa de no recibir á nadie, para poder redactar *la orden* que me ha encargado el subsecretario *por orden* del ministro, relativa á las *órdenes* religiosas (todas femeninas).

Hay, pues, *el orden* y *la orden*. Pero ¿se dice *el orden del día* ó *la orden del día*? Si lo que se quiere expresar es la lista de asuntos que están señalados para discusión, y la prelación con que han de discutirse, unos respecto de otros, para que cada uno se discuta á su tiempo, cuando le llegue el turno, entonces debe hablarse de «*el orden del día*». Si lo que se intenta indicar es el encargo, el mandato que se hace ó se dicta diariamente para que sea ejecutado por determinado organismo, ó de la disposición dictada en el día para conocimiento de aquellos á quienes corresponda, entonces debe hablarse de «*la orden del día*».

«Hoy figura á la cabeza *del orden del día* la interpelación sobre el desarrollo de las Asociaciones religiosas»; «con las preguntas que hoy piensan hacer varios diputados, no se entrará en *el orden del día* hasta bien entrada la tarde»; «he visto en *el orden del día* de hoy la discusión del presupuesto de Fomento»; «ayer alteraron *el orden del día* declarando preferente la interpelación sobre los asuntos de Marruecos»; «nunca llegan á agotarse los asuntos que figuran en *el orden del día* de las Cámaras». En todos estos casos, como se ve, se trata de «*el orden*», masculino.

«¿Ha visto usted *la orden del día* de la plaza? Han destinado de imaginaria á D. Trifón.» «¿Qué le ha parecido á usted la Real orden del conde de Romanones? Es *la orden del día*, es lo que á todos preocupa, y nadie habla de otra cosa.» «Todos los días tenemos alguna orden nueva; *la orden del día* es la del ministro de la Gobernación sobre teatros.» «Nó queda día en que no se establezca en España alguna orden religiosa; *la orden del día* es la de los barnavitas.» En todos estos casos se trata de «la orden», femenino.

«El presidente del Congreso ha dado *la orden* de que en *el orden del día* se incluya la interpelación sobre los ferrocarriles de los Pirineos»: aquí se ven juntos los dos valores. «*La Orden* de los Agustinos tiene *la orden* de poner *orden* en *el orden del día* de la Asamblea de católicos»: aquí se ven también reunidas varias acepciones de la palabra.

Cuando se habla, pues, del orden en que figuran los diversos asuntos sometidos á las deliberaciones de una reunión, Congreso, Senado, Asamblea, Junta, Sínodo, Convención, Conferencia, etc., que es el caso concreto de la duda, no debe decirse «la orden», sino «el orden del día».

CUESTIONES SOCIALES

EL COMLOT CONTRA LA FAMILIA.—Tal es el título de una notable conferencia para adultos dada por Jorge Noblemaire en la *Acción social de la mujer* y publicada por el órgano que esta sociedad tiene, con el mismo título, en la prensa.

El mal no es de ahora: de Gomorra á Babilonia, de Babilonia á Suburra, de Suburra á Bizancio y de Bizancio al parque de los Ciervos, apenas han holgado los escenarios en que los enemigos de la familia han ejecutado sus perversos propósitos. La trilogía que nuestros padres han considerado como fundamento del orden social y que es la base más firme de toda sociedad bien organizada—Religión, Propiedad, Familia—está

sufriendo hace largos años los asaltos de sus enemigos, cada vez más audaces y numerosos.

La defensa religiosa, ó por lo menos espiritualista, no tiene espectadores más atentos ni soldados más adictos que los miembros de la Acción social, convencidos de que el pueblo de Francia estaría perdido el día en que se llegara á lograr no dejarle otro Dios que su vientre. La guardia de la propiedad la montan también esos miembros con clarividente y generosa confianza, concibiéndola, no como celosa y áspera defensa de privilegios egoístas y anticuados, sino como solución de los más arduos problemas sociales, con la que se llegue á facilitar á todos el acceso de la propiedad, para hacer de cada proletario un propietario modesto. En cuanto á la familia, «¿cómo no ha de seros querida, si sois vosotras mismas hijas, esposas y madres?»—decía el orador.

Desde hace un siglo, todo el movimiento social parece conspirar para la desorganización de la familia, célula primitiva de la sociedad. Sus enemigos pueden clasificarse en cuatro grandes escuelas: 1.^a Los *hedonistas*, que reducen la vida al principio del placer, proclamando con Aristipo que «sólo la sensación del placer es deseable»; que «el bien es idéntico al placer, y el mal al dolor», y que «la única sabiduría práctica consiste en el arte de gozar del momento presente, pues sólo el presente es nuestro»; llegando á la admisión del suicidio, con Hegesias, por la imposibilidad de alcanzar la dicha, y afirmando, con Epicuro, la superioridad del celibato, que permite todos los placeres del matrimonio sin sus inconvenientes. 2.^o Los *estoicos*, con Epícteto al frente, que dicen: «Acuérdate de que debes conducirte en la vida como en un festín. Cuando te acerquen un plato, extiende la mano y toma con moderación; haz lo mismo con el poder, con las riquezas, con tu mujer, con tus hijos, y serás digno del banquete de los dioses». 3.^o Los *escépticos y nihilistas*, que piensan que la vida es un accidente sin principio ni fin, ilusión vana, sombra de sombra, siendo vanidad conservarla, y locura transmitirla. 4.^o Los *pe-*

simistas, que sostienen, con Leopardi, Hartmann y Schopenhauer, que «la vida es una caza incesante en que los seres, tan pronto cazadores como cazados, se disputan los jirones de una horrible pitanza», y que «el matrimonio no es más que una triste trampa en que la naturaleza nos hace caer, y que lleva al hombre á perder la mitad de sus derechos y á doblar sus deberes».

Todas estas ideas han tenido su repercusión en los hechos, y se han traducido, en definitiva, en el individualismo más egoísta, cuyos principales caracteres son los de la necesidad de emancipación y de bienestar. El culto del yo lleva al horror de toda prohibición, al odio de toda traba, á renegar de toda tradición, á emanciparse de toda regla. Y como la familia es orden, disciplina y respeto, la familia es enemiga. La necesidad de bienestar ó de «mejorestar», según la jerga novísima, se ha exasperado hasta el extremo, y sólo se oye hablar del derecho al placer, del derecho á la belleza, del derecho á la felicidad; y como la familia estorba, porque con su serie de deberes es una traba, la familia es enemiga. Y como con ese concepto hedonista de la vida el hombre no llega nunca á obtener la felicidad que busca, supone que necesita ayuda para su emancipación, y apela al Estado, pasando del individualismo al estatismo, que es mucho peor; el individualismo tiene al menos la nobleza de la iniciativa y el orgullo del libre esfuerzo, mientras que el estatismo es estéril, desconsolador y cobarde, abdicación de la conciencia y deserción de la voluntad.

¿De qué modo el individuo y el Estado han conspirado contra la familia, y qué manifestaciones de su complot han producido? La primera, el *feminismo*, con la declaración de los derechos de la mujer, de Olimpia de Gouges, y la aspiración de Elisa Farnham á que «los hombres, raza grosera y brutal de usurpadores, deben ceder su dominio á las mujeres, seres más perfectos, que son respecto del hombre lo que el hombre respecto del gorila». Ese feminismo integrista ha sido, por

fortuna, abandonado por el oportunismo, y hoy ha triunfado en muchos puntos el feminismo prudente y progresivo. Pero ¡que no abuse de su triunfo! Bueno que la mujer tome parte en la administración de los bienes conyugales, pero sin exageración; bueno que la mujer trabaje, pero sería lástima que abandonara el hogar por el taller; y la misma mujer debe defender la familia contra los abusos del feminismo, que producen un envilecimiento del salario por la competencia.

Otra consecuencia del complot contra la familia es el *divorcio*. Los progresos del individualismo tenían que llevar á no ver en el matrimonio más que un simple contrato, siempre revocable; y, debilitadas las ideas religiosas, nada más natural que el desarrollo del divorcio; en 1886 hubo en Francia 3.000 divorcios; en 1900, 7.000, y en 1906 han llegado á 10.000. ¡Qué de familias deshechas! ¡Cuántos pobres niños en el arroyo! ¡Cuántas mujeres desgraciadas! Y se está en el principio, pues una vez autorizado el divorcio con las limitaciones, trabas y ceremonias actuales, no tardará en llegarse al divorcio por mutuo consentimiento, patrocinado por los hermanos Margueritte. Así tendrá el marido el derecho de repudio; la mujer, el derecho de prostitución; el hijo, el derecho á la desgracia; y la familia, el derecho á la muerte.

Del divorcio pasamos á la *unión libre*, predicha ya por Naquet desde 1868, como formando parte de la «ineluctable transformación social» á que asistimos. Esa unión no está todavía en las leyes, pero sí en los hechos: en 1906, de 51.191 nacimientos que ha habido en París, 13.230, más de la cuarta parte, son ilegítimos, producto de esa unión; y como la unión libre no es, en general, muy amiga de sucesión ni de fecundidad, puede calcularse por el número de uniones fecundas las uniones libres estériles que se habrán llevado á cabo.

En *La mujer y el socialismo*, obra traducida en 12 lenguas y que ha tenido 25 ediciones, dice Bebel que «los instintos del sér humano no afectan más que á él, que la satisfacción del instinto sexual es cosa tan personal á todo individuo como la

satisfacción de cualquier otro instinto natural, del que nadie debe cuenta á nadie». «Nada, excepto el amor—nos dice la señora Coffin,—hace el matrimonio sagrado, ni la ley de Dios ni la del hombre; se habla de las mujeres que tienen hijos fuera del matrimonio: eso no es nada al lado de las que tienen hijos sin amar á su marido». La tesis no deja de ser seductora; pero ni aun la triste miseria de una unión sin amor, hasta la villanía de un contrato de puro interés, hasta la ignominia de un matrimonio sin respeto ó sin fidelidad, son bastantes para disculpar al Santiago de Jorge Sand cuando declara que «el matrimonio es una de las más bárbaras instituciones de la sociedad, y será ciertamente abolido si la especie humana hace algún progreso hacia la justicia y la razón».

Parece difícil atacar todavía más á fondo á la familia que con la «unión libre»; pues sin embargo, se han encontrado hombres capaces, en nombre de la filosofía, de descender más bajo todavía y dar á la familia un asalto más directo y más audaz: los malthusianos y neomalthusianos. Para tratar debidamente de esta materia sería preciso ante todo hablar en latín, y luego estar tan seguros como Sganarello de no ser entendidos, y todos los que esto leen saben mucho más que Geronte. El caso es, sin embargo, que no pueden callarse los estragos hechos por tan abominables doctrinas, propagadas hasta en el fondo de nuestras aldeas, y que si en todo un año no nacen más francesitos que alemanitos nacen en quince días, es en gran parte porque la flor de nuestra raza se marchita en semejantes muladares.

Cuando Malthus escribía en 1798 su *Ensayo sobre el principio de la población*, sus desoladoras conclusiones estaban inspiradas en la mejor intención: la de extinguir el pauperismo y seleccionar la especie. Stuart Mill, Owen, Carlyle, Brand Brigh, siguen la ruta trazada por el precursor; la señora Annie Besant se aparta atrevidamente de ella, y cuando publicó en 1877 sus *Consejos á los recién casados*, en los que expone la teoría de la «prudencia conyugal», sufre una condena de seis

meses de prisión, pero de su libro se venden 200.000 ejemplares. Algunos años después Annie Besant abjuró de sus errores, confesando que sus consejos han sido nocivos al hombre y á la raza, y convirtiéndose al teosofismo; pero su doctrina había pasado el Estrecho y la gangrena invadió á Francia. En 1896 se fundó en París la Liga neomalthusiana con su órgano *La Regeneración*, cuyo apóstol es el famoso educador de Campins Pablo Robin, que predica, con la revolución social y el anarquismo, lo que llama la «profilaxis anticoncepcional». «Vamos á concluir con todo ese andamiaje de tonterías—dice—construído en torno del atractivo de ambos sexos; ataque-mos esa virtud negativa, la *pureza*, último andrajo de las doctrinas metafísicas que han oprimido siempre á los humanos; declaremos á la mujer que no debe ser madre sino cuando quiera, y que debe elegir al que le agrada para padre del hijo que desee».

¡Si siquiera no fuese todo esto más que divagaciones de desequilibrado! Pero ¡ay! la expansión de doctrinas tan tentadoras para la cobardía y la suciedad del animal humano es inconcebible, pasando de todo cuanto puede temer la imaginación. Robin tiene imitadores y discípulos, el neomalthusianismo tiene comités y delegados en todas partes, y *La Regeneración* tiene corresponsales dondequiera, y cambia con el *Malthusiano*, de Londres; con *Fuerza y Salud*, de Barcelona; con la *Armonía Social*, de Stuttgart; con *La familia feliz*, de La Haya, y con el *Lucifer*, de Chicago, y sus consejos y recetas son propagadas por la prensa revolucionaria de todo el mundo.

Hay que volver á las buenas, á las puras, á las sencillas costumbres antiguas, sin renegar por eso de ningún adelanto de la moderna civilización, para salvar al país de la ruina que le amenaza: tal es la conclusión de Jorge Noblemaire.

PEDAGOGÍA

LA COMPOSICIÓN ITALIANA. — Siempre recordaré — dice en *L'Italia Moderna* la señora Guicciardi-Fiastrì—el día en que mi hijo, entonces un serenísimo rubio de piernas al aire, al volver de clase (tercero de Gimnasio) me anduvo buscando por toda la casa con rostro turbado. ¿Qué ocurría? Le había caído sobre la cabeza la teja de este tema: «Monólogo de Scipión sentado sobre las ruinas de Cartago».

Menos mal si se hubiera tratado de un aldeano ante su casa arruinada por un terremoto; pero ¡Scipión! ¡aquel terrible Scipión, que había pasado ante su vista en una paginita de historia romana! Y pase que se le hiciera sentar sobre las ruinas, pero ¡hacerle hablar!—No bromees, mamá—decía el chico;—mira que tengo que tenerlo hecho para pasado mañana: ¿cómo lo he de hacer?

Todas las semanas estaban atareados, la mamá y el niño, con las dichas composiciones. Reflexivo, inteligente, diestro en las operaciones aritméticas, amante de los versos, que recitaba con garbo, se encontraba apuradísimo al tener que desarrollar el tema de composición. El temor pánico le embotaba las ideas; hacía y rehacía los períodos; se perdía en un piélago de dudas, y cuando, al fin, lograba echar fuera de su cerebro el laborioso fruto de aquel parto, resultaba á la luz del sol un aborto, que la madre, como verdadera espartana, condenaba á muerte.

¿Por qué atormentar así á las pobres criaturas? ¿No bastan la memoria y el deseo de aprender para gimnasia intelectual del niño? Debe enriquecerse en conocimientos, abrirse las vías del raciocinio, atender á la vida y á las cosas existentes, pero no *crear*. Así como no se dan hijos á luz hasta que se es mujer, tampoco pueden producirse normalmente figuraciones mentales sin que la inteligencia haya alcanzado el necesario desarrollo. La escuela, con el precoz abuso de la composición,

con las pretensiones y complicaciones de muchos enseñantes, prepara una hecatombe de ingenios atrofiados, de almas esterilizadas, si los padres no mandan á sus hijos á la cama y escriben en su lugar las composiciones que les encargan.

Es cómico y deplorable ver los afanes de familias enteras en torno de un mal comprendido tema de italiano. Si el chico no logra robar una hora al sueño ó al recreo para ocuparse de ello, fatiga á la mamá, si es instruída, ó al tío, ó al hermano, ó á la hermana mayor. Entre los vecinos mismos se reclaman ayudas recíprocas; los chicos del piso inferior llaman á los del superior, y se cambian tarjetas de ventana á ventana ó de balcón á balcón, que dicen cosas parecidas á éstas: «Pregunta á tu tío si tiene alguna idea para ese tema de italiano; yo no entiendo una jota, ni papá tampoco»; «Este tema lo hizo, según creo, tu hermana: ¿me lo podías dejar para copiarlo?»; «Pregunta á tu tía por un libro de cuando era joven, que tiene muchas narraciones: acaso encuentre allí el tema que tengo que hacer».

He aquí una escena que le ocurrió á la misma señora Guicciardi. La anuncian la visita de una dama, con la que se había encontrado en el campo.—¿Qué querrá?—se pregunta;—alguna recomendación, sin duda. ¡Que pase!—Pasa la señora, una damita mal vestida, que dice humilde y misteriosamente:—Hemos pasado ayer una noche infernal; mi hija lloraba que daba lástima; se ha perdido en un tema tan vasto... Hoy he tenido que dejarla en casa, y viendo que seguía atormentándose en vano, he pensado en venir á pedir un consejo á usted que es escritora... ¡Ay! ¡Con aquella bendita escuela, crea usted que no hay un momento de paz!

El tema en cuestión decía así: «Las flores. Hablad de las flores en las descripciones de los libros y en las representaciones de las flores en las artes del diseño, escultura y pintura. Las flores del monte y del llano, las flores de verano y de invierno, las flores de los jardines y de los prados, las flores de Italia y del extranjero. Las flores como símbolo; las flores

verdaderas y las artificiales». En verdad que era para morir asfixiados. La escritora dió idea, y la pobre chica obtuvo la declaración de suficiencia.

He aquí otro tema que un joven pasante de abogado desenvolvía para sacar de apuros á la hija de su principal: «Por su frágil naturaleza, el hombre no es un ángel ni una bestia; sin embargo, los hay ángeles y los hay bestias». ¡Qué profundo es!, decía el pasante. ¿Se quiere un ejemplo? El ángel es la hija de mi principal, y la bestia es su profesor de italiano.

He aquí otro que servía de materia de discusión en el café á dos padres de familia: «Muchas cosas, muchas plantas, muchos animales, muchos hombres no pueden hacer bien, pero mal sí». Y éstos son los mejores. Pero ¿qué decir cuando se impone á un chiquillo la descripción de una borrasca en el Océano, ó de un incendio, ó de un viaje por país ignoto? ¿Qué decir de ciertos temas filosóficos dados á quienes no saben una palabra de filosofía, ó de problemas de historia ó de sociología que han de resolver quienes jamás han oído hablar de ellos, ó de análisis de grandes almas de artistas de quienes apenas si se ha leído la biografía? Los escolares acaban por robar la materia de sus composiciones á todos los autores del mundo; al pasar por delante del escaparate de un librero, decía un muchacho á otro: «Mira, aquel libro (quería decir *aquel asunto*) lo hemos hecho nosotros en la escuela el otro día.»

Observa Ruskin que cualquier persona, aunque no esté dotada de particulares disposiciones, puede, merced á un ejercicio graduado, aprender á dibujar. Lo mismo puede decirse del escribir: todos, á menos de estar privados de inteligencia, pueden adiestrarse para expresar con garbo los propios pensamientos; pero para lograrlo es condición fundamental *sentir* lo que es escribir bien. Y los escolares no lo sienten aunque aprendan de memoria sus libros, porque la letra es cosa muerta si no la vivifica el espíritu de la belleza, y en la escuela la regla mata la sinceridad. El maestro, muchas veces, prefiere la imitación que ajusta las ideas á un esquema escolástico, á la

espontaneidad que dispone las ideas tal como se presentan al espíritu. Así se mata la espontaneidad.

Toda la admirable técnica de la enseñanza de Ruskin se compendia en pocas leyes. No esforzar la mente del alumno con imposiciones demasiado precoces.—Darles los medios mecánicos del arte.—Educar su finura de observación, enseñándoles á ver justo.—¿Por qué no hacer de estas leyes los cánones para la enseñanza de la composición escrita? ¿Por qué, como ponemos ante quien traza líneas un modelo natural, no hemos de decir á un niño: «Observa á tu hermano y descríbeme su rostro, su carácter, sus costumbres; escribe el cuento que te ha contado tu aya; dime cómo es tu casa»? ¿Por qué á los ejercicios graduados de copias de buenos grabados, no hacer corresponder imitaciones y hasta simples copias y dictados de buenos autores? Y así como se corrige un dibujo borrando y rectificando, ¿por qué no avezar á los adolescentes á volver sobre el mismo tema dos y tres veces, conservando lo bueno, quitando poco á poco las imperfecciones, y mejorando la lengua?

IMPRESIONES Y NOTAS

LA LEYENDA DE SANTA CESÁREA.—Nicolás Serena de Lapi-
gio ha publicado una novela en verso basada en la leyenda de
Santa Cesárea, con el título de *Cesaria, novela mesápica*. Esta
curiosa leyenda, tal como el mismo autor la narra, conforme
á la tradición romántica popular de la tierra de Otranto, es la
siguiente:

Cesárea, natural de Francavilla, perdió á los quince años á
su madre; se consagró á Dios, y vivió algunos años en el pala-
cio paternal dedicada á prácticas religiosas y ejercicios de pie-
dad. Un día, mientras oraba, se le apareció un ángel para
anunciarla un peligro inminente y aconsejarle la fuga; asusta-
da de la aparición, corrió á refugiarse en los brazos de su pa-
dre; pero éste, que sentía por ella criminal pasión, la dió á co-

nocer su amor incestuoso y la ofreció su tálamo. Horrorizada la joven, intentó engañarle, y le rogó que aguardase á que se lavara para la fiesta del amor; el padre consintió, y ella, encerrada en su cuarto, puso en el agua de una jofaina dos palomas para que, batiendo sus alas, simulasen el ruido del lavado, y luego por una puerta secreta salió al campo y huyó hacia el Adriático. El padre no tardó en notar el engaño, y furibundo, corrió en su persecución con la espada desenvainada. Estaba ya para alcanzarla junto á una roca que descendía á pico hasta el mar, cuando Cesárea, golpeando con un pie en el escollo, gritó: «Abrete, roca, y traga á Cesárea, y que los ardores de mi padre se conviertan en azufre y pez». De pronto se formó una nube de humo que envolvió á Cesárea, y el incestuoso, después de haber vagado largamente en busca de su hija, desesperado al fin de poseerla, se arrojó al mar, que se puso fétido é impuro á su contacto. Cesárea vivió algún tiempo en la gruta que se había formado en la roca para ocultarla, y los habitantes del contorno aseguran haberla visto á veces dar vueltas llevando una lámpara en la mano.

*
* *

LAS RATAS.—Según dice el Dr. Caze en *La Revue*, no hay plaga en el mundo más terrible que las ratas, ni se ha encontrado todavía medio alguno eficaz para destruirla, y así lo declara alarmado el Ministerio de Agricultura de los Estados Unidos. Las ratas causan hace siglos estragos incalculables en América, y nada se puede contra ellas.

Estas inmigrantes, que llegan del antiguo mundo por legiones, pululan por doquier, sin que la guerra de exterminio que se las ha declarado alcance á extirparlas de aquellos territorios. Son de tres especies: la negra, que es la más común, ha cruzado el Atlántico con los conquistadores y repobladores españoles, franceses é ingleses hace tres siglos; la gris, originaria de Noruega, entró en 1775, y en seguida presentó batalla á la negra, que ha dejado el campo sembrado de cadáveres.

res; la tercera especie fué llevada de Egipto por los navíos mercantes, y se ha instalado en las costas, principalmente en el Sur, donde hormiguea. La más terrible de las tres es la gris.

Los estragos que causan estos roedores son enormes: devoran el trigo y los demás cereales, hasta el punto de que los Estados Unidos evalúan las pérdidas por este concepto en 500 millones de francos; y como la rata no es vegetariana pura, sino que entra con todo, penetra en los almacenes y destroza encajes, tapices, guantes, sederías, telas y tejidos de todas clases; los muebles son también tributarios de su voracidad, y ni siquiera los hilos eléctricos están libres de sus dientes, produciendo con sus ataques cortos circuitos que causan incendios. Los daños resultantes del fuego causado por las ratas se evalúan en 75 millones de francos anuales; atacan hasta con ferocidad á los otros animales de corral y de palomar y hasta á los niños en las cunas, y son además agentes directos de la transmisión de los gérmenes infecciosos.

Su multiplicación prolífica hace que no pueda nunca acabarse con ellas. Una hembra tiene crías cada dos ó tres meses, y de cada parto salen de diez á catorce ratoncitos que en cuanto nacen se ponen á roer. Una sola pareja inicial, al cabo de tres años, puede producir así más de 20 millones de roedores. Al cuarto año serían 100 millones (echando mal las cuentas, ó las primeras ó la última). Muchos desaparecen, como es natural; pero los que quedan bastan para poner en peligro las cosechas y las mercancías. El Departamento de Agricultura está firmemente resuelto á concluir con esta plaga, apelando á nuevos métodos exterminadores.

* *

EL SION-TAO.—El *taoismo* ó religión de Lao-Che ó Lao-Tseu considera el Sion-Tao como el ideal de la más alta virtud, según dice el P. Juvencio Hospital en *España y América*, siendo la condición esencial para llegar al Sien-ven ó á la in-

mortalidad, aspiración de todos los adeptos de la secta. Pero, á pesar de esto, son muy pocos los taoístas que se deciden á practicar el Sion-Tao, y muchos menos todavía los que perseveran en esas prácticas, no sólo por el fervor y espíritu religioso que los ejercicios requieren, sino por la fuerza de voluntad que exigen y la pereza heroica de que hay que dar pruebas para no hartarse de tales prácticas.

El Sion-Tao, según se lo ha enseñado al P. Juvencio un tao-se que lo ha practicado con lucimiento dos años y medio, se ejecuta del modo siguiente: el devoto se sienta en el suelo con las piernas cruzadas una sobre otra, las manos juntas sobre el pecho, inclinada la cabeza, medio entornados los ojos y fija la vista en la punta de la nariz; la punta de la lengua se apoya en el cielo de la boca, y está prohibido en absoluto el escupir, para no desperdiciar los espíritus vitales que están mezclados con la saliva; la respiración, símbolo y conductora del *Chi*—principio vital,—debe contenerse el mayor tiempo posible, y al expeler el aire hay que procurar que salga lentamente, sin que quede nada en el interior; después se aspira otra cantidad de aire, la que se necesite para llenar bien los pulmones. A este aire que entra con la respiración se le comunica mentalmente la dirección siguiente: primero se le hace recorrer la espina dorsal; al llegar á su extremo, la corriente se bifurca: cada ramal baja por la parte posterior de cada pierna hasta la planta del pie, y sube por la parte anterior, recorre los intestinos, atraviesa las cinco vísceras, sube por el esófago y al llegar á la nuez se juntan los dos ramales, y juntos dan una vuelta á la cabeza para venir á morir en el entrecejo, que es el depósito general donde se recoge todo el aire que se respira.

El aire recorre todo ese trayecto para purificarse y expulsar toda substancia extraña ó nociva á los espíritus vitales. El tao-se debe permanecer como una estatua en la postura indicada, y desechando todo pensamiento que pueda perturbarle, y abstrayéndose de todo cuanto pase á su alrededor, lo mismo

si le hablan que si le insultan, igual si le pican los mosquitos que si le entra dolor de vientre. Los dedicados á esta vida contemplativa han de guardar castidad, estándoles prohibido comer carnes ni pescado ni nada que proceda del reino animal, y deben ir disminuyendo su alimentación hasta reducirla á una taza de morisqueta por día; no pueden dormir acostados, sino en cuclillas ó recostados en la pared, ó á lo más sentados en un taburete, pero nunca en silla con respaldo. Con estas austeridades se elimina poco á poco la parte grosera de nuestra naturaleza, y una vez purificado el *Chi* adquiere extraordinaria fuerza de expansión, que le permite romper los lazos que le sujetan y lanzarse á los espacios convertido en *sien-ven* ó inmortal.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La psicología pedagógica, per Pietro Romano.—Torino, Fratelli Bocca, editori, 1906. Un vol. de xxx-364 págs., 4 liras.

Como para explotar y aprovechar acertadamente las plantas y los animales es preciso conocerlos, y cuanto mejor se les conozca mejor será posible utilizarlos, así también los hombres serán tanto mejor utilizados, es decir, dirigidos unos por otros, cuanto más perfecto sea el conocimiento que de la naturaleza y de la vida humana tengan. La antropotecnia presupone el conocimiento de la antropología, como la zootecnia presupone el de la zoología y la fitotecnia el de la fitografía y la botánica.

Esta es, puede decirse, la idea fundamental á que obedece el presente libro. La educación, obra encaminada á poner á los hombres en disposición de rendir á sus semejantes la mayor suma de servicios útiles, no puede hacerse de manera fructuosa sin conocer previamente al educando, y el conocimiento del educando tiene que ser ante todo y sobre todo psicológico. De aquí el desarrollo que ha adquirido en los últimos tiempos la psicología pedagógica, esto es, aquella pedagogía que toma por base la psicología.

El Sr. Romano, como él mismo dice, al publicar la obra de que ahora se trata, se ha propuesto «solamente poner un poco de orden ó de sistematización en la múltiple producción de estudios de psicología aplicada á la educación», y por eso aquélla

es «un trabajo, en primer término, de coordinación y de sistematización, como todos los trabajos de índole sintética», aunque «en segundo término ofrece también un pequeño edificio nuevo».

En efecto, el libro—circunscrito en el propósito del autor á la psicología pedagógica de los normales, reservándose la de los anormales para otra obra que promete publicar pronto—es un resumen bastante sustancioso y bien hecho de los resultados modernamente adquiridos por los investigadores de la psicología, con muy ligeros toques, además, de índole pedagógica, ó sea referentes al partido que los educadores pueden sacar del conocimiento de aquellos resultados. Si se titula psicológico y pedagógico á la vez, lo cierto es que predomina en él bastante el primer carácter sobre el segundo. Si la psicología pedagógica, conforme asegura el autor, es «la ciencia que nos indicará el modo más seguro para conseguir todos aquellos perfeccionamientos de que la psiquis humana es capaz y hacia los cuales debe tender infatigablemente», la psicología pedagógica del Sr. Romano no puede servir mucho para tal fin, aunque algo le ayude, porque en casi toda ella no hay sino breves y muy generales indicaciones sobre la aplicación de los principios psicológicos á la educación, sin cuidarse gran cosa de puntualizar la manera concreta y detallada de hacerlo. Esto hubiera sido del mayor interés y provecho. Y es, sin duda, que, como el mismo Sr. Romano dice, «por desgracia, la crítica es fácil y la obra difícil; y si se ha podido censurar muy bien las formas de la antigua didáctica, no es ya igualmente hacedero sustituirlas con procesos más racionales y más conformes con el conocimiento psicológico del educando». «Es fácil proclamar que los ejercicios recomendados por la didactología deben trasformarse en palancas del desarrollo educativo; pero obtener el fruto que se predica como posible, ya no es labor de las más fáciles».

Delinquenza e correzione dei minorenni, per Renzo Furlani.—Roma-Milano, 1906. Un vol. de x - 475 págs., 4 liras.

La literatura referente al tema de que trata el presente libro es á estas horas abundantísima, aun cuando no, en verdad, entre nosotros. Al estudio de la delincuencia y la protección de los menores se consagran hoy multitud de energías, como resultado de lo cual se han publicado últimamente buena cantidad de libros, artículos, informes, leyes, comentarios de ellas y otros escritos análogos.

El de Furlani, sin ser de los más notables entre ellos, no deja tampoco de tener su importancia. Por sí solo, no creo yo que sea bastante para enterar á nadie de las cuestiones varias que entraña la gran cuestión tocante á la delincuencia y corrección de los menores, y del estado en que las mismas se hallan actualmente; por este lado, me parece que tiene muchas deficiencias, así en cuanto á doctrina como á información y á legislación comparada. Pero, en cambio, es un buen auxilio para servir de complemento á otros estudios; sobre ciertos extremos da noticias muy detalladas.

A mí me hace la impresión esta obra de estar preparada y escrita con excesiva precipitación. Por eso la encuentro desordenada. En ella se callan muchas cosas pertinentes, relativas sobre todo á la delincuencia juvenil (causas y desarrollo de esta criminalidad), aunque también relativas á los modos y procedimientos de prevenirla y curarla; por el contrario, se trata de otras muchas que, si no dejan de guardar alguna conexión con el asunto del libro—por aquello de que «todo está relacionado»,—tienen no obstante su sitio más propio en tratados generales de sociología criminal, de derecho penal, etc. Se conoce que ha habido poco tiempo para madurar, escribir y depurar la materia de esta monografía. La cual parece un centón de cosas desgranadas y amontonadas, que no han conseguido dar con el puesto que les corresponde.

P. DORADO

La nigromancia, por Arturo Schopenhauer.

El autor de *El mundo como voluntad* trata en este precioso ensayo de investigar las razones fundamentales de esos curiosos estados psíquicos que han dado origen al arte de adivinar lo futuro por la evocación de espíritus. Es un estudio sobre lo que modernamente se llama el espiritismo, y en lo antiguo se calificó de magia. Estudia en él Schopenhauer lo que se ha llamado la *doble vista*, por la que los sonámbulos y magnéticos pronostican claramente lo futuro; y enlazando sus observaciones empíricas con la teoría de la *necesidad rigurosa* por él estudiada en su admirable opúsculo sobre el libre albedrío, trata de probar que todos esos fenómenos obedecen á una necesidad profundamente oculta, á una especie de fatalismo trascendental.

Los numerosos ejemplos históricos con que confirma su tesis, y el encanto del estilo seductor con que está expuesta la interesante materia, avaloran tan notable trabajo. El ilustre pensador estudia también en ese mismo ensayo el panteísmo, doctrina que para él es la vacuidad elevada á sistema filosófico, y cierra su trabajo con algunas consideraciones sobre el suicidio, viendo en éste un derecho indiscutible de que el hombre puede hacer uso cuando juzga que los horrores de la vida superan á los de la muerte. El libro, esmeradamente traducido por Edmundo González Blanco, forma un volumen de cerca de doscientas páginas, y se vende al precio de tres pesetas.

CARLOS BELMONTE

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Estudios artísticos.—La ironía de «Figaro», por Ángel Guerra ...</i>	5
<i>Subsistencias, por Antonio García Alix.....</i>	22
<i>Recuerdos, por José Echegaray.....</i>	47
<i>Cánovas del Castillo juzgado por sus libros, por Juan Pérez de Guzmán.....</i>	60
<i>Memorias de un huérfano, por X. Marmier.....</i>	93
<i>Diego Velázquez y su siglo (continuación), por Carlos Justi.....</i>	116
<i>Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero.....</i>	157
<i>Revista de Revistas, por Fernando Araujo.....</i>	165
<i>Notas bibliográficas, por P. Dorado y Carlos Belmonte.....</i>	204